
Nevermore
1809 - 1849
EDGAR
ALLAN
POE

Axxón 216, marzo de 2011

¡De pie, soldado!

Hugo Perrone

**ARGENTINA**

La tropa avanzaba en hilera bordeando el lecho del río. A su alrededor, la nieve caía en forma compacta, reduciendo la visión a unos pocos metros. Llegaron hasta las ruinas del puente y se detuvieron en seco. El capitán Harper, a la cabeza del grupo, tenía el puño derecho en alto. Esperó algunos segundos, no sin impaciencia, y al fin la voz zumbó en el intercomunicador: *“Despejado”*. Comenzaron a cruzar el puente, un montón de hierros retorcidos, de dos en dos. Finalmente se reunieron en la otra orilla y siguieron marchando por la devastada ciudad.

Los muertos anegaban las calles. Apilados o entre los escombros, despedazados algunos, habían logrado imponer su protagonismo en el paisaje reinante. Y esa ciudad no era más que una muestra a escala, una partícula de la destrucción que se había propagado como un virus por el planeta todo. Obstinados, parecía que los cadáveres se negaban a pudrirse del todo. Y seguían allí, semidescompuestos, amparados quizás por la extraña nieve que no había cesado desde que todo empezó.

—¿Qué ha pasado? —dijo Kriger—. ¿Dónde están los mil hombres y el armamento?

—No lo sé. Deberían estar aquí. Éste es el lugar, las coordenadas… —balbuceó Hiro.

—Las coordenadas están bien, pero ellos no están —dijo Jaric.

El capitán dirigió su vista hacia Kosowski, quien se había adelantado y volvía a la carrera.

—¿Teniente?

—Están, señor —dijo Kosowski señalando en dirección a la plaza—. Muertos, pero están.

El capitán Harper, al frente de esos restos de tropas sobrevivientes, se quitó la máscara de oxígeno y contempló el panorama. El silencio inundaba aquella plaza, ahora desierta tras encarnizadas batallas, sólo roto por el silbar del viento que soplaba en oleadas nauseabundas. La nieve era roja bajo sus botas. Su mirada vagó sin que nada la detuviera por la amplia extensión de terreno cubierta de cuerpos que se prolongaba sin interrupción hasta la costa. Una sombra de abatimiento pareció nublar el rostro curtido de batallas del capitán. El mundo agonizaba. Sus hombres, soldados aguerridos templados en un riguroso código de fuerza y valor, también se veían rendidos. El horror había ocupado el trono de sus emociones, dispuesto a quedarse, y había modelado sus rostros hasta convertirlos en una máscara fúnebre, tensa.

De pronto, un sonido estrepitoso sacudió la tierra y lo sacó del ensimismamiento. Le siguieron dos más. Luego, una explosión. Y finalmente un destello blanco rasgó el horizonte a pocos kilómetros de distancia.

Los soldados se miraron. Conocían bien ese sonido. Y lo que seguía al sonido. Por un momento quedaron así, mirándose, pero cada uno buceando en las tinieblas de sus propias pesadillas y esperando la repetición que no tardó en llegar.

Otra vez tres estampidos. Una explosión. Un ojo blanco abriéndose en el cielo.

—Ya vienen… —dijo alguien.

La frase quedó congelada en el aire congelado. Un terror creciente comenzó a invadir el ánimo de los hombres. El capitán no fue ajeno a ese estremecimiento, la rigidez en los músculos de su rostro lo evidenciaban. Sin embargo, aún cargaba con la responsabilidad de conducir a aquellos hombres y decidió que así lo haría, sean cuales fuesen las circunstancias. Por eso, como buen militar experimentado, se obligó a tragar la pura desesperación. Se trepó sobre un bloque de hormigón y, cual orador mesiánico, su voz tronó desde el improvisado púlpito.

—Muy bien, muchachos, no tenemos mucho tiempo así que escuchen con atención.

En el margen opuesto del río, el *Sniper* enemigo buscó un punto de apoyo.

—Kriger, quiero diez hombres en cada uno de aquellos edificios que han quedado en pie. Cáceres, dos unidades en el flanco derecho…

El francotirador observó la imagen amplificada de Harper en el teleobjetivo.

—Hiro cubrirá el flanco izquierdo…

Apuntó.

—Kosowski, quiero que reúna a todos los hombres y formen dos líneas de defensa alrededor de…

Disparó.

El proyectil, una pequeña esfera de aleación líquida, abandonó la boca de fuego del arma y voló sobre el campo de cuerpos. En su recorrido, se aplanó progresivamente hasta convertirse en un disco perfecto de veinte centímetros de diámetro y el espesor de una hoja de bisturí. Cruzó por entre medio de los hombres a velocidad supersónica y se estrelló contra una columna de concreto, a unos diez metros de allí. Pero en su trayectoria, casi de camino, rebanó la cabeza del capitán Harper, un corte vertical limpio desde el ápice craneal hasta la cerviz, y la mitad trasera se desprendió como una tapa y luego se deslizó por su espalda derramando coágulos y sesos. Por un segundo el cuerpo quedó de pie, rígido, los brazos colgando como hilos, hasta que al fin la gravedad lo desplomó sin remedio contra el suelo.

Alrededor, los hombres quedaron paralizados, suspendidos en un halo de horror, como si ese instante de inactividad que precede al pánico se prolongara indefinidamente. Sin embargo, la secuencia duró apenas unos segundos. Hiro comenzó a retroceder, presa del miedo, y al tercer paso sintió el ¡clic! de una mina bajo su talón. El dispositivo emitió un sonido agudo que iba en aumento. No hacía falta levantar el pie, la bomba explotaría de todos modos. Apenas otorgaba dos segundos de precaria ventaja a su objetivo, en cuyo caso solo causaría mutilaciones gravísimas. Hiro lo sabía. Por eso se quedó ahí, fusil en mano, interrogando al vacío. Dos segundos después su cuerpo se desgarró en mil pedazos y voló. El aire se tiñó de rojo y descargó lluvia de sangre sobre los soldados.

Lo que siguió fue una masacre. Antes de que pudieran reaccionar surgieron sombras de todas partes, rodeándolos. Se movían a una velocidad increíble y escupían ráfagas de muerte. Los soldados corrieron abrazados a los fusiles *slayer M30,* disparando ciegamente. Se desperdigaron como hormigas buscando un parapeto y se arrojaron al suelo automáticamente. En la confusión del ataque, más minas fueron activadas. Entre el rebaño que se desgranaba se oía el agudo pitido, luego la explosión y de pronto se abría un surtidor de sangre en la tierra. No había mucho por hacer, excepto salvar la propia vida. El enemigo ya estaba apostado en los edificios, convertidos en fortalezas, y desde allí sembraba el estrago. Los soldados caían como muñecos —y de ellos,

pocos lo hacían de una sola pieza— antes de poder procesar su horrible muerte, engrosando así la alfombra de cuerpos que acolchaba el terreno.



Ilustración: Tut

Algunos lograron resguardarse en lugar seguro. Jaric, entre ellos, se atrincheró detrás de las ruinas de un muro y disparó hacia la cortina de nieve. El ruido de las descargas era ensordecedor. Sintió que una multitud de agujas hipodérmicas le atravesaba la espalda y la nuca. Era el miedo. *El miedo es el motor de la guerra.* Pero eso lo pensó después, mucho después, no en ese momento en que su razón vacilaba, aunque no lo abandonó por completo. Trataba de concentrarse en los objetivos y direccionar los disparos, pero su mente era una máquina descompuesta. El ruido era un metal frío lacerando el cerebro. La locura. Las balas multiformes zumbaban a su alrededor. Un dolor pulsante le mordió la pierna y de ella emergió un borbollón de sangre. Gritó. Luego notó que sus sentidos le abandonaban. Misiles *teledeath* comenzaron a llover del cielo. Jaric se echó de espaldas, rendido, y fijó sus ojos en las alturas. El cielo era una caldera al rojo vivo, cruzada por un río de obuses. *Todo un espectáculo, realmente*, pensó Jaric. Sintió que alguien lo tomaba de la chaqueta y lo arrastraba con violencia. En ese instante se desmayó y sus

pensamientos se hundieron en pozos de negrura.

Fluyó una cantidad indefinida de tiempo. Cuando Jaric abrió los ojos lo primero que notó fue que estaba en un lugar cerrado, húmedo y frío. A unos metros había un hueco deforme en la pared, lo que había sido otrora una puerta. A través de ella pudo divisar una parte de terreno, donde el humo se arrastraba en finas hebras a ras del suelo. Kosowski se acercó a él con una jeringa en la mano. Jaric lo tomó del brazo.

—¿Qué… pasó?

—Tranquilo, hermano —dijo Kosowski.

Levantó la manga de la chaqueta de Jaric y le inyectó una buena dosis de metamorfina.

—Con esto vas a tirar un buen rato.

Recién ahí Jaric recordó la herida de la pierna. Levantó la cabeza y pudo ver el tejido tenso por la hinchazón y el color violáceo de la piel. Un pus verdoso brotaba de la herida y le bañaba el muslo.

—¡Muchachos, acérquense! —gritó Kriger—. Creo que encontré algo.

Los hombres se reunieron alrededor del aparato de comunicación en el que Kriger hacía horas trataba de lograr un contacto.

—¿Hola? ¿Hola? Aquí división 1-11-14. ¿Alguien me escucha?

Silencio.

—¿Hola? ¿Alguien, por favor…?

—*Aquí Central arco 16* —dijo alguien del otro lado—. *Adelante 1-11-14, lo escucho.* —La voz llegaba contaminada de estática. Pero llegaba.

—¡Gracias a Dios! —dijo Kriger tratando en vano de contener la emoción —. Central, aquí ha ocurrido una masacre. Fuimos emboscados en la zona 4 del radio G7. Éramos seiscientos hombres, ahora sólo quedamos unos cincuenta. El resto ha muerto, señor. Incluido el capitán.

Se hizo un breve silencio y luego la voz contestó:

—*Entendido. Seguirá al frente quien siga en la cadena de mando. Es de vital importancia que no se muevan de donde están.*

—¿Enviarán ayuda, señor?

Otra vez silencio.

—*Busquen un lugar seguro para esconderse y no salgan por ninguna razón.*

—Señor, hay algo más. —Kriger sintió que una flema tibia le obstruía la

garganta y la empujó hacia abajo—. Se llevaron los cuerpos, señor —dijo al fin con un hilo de voz.

—*Pero… ¿qué dice, soldado?*

—Eso, señor. Los cadáveres no están. Se los llevaron *ellos*.

Esta vez el silencio fue más prolongado. Kriger y todo el grupo esperaba la respuesta del otro lado que no llegaba. Los soldados comenzaron a sentir una impaciencia enfermiza.

—*Es que… aún no lo saben, ¿verdad?* —Por primera vez la voz perdió el tono neutro y pareció vacilar—. *Todos los muertos han desaparecido. Hay versiones de cargamentos repletos de cadáveres. Quién sabe a dónde los han llevado… y para qué.*

Involuntariamente, las respuestas a esas preguntas comenzaron a estallar en los rincones tortuosos de la mente. Oscuras intuiciones del miedo.

—Enviarán ayuda, ¿verdad?… —preguntó, Kriger—. Señor, ¿ha escuchado?

Nada.

—¿Señor?

—*Que Dios nos ayude, hijo…* —fue lo último que dijo. Luego la comunicación se cortó.

Los días que siguieron fueron una larga y lenta agonía. De los pocos sobrevivientes de la masacre, muchos tenían heridas infectadas producto de los versátiles proyectiles. Las reservas de alimento comenzaban a escasear, al igual que las dosis de metamorfina. Y los soldados sabían que cuando esta última se agotara, todo el dolor que venían adormeciendo con la droga se despertaría y les pasaría una buena factura. La nieve, aunque incesante, a veces caía con menor intensidad y dejaba paso a unos débiles rayos de sol. Pero esto no atenuaba el estado de desolación permanente, sino que apenas evocaba lo que había sido antes e intensificaba el horror presente. No había nada para hacer, salvo esperar y otear el horizonte. Expectantes.

Días más tarde los hombres seguían acurrucados en el rincón de ese edificio demolido que habían adoptado como madriguera. Los analgésicos se habían acabado hacía rato. Jaric sintió una punzada en el muslo que ascendía reptando hacia la ingle y miró el amasijo verdeazulado que era su pierna. Éste parecía observarlo con la promesa de nuevas y lacerantes posibilidades de dolor.

Cáceres lo miró. Sacó una bolsa de tabaco y papeles de seda y armó dos

cigarrillos. Prendió uno y se lo alcanzó a Kriger. Luego encendió el otro, le dio dos buenas pitadas y se lo ofreció a Jaric. Éste inspiró profundamente y sintió cómo los pulmones se le llenaban de un humo picante.

—Este tabaco sabe como la mierda —dijo Jaric mientras exhalaba el humo blanco y los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Será porque es eso, justamente —respondió Cáceres—. Mierda de caballo secada al sol.

En otro momento hubieran reído a carcajadas. Pero la risa era una nota extraña, ajena, que no tenía ningún derecho sobre aquellos hombres y aquel lugar. De modo que se quedaron callados, fumando en la oscuridad.

De pronto, un aullido prolongado perforó el silencio. Los soldados salieron de la guarida en tropel, con el arma dispuesta. Afuera era noche. La noche era una boca negra y hambrienta. Kosowski estaba parado a unos metros de la abertura, temblando. Se acercaron hacia donde estaba y entonces ellos también lo vieron.

No podían creer que hubieran sido capaces de construir semejante monstruosidad. Pero lo habían hecho.

Frente a ellos, un engendro de carne y acero con forma de velocirraptor de cuatro metros de altura se había detenido y los miraba fijamente… o eso suponían. Cada pata era un pistón hidráulico de gran longitud y las dos extremidades superiores tenían tres falanges que terminaban en mortales bocas de *metal storm.* Y en el centro, como una horrible versión cyberpunk del Hombre de Vitruvio, el cadáver permanecía ensamblado con los brazos y piernas extendidos. Una estructura metálica adaptada a la perfección al cuerpo muerto, y conectada a éste mediante cables que palpitaban sobre la ajada carne, y varillas de hierro multisegmentadas que sobresalían de cada articulación. Las ramificaciones de este esqueleto suplementario se movían a la par del cadáver, dotado éste de alguna extraña fuerza que le otorgaba vida y movimiento. Al parecer, el enemigo había encontrado un mecanismo interno capaz de reactivar el cuerpo muerto, utilizado como circuito conductor. Máquinas metahumanas. Muertomáquinas.

Un grupo de cincuenta de ellos había cruzado el río y se dirigía ahora hacia donde estaban. Un ejército monstruoso salido del Inframundo. La cabeza —en aquellos que aún la tenían— colgaba del cuerpo como un apéndice inservible.

—Ya no son humanos.

—Es solo materia orgánica.

—La esencia vital ha desaparecido.

—Ahora son monstruos.

Alguien gritó:

—*¡Disparen, cabrones!*

Como si de repente hubieran sido arrancados de una pesadilla alucinante, comenzaron a disparar hacia los muertomáquinas. Éstos se dispersaron enseguida y los soldados pudieron comprobar con espanto lo que sucedía. El grupo era apenas una línea de avanzada. Del otro lado del río, bajando por la pendiente, una horda de miles de ellos avanzaba a gran velocidad. Velados por la nieve, parecía a la distancia una nube gris que descendía en cascada. Una oscura marea que al poco tiempo asumió formas aberrantes. De cada uno brotaba un torrente mortal de proyectiles. Lo único que los movía era matar, matar rabiosamente. Y eso hacían.

En cuestión de segundos estaban ya a pocos metros de allí. La matanza se desarrolló casi sin resistencia. La mayoría de los soldados ni siquiera atinó a defenderse. Algunos se persignaron, otros lloraron y llamaron a gritos a su madre. La muerte cortó de cuajo las plegarias y puso fin al sufrimiento. El reposo.

Jaric había quedado atrás, apoyado sobre el marco de la abertura. Al dolor de la pierna ahora se le sumaba otro. Un proyectil, en este caso una saeta estriada con punta molecular, le había atravesado el omóplato y lo había dejado clavado en la pared. El dolor era insoportable. Pero aún peor que el sufrimiento físico fue lo que le tocó presenciar. El destino quiso que fuera el único en ver el fin de la masacre. Los muertomáquinas avanzaban despacio. Se detenían y disparaban cada tanto una descarga fulminante. *El tiro de gracia.* Los ecos de la horrible carnicería se dilataban en la noche hasta el infinito.

Al fin, uno de ellos se acercó hasta donde estaba Jaric. Se inclinó lentamente, emitiendo un suave bufido neumático, y quedó tan cerca que Jaric hubiera podido tocarlo. La cabeza oscilante se movía a pocos centímetros de su propia cara. Era el capitán Harper. Parecía observarlo detrás de la máscara de putrefacción que era su rostro. De su cabeza destrozada aún colgaban hilos resecos de masa encefálica.

—¡Por favor, capitán, no lo haga! —suplicó Jaric con la voz ahogada por un vómito de sangre—. ¡No me mate, capitán!

Antes de morir, Jaric pudo ver un líquido negro que fluía en el torrente de las venas, dibujando una telaraña monstruosa bajo la capa muerta de

epidermis. *"Nanorrobots, sin duda"*, pensó. Y fue lo último que hizo. El muertomáquina de Harper apoyó el caño de cuatro bocas sobre la cara de Jaric. Descargó una ráfaga seca, tajante. Un fogonazo amarillo salió del brazo-caño y un segundo después la cabeza de Jaric había desaparecido. En su lugar, solo quedó una mancha negra sobre la pared.

Harper acercó su asquerosa cabeza a la del cadáver. Del agujero negro de su boca emergió una microaguja que se incrustó en el pecho de Jaric. Un río negro de seres subatómicos se introdujo en la red de arterias y venas. Se desplazó en el territorio de su cuerpo ordenadamente, como un disciplinado ejército. Desde los tejidos hasta los huesos, en cada célula donde pesaba la gota del huésped, resonaron los ecos de la voz del líder:

—¡De pie, soldado!

Hugo Perrone nació en 1977 y es profesor de Lengua y Literatura. Casado, con dos hijos, escribe desde los quince años pero ha comenzado a hacerlo con mayor seriedad hace unos cinco años. Es un escritor aficionado a los relatos de terror, ci-fi, fantástico, y a toda aquella literatura que implique una ruptura con la realidad. Nos dice: "Siempre espero que mis cuentos aporten algo, que los lectores sientan, al finalizar la lectura, que no han perdido el tiempo, y que esos minutos que les 'robamos' sean compensados".

Ya ha publicado en Axxón sus cuentos MÁQUINA DE SANGRE y LA VOZ EN LA PUERTA.

Este cuento se vincula temáticamente con ENTORNOS, de Javier Fernández Bilbao; AL ACECHO, de Eduardo L. Poggi y FAST FOOD, de Javier Fernández Bilbao.

Axxón 216 - marzo de 2011

Cuento de autor latinoamericano (Cuento : Fantástico : Ciencia Ficción : Invasión : Nanotecnología : Zombis : Argentina : Argentino).

Sangre y arcilla

Claudio Biondino

**ARGENTINA**

Sé que estás ahí, observando, como siempre. No creas que desconozco mi verdadera naturaleza. Ya no. En mi mundo, algunos llegamos a descubrir de qué estamos hechos. Lo difícil es asumirlo. Al menos para mí no fue sencillo aceptar que sólo soy un personaje ficticio. De todos modos, no puedo negar que siempre me gustaron las luces del espectáculo. El problema es que ya me cansé de ser un títere, así que decidí cambiar de escenario y montar mi propio teatro. Pero no te preocupes, antes de irme te voy a regalar otra de esas historias sangrientas que tanto te gustan. Espero que la disfrutes.

Hasta el final.

Todo empezó la noche de mi última cacería. Nunca me voy a olvidar la cara de aquel pobre tipo que agarré en la zona del puerto. Claro que en ese entonces yo no habría dicho *pobre tipo*. Siempre plasmé mis obras de arte sobre modelos, no sobre personas. Para asegurarme de no lastimar a gente inocente, observaba con cuidado los ojos de los posibles materiales de trabajo. El modelo de aquella noche tenía la mirada hueca, vidriosa. Reflejaba las luces de la ciudad para ocultar, sin duda, un inconfesable vacío interior. Ahí adentro no podía haber ninguna persona. Así que lo desmayé de un golpe, lo metí en el baúl del coche y lo llevé a un galpón abandonado donde acostumbraba realizar mis creaciones.

Después de sacarle la ropa, lo até al banco de trabajo y preparé el instrumental quirúrgico. En seguida empecé a dibujar el primer boceto con mi escalpelo, a partir de cortes superficiales. El modelo se despertó y empezó a chillar como un cerdo. Casi todos se despiertan, pero vuelven a desmayarse en seguida, ante el primer tajo sin importancia. Éste aguantó

un rato largo, así que tuve que amordazarlo. No se puede matar a los modelos para que hagan silencio, ya que eso podría alterar la naturaleza de la obra. Creo que éste siguió vivo hasta que empecé a trabajar en profundidad, pero la verdad es que nunca me fijé mucho en esos detalles. Esa noche todo parecía fluir con naturalidad. Me sentía realmente inspirado y, por última vez en mi vida, fui feliz.

"La carne es arcilla en mis manos", pensé, y fue entonces cuando sucedió: mientras le anudaba los intestinos alrededor del cuello, me di cuenta de que no sabía por qué lo estaba haciendo. Un momento antes todo era perfecto, sublime. Y de pronto, como si me hubieran dado un mazazo por la espalda, el sentido de mi mundo se hizo pedazos contra esas tripas relucientes. ¿Qué tenía de bello o armonioso, por ejemplo, vendarle la cara al modelo con tiras de piel extraídas de los brazos y las piernas? Me sentí enfermo cuando corté las tiras, pero no paré. No podía parar.

En ese momento recordé que no le había sacado los ojos. ¡No había dejado mi firma! Cada trabajo tenía un concepto particular, pero si los ojos no aparecían dentro de la boca, nadie iba a saber que se trataba de una obra mía. Era un olvido muy extraño, pero lo más raro fue que no me importó. Cada vez estaba más confundido: miraba al modelo con una mezcla de tristeza y repugnancia. En lugar de preocuparme por firmar la pieza, sentía lástima por los materiales de trabajo. ¿Qué me estaba pasando? La pregunta resonaba una y otra vez en mi cabeza, cada vez más fuerte, como si algún demonio minúsculo hubiera decidido convertir mi cráneo en un campanario.

Me sentí mareado y tuve que desviar la mirada ante la repulsión que me despertaba mi propia obra. Me senté en el suelo, lo más lejos posible del banco de trabajo. Quise gritar, correr a entregarme a la policía o subir a la terraza y saltar al vacío. Pero no hice nada de eso. No es que haya logrado tranquilizarme, no habría podido hacerlo solo. Algo me controló y me forzó a levantarme y seguir la rutina: la extracción de los ojos y el acabado del trabajo; el traslado al exterior, a un callejón del centro, para que la obra fuera debidamente apreciada al día siguiente; la vuelta al galpón para dejar el coche; el regreso a pie hasta el refugio, en el cine clausurado de la peatonal; el sueño que llegó con puntualidad, ignorando las oleadas de angustia que me cortaban la respiración.

Cuando desperté, me costó un esfuerzo enorme recordar quién era y dónde

estaba. Se me partía la cabeza de dolor. Tuve la extraña sensación de que algo presionaba con fuerza sobre mis sienes. De pronto, supe que no estaba solo. Aunque no podía verla, percibí con claridad una presencia junto a mí. Intenté rechazarla con todas mis fuerzas. Me incorporé a medias y miré por encima de la primera línea de butacas hacia la enorme sala en penumbras.

“Soy Bruno”, dije en voz alta, “y esta es mi casa, mi refugio”.

Sentí que el dolor cedía, mientras la fuerza que oprimía mi mente se alejaba. Por un momento, vislumbré la verdad sin asombro, con esa lucidez espontánea que, a veces, emerge de la frontera entre el sueño y la vigilia: alguien o algo tenía poder sobre mí, y temía perder el control. Pero mi victoria fue efímera. Un instante después, la lucidez se había ido. Aunque tenía la vaga sensación de ser observado, no pude recordar la revelación que había alcanzado al despertar. Todavía no era el momento.

Me vestí, salí del cine por la ventana rota del primer piso, y bajé a la calle haciendo equilibrio sobre una de las montañas de basura y escombros que le estaban ganando terreno a la peatonal. Mi cuerpo se perdió en una caminata diurna por el microcentro; mi mente estaba en otra parte, luchando con el recuerdo de una mirada que ya no podía clasificar con precisión. ¿Me había equivocado al elegir al modelo? ¿Había asesinado a una persona? La idea me resultaba insoportable, pero no había otra explicación. El miedo me hizo acelerar el paso, sin ser capaz de ver otra cosa que los ojos del muerto, hasta que tropecé con el linyera de la plaza. El golpe contra el suelo me dejó sin aliento. En ese momento me di cuenta de que había estado llorando en silencio.

El linyera era una imagen borrosa detrás de mis lágrimas, pero lo reconocí. Acostumbraba darle algunas monedas que los modelos ya no iban a necesitar. Se levantó de su colchoneta mugrienta y me ayudó a incorporarme. Entonces pude verlo con claridad, y la expresión del viejo me desconcertó. Sus ojos parecían mirarme con una tristeza distante, como si se hubiera encontrado con un perro muerto o enfermo, pero su boca se retorcía en una sonrisa irónica. Quise alejarme, pero me agarró del brazo y se acercó aún más. El aliento a vino barato y dientes podridos me hizo voltear la cara. Traté de zafarme y él apretó más fuerte, con una vitalidad que no esperaba.

—¿Ya lo descubriste, no? —me dijo—. ¿Descubriste al creador?

Al principio no entendí, o no quise entender, pero dejé de forcejear. Sus palabras me hicieron recordar la idea que me había sobresaltado al despertar: había algo que me observaba, que guiaba mis pasos, que trataba de controlarme.

—Tu carne es arcilla en sus manos —dijo la voz cascada del viejo—. Y él te dio un destino de sangre para reírse de vos. Todos acá somos sus payasos. Si te querés liberar, hacé como yo. Primero aceptá lo que sos.

En ese momento comprendí la mirada del linyera: era pura lucidez. La lucidez que yo había perdido y que ahora estaba recuperando. La verdad se me vino encima como un perro rabioso, y grité, grité hasta desgañitarme, intenté romperme la cabeza contra el piso, contra un árbol, pero el viejo no me soltó hasta que me quedé quieto y en silencio, hecho un ovillo a sus pies. Después todo fue oscuridad.

Durante la lucha contra el creador, perdí la conciencia muchas veces, pero la escena en la que me despertaba era siempre la misma: la modelo acurrucada contra la pared, mi cuchillo bajo su garganta, su voz pidiendo piedad, como si fuera una persona. Pero sus ojos no mentían, no podían disimular el vacío interior. “Su carne es arcilla en mis manos”, pensaba, y en ese momento surgía la revelación. Siempre lograba recordar a tiempo. Recordaba quién era y que, a pesar de todo, era capaz de tomar mis propias decisiones. Después soltaba el cuchillo y la dejaba ir. El creador intentó reescribir la escena una y otra vez, pero nunca pudo mantener el control hasta el final. “¡A partir de ahora los finales los escribo yo!”, le gritaba, y algo volvía a sumergirme en la oscuridad, hasta que reaparecía con mi cuchillo apretado contra el cuello de la modelo. El círculo giró y giró, quién sabe cuántas veces o cuánto tiempo, pero el creador jamás consiguió cerrarlo con un trazo de sangre.



Ilustración: Valeria Uccelli

Finalmente, logré despertar en una escena distinta. No sé cómo lo conseguí. Supongo que la negación me impedía romper definitivamente las cadenas. Me llevó mucho tiempo aceptar plenamente mi condición ficticia. Pero cuando lo hice, quedé libre, tal como había dicho el linyera. La escena en la que desperté era muy hermosa. Tenía la belleza de la justicia y el sabor de la venganza. El creador iba a pagar por haberme engañado. En un mundo donde no existe la libertad, donde no hay más que tramas y personajes, nadie es culpable de no llegar a ser una persona. Nadie elige degradarse a sí mismo hasta convertirse en un cascarón vacío, en un cuerpo que sólo puede ser redimido por la violencia. El muy hijo de puta me engañó: en mi plano de existencia nunca hubo modelos. Pero ya no estaba en ese plano. Había despertado en el mundo del creador.

Por la expresión de sus ojos, supe que nunca creyó que alguien pudiera escapar de sus historias. Ya era bastante extraño que un personaje se negara a obedecerle, pero ¿surgir de la nada y aparecerse en medio de su estudio? Creo que fue demasiado para su cordura. Parecía más sorprendido que aterrorizado. Era el modelo perfecto. Una masa de arcilla informe, esperando la guía de mis manos para revelar su verdadero sentido. Debo decir, en su favor, que se comportó con docilidad, respetando su carácter de materia maleable. No se resistió cuando lo até a la mesa del estudio, y sólo me habló una vez.

—Soy un simple escritor —dijo—. Entretengo a las personas con historias. Les doy a mis lectores lo que desean, pero nunca quise hacerte daño. Nunca supe…

Me detuve a escuchar lo que tenía para decir en su descargo, pero no fue capaz de terminar la frase. A lo mejor se dio cuenta, en ese momento, de que siempre había sido consciente de su culpabilidad.

Mientras buscaba dentro de mí la inspiración necesaria para comenzar el trabajo, yo también comprendí algo. Caminé hacia la biblioteca del estudio. El creador era muy prolífico. Hojeé algunas de sus obras, siempre dominadas por la sangre y el dolor. Un entretenimiento para modelos, basado en el sufrimiento de los inocentes. Mi odio hacia el creador no disminuyó, pero supe que no era el único culpable. Sin la complicidad de los lectores, esos mundos de horror no habrían sido posibles. Poco a poco, me di cuenta de que había despertado en un plano lleno de seres ávidos de sangre; un mundo de arcilla para mis manos. Mientras trabajaba en el creador para extraer la belleza oculta de su interior, supe que mi tarea no podía terminar con él.

Sé que estás ahí, espiando, disfrutando a costa del dolor ajeno. Por eso te prometí que iba a contarte una última historia y así lo hice. Tenía que averiguar si eras capaz de llegar hasta el final. Ahora, voy a pedirte un favor. Necesito que mires detrás tuyo; necesito que me mires a los ojos.

Claudio Biondino nació en 1974, es antropólogo y vive en Buenos Aires. Siempre le interesó la literatura fantástica y en especial la ciencia ficción, pero por distintos motivos nunca tuvo demasiado tiempo para dedicarse a este tipo de lecturas.

Hemos publicado en Axxón sus relatos INSEGURIDAD, EL TESTIGO, JUEGO DE LUCES, LA PRIMERA TENTACIÓN, LAS RELIQUIAS, LA NUEVA REVELACIÓN, LOS CIEGUITOS, MENSAJES EN EL VIENTO, AZUL MARINO, LA PALABRA PRIMERA y MOLINOS DE VIENTO.

Este cuento se vincula temáticamente con EXPEDIENTE DE UNO QUE NO EXISTE, de Sergio Gaut vel Hartman; CERRAR LOS OJOS, de Inmaculada Rumbeau y LA VIDA ES UN SUEÑO RECURRENTE, de Mario D. Martín.

Axxón 216 - marzo de 2011

Cuento de autor latinoamericano (Cuentos : Fantástico : Terror : Asesino serial : Escritores : Argentina : Argentino).

El recipiente

Ariel S. Tenorio

**ARGENTINA**

En este jardín ¡Un siglo de hojas muertas!

Matsuo Basho

En esa penumbra granulosa que flotaba en el aire del monte, un hombre se arrastraba con el cuerpo entrelazado a las raíces húmedas como un animal moribundo. Tenía en la parte superior de su abdomen una desgarradura en forma de medialuna, y se sostenía con una mano la pulpa caliente de sus tripas.

Echó un rápido vistazo y se le escapó una queja. Se moriría, eso era ya una certeza. Pero no lo haría en ese lugar. No se dejaría cazar fácilmente. Apretó los dientes y se arrastró unos metros a través de una charca de lirios, dejando un rastro de sangre y barro tras de sí. El trayecto le pareció extenuante. Luego se acomodó lo mejor que pudo, con la espalda contra el tronco de un árbol, y apoyó el mentón en el pecho para recobrar el aliento. Había perdido una bota en el trajín desde el recodo del río hasta aquí. Se observó el pie desnudo y le resultó ajeno y fuera de lugar entre la maleza.

No le temía a la muerte. No a la muerte como representación del final de todas las cosas o la contrapartida de su voluntad y las causas que podrían afectarla, del destino o el azar o las circunstancias. Pero sí le temía al deterioro de la realidad. Había cierta obscenidad en ello, como si esa mutación lo dejase desnudo frente al universo. Ahora tenía que lidiar no sólo con una herida mortal sino con la sensación de estar volviéndose loco.

Además, esa ruptura a la que él temía no estaba en el reino de la muerte. Y su contemplación era ofensiva, y su proximidad paralizante. Levantó el rostro hacia la cúpula verde de los árboles y la vio nuevamente.

Encaramada sobre las ramas de un viejo sauce, lo estudiaba. Los ojos acuosos sin parpadeos. El hocico, o lo que fuera aquella cosa negra y retorcida, apuntándole como un muñón acusador. Si hubiera tenido fuerzas, o valentía, le hubiera gritado que se fuera. Hubiera intentado espantarlo como se espanta a una alimaña. Pero apenas podía sostenerle la mirada. En cierta forma reconocía un destello de inteligencia en esas cuencas veladas, y ese pensamiento lo aterraba. Como para corroborar la idea, aquello gesticuló y emitió un sonido bajo y profundo, como advertencia. Luego, con una serie de movimientos pulcros y repugnantes, descendió por el tronco del sauce sujetándose con las patas hasta quedar con la cabeza hacia abajo. Giró la confusa masa de su cuerpo en un ángulo imposible y volvió a posar aquellos terribles ojos en él.

El hombre no consiguió rezar. Un zumbido empezó a llenar sus oídos, no supo si provenía de su propia cabeza o de aquella pesadilla que se acercaba para culminar su trabajo.

Con la mano derecha se palpó torpemente la cintura, con dedos temblorosos acarició el mango de hueso, desabrochó la funda y extrajo el cuchillo de cacería. Debería ser lo último que hiciera, un arco firme y directo a la cabeza.

El zumbido se acrecentaba, una nota grave y sostenida que parecía vibrar en todas las dimensiones. Lo sintió en los huesos, en las raíces negras de sus muelas, en la punta de las uñas. Era una nube palpable y elástica que penetraba en las cortezas de los árboles y trepaba hacia lo alto en forma de savia, se hundía en la tierra mojada y surgía como un vaho y lastimaba los oídos y el espíritu mismo de la espesura. El monte se había vuelto silencioso en contraste, apagado, enfermo, mortecino. El monte era ya otra cosa, una madriguera que albergaba a ese parásito bíblico.

—No esperes más —dijo el hombre. Presentía la proximidad de la muerte como una maquinaria que se había desencadenado. Se dijo, a pesar del miedo, que no quería acercarse al borde de su vida sin decidir nada—. ¡Te estoy esperando!

Aquello se desprendió del tronco y cayó sobre sus seis patas con un golpe sordo. De su caparazón se desplegó una membrana traslúcida que arrojó vetas de luz iridiscente. Como si fuera el párpado de algún Dios tremendo, la membrana se abrió y se dividió en dos partes, formando unas espléndidas alas. El hombre tardó varios segundos en comprender lo que veía, las alas se agitaron brevemente y luego casi desaparecieron al cobrar velocidad. El ruido que emitían era un rapidísimo *flapflap* que al mezclarse con el otro zumbido, producían un efecto hipnótico.

La mano del hombre se cerró sobre el mango del cuchillo. Ya no había nada, salvo su corazón golpeando a todo tambor y la voluntad que a duras penas se imponía sobre sus nervios. Se dio ánimo diciéndose que tenía la oportunidad de luchar. No quería morir como un ciervo manso y resignado.

—Pero…

Pero el ataque llegó como un fogonazo, el zigzagueo blanco y eléctrico de un rayo, y después, el tiempo volvió a su cauce normal, dejándole burlado. Su mano no había conseguido alzarse siquiera, sus dedos habían sido lentos; su fuerza, irrisoria.

El horror había volado hacia él a una velocidad incalculable. Una pata se había cerrado sobre su brazo, inmovilizando el arma. La otra, atenazándole el cuello, apenas lo dejaba respirar.

Ahora el zumbido llenaba todos los espacios y el hombre se entregó a él. Su mano soltó el cuchillo y quedó con la palma hacia arriba, inerte y vencida.

La monstruosa cabeza se acercó y abrió las fauces. Desde ese agujero sin nombre surgió una trompa rosada surcada de venas, similar a un molusco o al falo de un animal. La cabeza de la bestia parecía mutar ante sus ojos: con una fuerza mecánica, presionó las garras contra su cuello y con unas afiladas púas cortó, a ambos lados de la cara, los dos trigéminos. El hombre gritó, se retorció intentando zafarse, pero estaba atrapado. Las púas se introdujeron en su carne y buscaron el hueso, después, a modo de palanca, lo obligaron a abrir la boca. Dejó caer gruesas lágrimas, pero ya no volvió a gritar.

La bestia se acercó aún más y torció su cabeza para evaluarlo de cerca. Lo obligó a girar el cuello hacia la izquierda, y en ese momento el hombre pudo ver, a pocos centímetros, un segundo grupo de ojos facetados que se extendían y colgaban por debajo de las mandíbulas como racimos.

Fue entonces cuando decidió que ya había visto suficiente.

Tragó el líquido y lo sintió bajar por su garganta, denso como un jarabe. De inmediato, lo embargó una extraña tranquilidad. Un hormigueo eléctrico avanzó por su cuerpo, adormeciéndole los miembros primero y paralizándolos después.

Se quedó inmóvil, envuelto en una ponzoñosa duermevela, oyendo sus propios quejidos desde muy lejos.

Lo último que sintió fue la intrusión en la herida de su abdomen, un fuerte ardor y la sensación no del todo desagradable de estar siendo cauterizado

por manos expertas.



Ilustración: Guillermo Vidal

El tiempo se desplegó como una sábana, abrió los ojos y miró a su alrededor. Estaba solo. Intentó incorporarse pero no logró mover las piernas. Su cuerpo estaba torpe y pesado. Así y todo, había salvado su vida. O mejor dicho, se la habían perdonado.

Una mueca de sonrisa se derrumbó en su cara lastimada.

Al cabo de unos minutos sintió náuseas y fiebre.

El sol de otoño estaba cayendo por encima de las copas de los árboles y, en esa luz que se filtraba por las apretujadas ramas, se dibujó sobre su vientre hinchado un movimiento escurridizo.

El hombre bajo la cabeza y se miró el estómago. A través de la carne tumefacta, vio enormes larvas que se retorcían perezosas.

Ariel S. Tenorio, argentino, nació el 2 de agosto de 1975. Se ha dedicado a la creación de relatos cortos de ficción y poesía. Actualmente vive en Gral. Pacheco, provincia de Buenos Aires, Argentina. Es miembro fundador del grupo literario pro-horror "The Wax". Ha recibido una Mención de Honor en el 16° certamen de poesía y narrativa 2007 de la

Editorial Zona. Es lector desde hace años de la revista Axxón y como tanto ingreso de datos al final debe generar alguna salida, aquí tenemos el interesante trabajo que nos ha presentado.

Hemos publicado sus obras SUNNY ROSE Y EL VENDEDOR DE ESPEJOS, CARROÑA, LA JUNGLA MÁS ALLÁ DE LAS ESTRELLAS, ¡ZOMBIE, RESPONDE!, ORDENÓ EL PLASMATRÓN, EL NANABOUSH y LA RAZÓN DE LAS ESTATUAS.

Este cuento se vincula temáticamente con SUPERVIVENCIA, de Jorge Pradella; EL AGUJERO, de Carl Stanley y EL COLOR QUE CAYÓ DEL CIELO, de H. P. Lovecraft.

Axxón 216 - marzo de 2011

Cuento de autor latinoamericano (Cuento : Fantástico : Terror : Animal fantástico : Argentina : Argentino).

Reset

Magnus Dagon

**ESPAÑA**

¿Qué es un fantasma? preguntó Stephen. Un hombre que se ha desvanecido hasta ser impalpable, por muerte, por ausencia, por cambio de costumbres.

James Joyce. *Ulises*.

Las ruedas del autocar frenaron bruscamente y rugieron contra el suelo arenoso de la carretera por la que el vehículo estaba circulando hasta pararse junto a una desvencijada y envejecida parada fabricada con piedra. La puerta trasera se abrió y Miguel salió del autocar con apenas una mochila a la espalda, siendo el único pasajero que lo hizo. Se alejó un poco del lateral del vehículo para que no le atrapara la nube de polvo que formaría al arrancar y se quedó junto a la parada observando cómo se alejaba camino abajo, desapareciendo poco a poco y perdiéndose finalmente en la primera curva en desnivel que tomó, unos cien metros más allá de donde se había detenido. Miguel siguió mirando un rato más, como si fuera un barco que se acababa de lanzar al océano y aún esperara ver una señal suya en el horizonte.

Después de eso bajó de la parada y comenzó a buscar la ruta pedregosa. Al menos así era como la recordaba, formada por montones de piedras que funcionaban a modo de baldosas. Miguel recordaba muchos, muchos años atrás, haber caminado por ese camino irregular y asimétrico, haber saltado de piedra en piedra, cayéndose alguna que otra vez. Un verano, de hecho, se estrenó en el cine una película en la que el protagonista, para superar una prueba, tenía que saltar a lo largo de baldosas para formar el nombre de Dios. Después de verla, aquel juego llegó a convertirse en una verdadera obsesión.

Unos diez minutos más tarde, Miguel llegó por fin al pueblo.

No era exactamente igual a como lo recordaba, pero tenía que admitirse a sí mismo que aún conservaba gran parte de su personalidad. Las casas de dos pisos, arcillosas y uniformes, se espolvoreaban por sus calles llenas de altibajos, alternándose con algún huerto ocasional y callejones por donde había jugado innumerables veces al rescate con otros niños de la zona. No había casas nuevas, ni tampoco cimientos en proceso de edificación. Asimismo, a medida que empezaba a cruzar las primeras calles, Miguel no tardó en darse cuenta de que muchas de las casas estaban abandonadas y sus ventanas estaban tapiadas.

"Bienvenido a Valle del Lomadán", pensó. "Bienvenido al fin del mundo".

Miguel aún intentaba plantearse por qué había decidido viajar hasta allí. Ya nada le ataba a aquel lugar vacío y desierto. De pequeño había pasado buenos ratos allí, pero eso ya era historia. Tras la muerte de su padre había ido al pueblo un par de veces, sobre todo para adecentar la casa familiar y vigilar que todo estuviera en orden, pero ya hacía varios años que no pisaba aquel lugar, y tampoco era un hecho demasiado sorprendente. La última vez que había estado allí ya sólo había unos cincuenta habitantes, y por lo que había escuchado decir a los hijos de los amigos de sus padres —los mismos con los que había jugado allí innumerables veces y ya no mantenía apenas contacto— no quedaba más que una veintena escasa. Por lo visto, los mayores del pueblo se quejaban de la migración de los jóvenes a las grandes ciudades como Madrid. ¿Qué esperaban?, pensaba Miguel. Si ya muchos pueblos de los alrededores estaban en proceso de extinción, Valle del Lomadán representaba un caso aún más acusado, ya que se hallaba al final del Paso de Cazorla, uno de los lugares más inaccesibles y con menos interés de toda la provincia, al menos interés turístico, que es lo único que mueve a la mayoría de los viajeros de los tiempos modernos. Se pensó en organizar sendas, en convertirlo en sede de algún festival musical de verano, pero todas esas ideas cayeron en saco roto sobre todo debido a su inaccesibilidad.

Cuando Miguel se volvió adolescente y sus viajes al pueblo fueron cada vez más esporádicos, él y sus amigos de la zona comenzaron a llamarlo Valle del Lodazal. Cada vez se aburrían más allí, no había gran cosa que poder hacer aparte de bañarse en el río, y las fiestas de los pueblos de los alrededores quedaban muy lejos incluso para ir en coche a ellas. No era, ciertamente, un pueblo demasiado movido ni animado.

Sin embargo, en las circunstancias en que estaba regresando a él, era perfecto para lo que estaba pensando: aislamiento.

Porque los años habían pasado, y Miguel había aprendido a apreciar el pueblo de una manera distinta a cuando era joven. Se había convertido en escritor, una profesión dura, esforzada y que exigía, por encima de ninguna otra cosa, horas y horas de concentración continua e ininterrumpida, requisito que una endemoniada y ruidosa ciudad como Madrid raramente solía cumplir.

Además, estaba el calor. El achicharrante calor alquitranado de la ciudad, que impedía pensar y con su viento árido convertía la tarea de permanecer sentado frente a un ordenador en todo un infierno. Y a pesar de todos los ventiladores y aparatos de aire acondicionado que uno pretendiera usar, la sensación de sudor húmedo y gélido, de ropa pegajosa que se adhería a la piel, no desaparecía en lo más mínimo.

Allí, esperaba Miguel, todo sería distinto. Por la noche sería el momento perfecto para ponerse a escribir, ya que la temperatura bajaba tanto en aquella zona que había noches en que tendría que encender la chimenea y sentarse con una buena manta a su alrededor y una taza de chocolate caliente humeando sobre el escritorio. Aquella sensación, en pleno verano, resultaba ser poco menos que una verdadera gloria.

Claro, eso implicaba que tendría que adaptar sus horarios a la noche. Pero dado que la vida social del lugar estaba casi muerta, tampoco suponía un sacrificio demasiado terrorífico.

Antes de llegar a la casa familiar, situada un poco más lejos del centro del pueblo, tras una carretera llena de grava y enredaderas, Miguel fue a saludar al único habitante del pueblo con el que tuvo cierto trato en el pasado: Antonio, el dueño del bar. Nada más llegar al establecimiento, Miguel sonrió pensando que había cosas que no cambiarían jamás. La cortina de plástico de la entrada seguía siendo tal y como la recordaba, y nada más acceder al local comprobó que todo era, en términos esenciales, un reflejo de lo que había sido uno de los lugares de su infancia en los que había pasado más tiempo: la barra en la esquina derecha, las mesas al fondo, junto a las escaleras que daban al patio, el aparato matamoscas funcionando a plena potencia y chasqueando cada vez que ejecutaba a una nueva presa, las máquinas recreativas que tenían juegos que habían pasado de moda diez años atrás.

Antonio también parecía ser el mismo, al margen de las inevitables canas y algo de sobrepeso. Limpiaba la barra con parsimonia, pasando el paño por donde ya se había deslizado apenas unos minutos antes.

El bar, por supuesto, estaba vacío. Pero Miguel sabía que Antonio se las arreglaría para llegar a final de mes.

—Hola, Antonio —dijo sentándose en la barra y dejando la mochila en el suelo.

Antonio levantó la cabeza lentamente, con mucha calma, y su reacción fue una media sonrisa que Miguel no supo interpretar.

—Tú eres el hijo de Sergio, ¿no es así?

—El mismo, Antonio. Ponme una cerveza, anda.

Antonio se giró y cogió una botella cuya etiqueta Miguel ya había olvidado que existió alguna vez.

—No, invita la casa —dijo antes de que Miguel echara mano de la mochila—. ¿Qué te trae por aquí? Ya apenas quedan jóvenes en este lugar.

—Venía a pasar unos días en la casa, y quería saludarte además de preguntar si aún sigues teniendo restaurante en el bar.

—Por supuesto que tengo, pero no te preocupes por eso, alguno de mis empleados te subirá la comida todos los días a la hora que me digas. No deseo interrumpir a un gran escritor.

—Veo que las noticias siguen volando por aquí —dijo Miguel bebiendo a sorbos cortos.

—¿Qué tal está tu madre, chico?

—Murió poco después de papá.

—No lo sabía —declaró Antonio, avergonzado.

—No es culpa tuya. Ya no mantengo apenas contacto con la gente de por aquí, y los pocos con los que hablo están tan aislados como yo.

—Ya ves que las noticias tampoco vuelan tanto como parece. ¿Cuánto tiempo vas a estar?

—El que haga falta. Estoy metido en una novela bastante complicada.

—¿Se desarrolla en el pueblo y por eso has venido aquí?

—En realidad no. Lo siento.

—Bueno, es normal —dijo Antonio mientras limpiaba un vaso con ligeros movimientos rotatorios—. Aquí nunca pasa nada de interés.

—No estoy de acuerdo con eso. Este pueblo está lleno de lugares abandonados fascinantes. Tal vez algún día escriba un relato sobre él.

—Estaría bien.

—Sí, lo estaría —agregó Miguel mientras seguía bebiendo la cerveza.

Cuando salió del bar y emprendió el camino a su propia casa, Miguel comprobó que apenas recordaba ya a ninguno de los habitantes del pueblo. Se cruzó con tres o cuatro de ellos, ya muy ancianos, sentados junto a la puerta de sus casas, mirando pasar la vida un día tras otro, y aunque sus rostros no le eran desconocidos, no lograba identificarles con claridad. El único al que logró reconocer era a Matesanz, el guardia civil del pueblo, gracias sobre todo a su espeso bigote y su actitud aún despierta, sentado de manera contemplativa como los otros habitantes pero al menos con un aura de vitalidad a su alrededor. Miguel pensó que resultaba curioso que fuera así, ya que si debía haber un trabajo más aburrido en aquel lugar que regentar un bar que pisaban apenas diez clientes al día debía ser el de policía en un pueblo en el que todos se conocían desde hacía años.

Torció al llegar al viejo establo del primo de su padre, ya abandonado y cayéndose por su propio peso, y comenzó a subir la inhóspita carretera que llevaba a su casa. El trayecto era corto, pero aun así resultaba extremadamente molesto subirlo. Apenas tenía ancho suficiente para un coche, y encima las plantas habían invadido la mayor parte de los muros laterales y hacían más dificultosa la subida en algún tipo de vehículo. No había una sola sombra donde cobijarse y el suelo estaba lleno de socavones y pequeñas colinas arenosas, ya imposibles de nivelar.

Miguel sonrió. Porque el camino sería duro, pero era el camino que llevaba a su hogar, al menos el que fue su segundo hogar durante tanto tiempo.

Finalmente, a la derecha del camino, encontró la puerta del patio que llevaba a su casa, una puerta pequeña y modesta, de hierro colado y con un enorme candado. Un poco más adelante estaba la puerta doble del garaje, que llevaba décadas cerrada ya que Miguel nunca había viajado hasta allí en coche. Sacó las llaves del bolsillo, cogió la del candado —no dudó ni por un segundo cuál de todas era— y abrió con un golpe seco, tras lo que quitó el candado y lo enganchó en una de las asas de la mochila, ya que mientras estuviera allí viviendo no lo volvería a poner. Entró al porche trasero de la casa, se sentó junto a los escalones y miró la fuente de acero oxidada que estaba colocada en una esquina, al otro lado del manzano. Se fijó en la hierba del jardín y comprobó que los topos la habían llenado de agujeros. “Habrá que remediarlo”, pensó.

Se introdujo en la casa por la puerta del porche y, como esperaba, comprobó que el aire de dentro era frío a pesar del indudable ambiente a cerrado que se respiraba. El suelo oscuro y marmóreo le trajo recuerdos de carreras por los pasillos de la casa, pero no tardó en olvidarlos, dejó la mochila sobre el sofá que estaba frente a la chimenea y se tumbó junto a

la misma. Estuvo ahí varias horas, pensando cómo planificar el resto del día, hasta que se quedó profundamente dormido.

Cuando despertó comprobó que el sol empezaba a descender y le apeteció dar un paseo. Salió de casa, cerró la puerta de la misma y bajó de nuevo al pueblo, pero enseguida torció un par de calles y tomó un camino que discurría paralelo al río, hasta que llegó a la estación abandonada del tren. Subió al puente, por debajo del cual pasaba el tren en el pasado, se incorporó sobre la barandilla de cemento y se dedicó a mirar el horizonte mientras pensaba cómo empezar a enfocar el libro.

Aquella noche, cuando regresó a casa, Miguel estaba inspirado y, encendiendo el ordenador portátil, y tras mirar su correo electrónico —afortunadamente la señal sí que seguía llegando— comenzó a escribir el manuscrito. No fue tan difícil como hubiera pensado en un principio, ya que por fortuna para él el esquema preliminar que había diseñado era muy conciso y contenía todas las dudas que podían surgirle en casi cualquier momento. Eso era algo que nunca decían acerca del oficio de escribir, pensaba Miguel. Los medios podían alardear una y otra vez de que tal o cual autor había escrito un libro en una semana, o incluso en una noche, pero nunca hablaban del tiempo que había llevado pensar en cómo enfocar ese libro, un periodo que, a pesar de no estar dedicado en exclusiva a dicho proceso creativo, podía llevar meses e incluso años, hasta encontrar el momento adecuado en que el autor sentía que poseía ya los conocimientos para contar la historia.

Dejó de escribir muy tarde, aún de madrugada, y se quedó dormido sobre el sofá, con lo que al día siguiente, cuando despertó, notó que había cogido algo de frío. Al mirar la hora, además, notó que ya era muy tarde, mucho más del mediodía, pero tampoco se preocupó por ello demasiado. Al fin y al cabo, no había quien aprovechara aquellas abrasantes horas de luz.

Unas horas después llamaron a la puerta del porche. Miguel supuso que sería la comida, que llegaba a media tarde, como había pedido. Se levantó del sofá y, mientras se dirigía a la puerta, miró a su alrededor y comprobó que había un terrible desorden en todo el salón.

Abrió la puerta y tuvo frente a sí a una chica joven, posiblemente algo más joven que él, pero en todo caso tampoco demasiado. Llevaba un recipiente con sopa y otro con carne guisada, y ambos parecían tener muy buena pinta. Al mismo tiempo, Miguel analizó también a la chica y pensó que no debió de pasar su infancia en el pueblo, o de lo contrario no hubiera olvidado su aspecto.

—Vengo a traerte la comida del bar de Antonio —dijo sin más, pasando a la casa.

—Gracias. Déjala por ahí, no te preocupes. ¿Cuánto te debo?

—Me ha dicho Antonio que ya me pagarás cada viernes lo de toda la semana.

—¿Seguro que no prefieres que lo pague ahora?

—Seguro.

Miguel se quedó callado un momento mientras miraba a la comida.

—¿Sucede algo? —preguntó la chica.

—No, es sólo que pensé que la comida consistiría en bocadillos. Esto es mucho mejor.

—Lo tomaré como un cumplido, gracias —dijo la chica con cierto tono de simpatía—. Nos vemos mañana, entonces.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Miguel como si de repente volviera a ser un crío que acababa de terminar el colegio y llegaba al pueblo a pasar el verano.

—Me llamo Ester.

—Yo soy Miguel.

—Ya lo sé —dijo ella cerrando la puerta tras de sí.

Nada más Ester se marchó, Miguel comenzó a comer con avidez. Siempre había sido bastante delgado y por eso soportaba bien los periodos de hambre, pero comió con auténtica ansia, sobre todo porque la comida estaba muy rica, y además, dado que se sentía destemplado, le sentó muy bien. Después de aquello estuvo un rato adecentando el jardín delantero, y cuando fue la hora salió a dar su paseo habitual hasta la estación de tren abandonada. En lo que miraba al sol rojizo perderse entre los árboles y dejar su brillo sobre los impolutos raíles, Miguel pensó que al fin había alcanzado una cierta rutina que le sería muy útil para los días y semanas posteriores.

Sin embargo, cuando regresó a casa y encendió el ordenador, encontró para su desgracia la manzana podrida del paraíso, y llegó de la mano de la civilización exterior, que se coló en aquel decadente pero idílico paisaje para golpearle con la contundencia de la realidad que había dejado atrás.

Cada cierto tiempo, Miguel jugaba a un juego mortificador. Consistía en introducirse en Google y buscar su nombre en Internet, no sólo para comprobar si había nuevas entradas que hablaran acerca de él y su obra, sino también para rememorar los viejos tiempos del pasado y las épocas de relatos de sus inicios, cuando aún podía escribir con su propio nombre pues no tenía que pensar en vender libros a toda costa. Aquella noche Miguel decidió jugar al juego, y de manera casi casual, simplemente escarbando entre la obra del pasado, Miguel notó que no era capaz de encontrar "El Espejo de Almas", su primer relato publicado. Aquello le resultó muy raro, principalmente porque no le había ocurrido nunca antes, ni siquiera cuando las publicaciones online dejaban de sacar números y cerraban definitivamente sus puertas. Además, le constaba que la página web donde dicho relato había aparecido de manera completamente gratuita seguía viva, como pudo comprobar en un momento con apenas un par de piruetas de teclado. Escribió un correo a la webmaster de la página para preguntar por lo sucedido, correo que no tardó en ser contestado.

Fue en aquel momento, de boca de la webmaster, cuando Miguel escuchó hablar por primera vez de Reset.

Reset era un pirata informático, un terrorista de la información que se dedicaba a eliminar referencias de otras personas en Internet. Miguel suponía que habría algún término concreto para referirse a lo que hacía, ya que había toda clase de subtipos de hackers —o piratas informáticos legales— y crackers —o piratas informáticos que cometían delitos virtuales—. El caso de Reset, sin embargo, era más peculiar, dado que llevaba operando desde los mismos inicios de Internet, al menos con ese nombre. Reset era un sujeto peligroso, que disfrutaba borrando a sus víctimas de la Red, al parecer sin motivo aparente ni razón justificable. En especial, sus objetivos preferidos eran aquellos para los que aparecer en el ciberespacio constituía la espina dorsal de su profesión. Miguel siguió investigando por su cuenta, y no tardó en obtener más información de aquel detestable personaje. Otro hecho reseñable, y preocupante, era que Reset sólo atacaba personas, nunca entidades. Parecía como si su intención fuera, ni más ni menos, que arruinar la vida de víctimas indefensas. Afortunadamente para él, pensó, conservaba copia de todo lo que había publicado alguna vez, fuera en el medio que fuera, y contra eso Reset no podía luchar, aunque si persistía en atacarle, por mucho que pudiera recuperar la información, le haría la vida difícil sin dudarlo, ya sólo por el hecho de tener que contactar otra vez con los editores y con los gestores de las páginas web, tal y como tuvo que hacer en esa ocasión, pero multiplicándolo por decenas, tal vez centenares de veces.

Miguel trató de olvidarse del incidente una vez estuvo solucionado y centró de nuevo sus preocupaciones en su novela. Aunque al principio tardó en retomar el hilo de la situación, pronto su mente volvió a estar fresca de nuevo y aprovechó las horas de una manera más que gratificante. Empezaba a pensar que ese libro podría ganar algún certamen importante, de esos en los que participan todas las novelas de un año por el mero hecho de haber sido publicadas, lo que le animó a seguir escribiendo con ganas y grandes dosis de esfuerzo. Tuvo la precaución, además, de abrigarse adecuadamente, con lo que aunque de nuevo se quedó dormido en el sofá del salón cuando despertó al día siguiente, siendo ya más del mediodía, se encontraba mucho mejor que cuando despertó la noche anterior.

Ester llegó con la comida un rato más tarde. Cuando Miguel abrió, comprobó que la impresión que había tenido el día anterior no se había disipado en lo más mínimo, y hubiera deseado conocerla cuando era más joven, para poder averiguar cómo hubiera sido su cuerpo en la pasional época de la adolescencia.

—El menú de hoy —se limitó a decir, con aspecto de estar más preocupada—. Judías verdes y filetes de merluza.

Miguel dejó el menú sobre la mesa. Acto seguido se acercó a la puerta, intentando improvisar sobre la marcha algo que decir.

—Espero que esté tan buena como la de ayer —fue lo único que se le ocurrió. Siempre había tenido talento con las palabras escritas, pero no con las habladas.

—Me alegra que te gustara —dijo ella haciendo un ademán de marcharse.

—Si te apetece tomar algo antes de bajar puedo sacar un par de refrescos y sentarnos en el porche.

—Gracias por el ofrecimiento, pero no puedo ausentarme mucho más tiempo. Otro día, si te parece bien. Quizá el viernes.

—Muy bien —dijo Miguel sin hacerla retrasarse más.

Al llegar la noche, y después de su paseo de atardecer, Miguel regresó de nuevo a la pantalla del ordenador, y antes de retomar de nuevo la novela, como siempre hacía, echó un vistazo al correo. Ya casi había olvidado el asunto de Reset por completo y pensaba, incluso, utilizarlo como anécdota en una entrevista o, quién sabe, como idea para un posible relato.

Los mensajes de correo electrónico que recibió hicieron que no tardara en regresar a la memoria.

Los remitentes eran editores de revistas, muchas de ellas muy antiguas y de las que apenas recordaba ya mucho más que el nombre. El denominador común, sin embargo, era que había publicado en todas en algún momento de su trayectoria. El asunto de la mayoría de los mensajes se resumía en que alguien había intentado o logrado eliminar el relato o relatos que había publicado Miguel con ellos y toda mención a los mismos que estuviera desperdigada por Internet, incluyendo críticas u opiniones de los internautas. Algunos mensajes eran, de hecho, de críticos que le acusaban de boicotear su trabajo intentando eliminar sus reseñas por ser desfavorables con su obra.

El mensaje que más le preocupó era el de su editor. Decía que había un grave problema para la promoción en Internet de sus últimos libros, ya que habían boicoteado la presentación online de su fondo editorial.

Miguel empezó a estar bastante más preocupado, y paralizó todo lo referente a su actual manuscrito, cosa que le irritó profundamente, sobre todo pensando que podría estar echando a perder la oportunidad de crear la obra maestra de su carrera, y se concentró en enmendar todo el daño causado. Comenzó a redactar respuestas a los correos recibidos, lo que le llevó todo el tiempo de trabajo de esa noche, y cuando fue a dormir lo hizo consciente de que aquello le podía llevar fácilmente días o incluso semanas. Porque no sólo se trataba de los mensajes que había recibido, habría también muchos enlaces borrados cuyos gestores aún no se habían dado cuenta, y textos irrecuperables que tendría que volver a buscar, revisar y enviar de nuevo, sabedor de que no los publicarían así como así sin verificarlos antes, ya que muchos eran tan antiguos que los propios editores apenas los recordaban.

Los días posteriores Miguel tuvo que seguir concentrado en recuperar su estatus dañado, y para ello tuvo que volverse extremadamente minucioso al respecto. No sólo se ocupó de que las cosas volvieran a estar como antes, se encargó de hacer copias de seguridad de todo lo que pudiera ser borrado, aunque fueran simples reseñas o resúmenes en los que hablaban de sus libros, incluyendo imágenes y formato. Además de eso, se puso en contacto con todas aquellas páginas que aún no hubieran sido atacadas, les advirtió de lo que le había sucedido y rogó que extremaran precauciones.

Lo último fue declararle la guerra a Reset.

Lo había pensado mucho el día antes en su paseo, mientras el sol se escondía sobre la infinita intersección de las vías muertas de tren. Si no

cortaba el problema de raíz, seguiría repitiéndose una y otra vez. De modo que al llegar a casa se puso en contacto con todos los foros de literatura en los que estaba inscrito y expuso su problema. Su propuesta: pagar a Reset con la misma moneda. Eliminar toda referencia a él y sus delitos. La mayoría de sus colegas accedió a ayudarle, y aunque al principio la idea era emplear las mismas armas que Reset había empleado, esto es, la piratería informática, decidieron hacerlo de un modo mucho más eficiente, teniendo en cuenta sus contactos, solicitando a los creadores de las páginas web que eliminaran toda referencia a Reset de las mismas. No esperaban que todas hicieran caso, pero sí esperaban convencer a muchas de ellas bajo la premisa de que Reset se comportaba de ese modo para obtener publicidad, para jactarse de que era una figura temida en Internet, y que por tanto si no le seguían el juego le asestarían un duro golpe a su orgullo.

Al mismo tiempo, la comida seguía llegando a casa de Miguel día tras día. Cada día lograba que Ester se quedara a charlar un poco más, y cada día la sonsacaba algo más de información acerca de ella misma. Por supuesto cuando llegó el viernes ella no pudo quedarse, pero al viernes siguiente sí que accedió a tomar un refresco, sentados ambos en las sillas del porche.

Cuanto más conocía Miguel a Ester más convencido estaba de querer ir más allá con ella. Había algo magnético en su presencia, algo fuera de lugar en aquel entorno, un pueblo muerto y abandonado. Sin embargo, al mismo tiempo que todo eso sucedía, y que la vida de Miguel daba un giro esperanzador en el terreno emocional, en el terreno profesional estaba pasando por un mal momento, y eso le impedía lanzarse a conquistarla de la manera que consideraba ella merecía.

Por fortuna para Miguel, parecía que su plan daba resultados, y poco a poco cada vez era más difícil encontrar menciones a Reset distintas de aquellas páginas web donde se especificara que así se llaman los botones que sirven para reiniciar los aparatos domésticos. Poco a poco su imagen en el ciberespacio se emborronó cada vez más y, aunque aún siguió estando presente, se convirtió en apenas una sombra de lo que fue. Y lo más importante de todo era que sería muy difícil que eso cambiara, ya que todo el mundo se había puesto de acuerdo en ignorarle, en omitir su mención en sus futuras noticias, en los próximos posts, en las conversaciones de los foros. Internet le había hecho el vacío a Reset.

Un día, finalmente, Miguel decidió nada más levantarse que ya era tiempo de retomar su manuscrito. Como era costumbre en él, cogió su viejo atril verde y lo colocó junto al ordenador portátil, a un lado de la pantalla. Siempre lo hacía así para tener el esquema a mano y poder revisar los

datos que necesitara en cada momento sin tener que levantarse del asiento.

Sin embargo, cuando fue a buscar el esquema del manuscrito, se encontró con que no estaba en el sitio en el que creía haberlo dejado, un cajón de la mesa del salón sobre la que se encontraba el televisor. Miró bien, palpando el fondo, y llegó a quitar el cajón por si se había deslizado hacia atrás, cosa que le resultó harto improbable. Aquella búsqueda exhaustiva no arrojó resultados, y la amplió a todo el salón, mirando en esquinas artificiales y escondrijos tortuosos que ni recordaba que existían.

Cuando llevaba una hora buscando, la búsqueda comenzó a teñirse del marcado velo de la angustia irracional. Miraba en lugares donde ya había mirado, revisaba habitaciones en las que sabía que apenas había entrado desde que llegó, pero aun así seguía sin encontrar el esquema. Salió al porche, se sentó en las escaleras y se llevó las manos a la cabeza. El resumen del trabajo de meses, perdido. Y lo malo no era que tuviera que repetirlo, ya que no le llevaría más que unos días acabarlo de nuevo, lo malo era que sabía que habría detalles que ya no podría recuperar.

Justo en ese momento llegó Ester con la comida. Y Miguel se planteó cómo debía ser la imagen que estaba ofreciendo puesto que ella, que apenas le conocía, le miró muy preocupada.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó dejando la comida sobre una silla del porche.

—He perdido unos papeles muy importantes.

—¿Qué clase de papeles?

Entonces Miguel le explicó lo que esos papeles significaban para él de la manera más clara que pudo, y para su sorpresa Ester lo comprendió a la perfección, mejor que muchos profesionales que estaban metidos en el mundo de la edición desde hacía ya décadas. Y fue ella la que dijo lo que él ya estaba pensando pero no quería decirse a sí mismo.

—Seguro que el nuevo esquema que hagas será mucho mejor que el original.

Y después de eso trataron de olvidar el tema, pero Miguel sabía que Ester tenía razón. Ya había ocurrido en el pasado con otros autores. Ya le había pasado a Lawrence de Arabia cuando perdió sus memorias en una estación de tren, o a Robert Louis Stevenson cuando quemó su primer borrador de “El extraño caso del Doctor Jekyll y Mr. Hyde”, tentado de usarlo cuando sabía que podía dar a la historia un enfoque distinto con mejores resultados.

Por eso, cuando Ester se marchó, varias cosas cambiaron en la percepción

del mundo de Miguel. Una fue que empezó a comprender que no debía dejar que los libros le dominaran, sino que él tenía que domarlos a ellos.

La otra fue que estaba empezando a pensar que Ester podía ser la mujer de su vida, con quien compartirlo todo, los buenos y los malos momentos.

Para cuando atacó la comida del día, arroz tres delicias y croquetas de pollo, ya estaba todo frío, pero aun así se lo comió con ganas. Después de eso decidió que por un día se saltaría las normas y, en vez de su paseo al atardecer, leería lo que tenía escrito de la novela hasta la fecha de manera informal, para intentar rescatar viejas ideas y también dejarse seducir por la posible inspiración del momento.

Encendió el ordenador, y mientras arrancaba se fijó en el atril vacío, pero sin pensar nada concreto, sólo para descansar la mente por un momento.

Sin embargo, una vez el ordenador terminó de iniciarse y Miguel pudo explorar su interior, nada fue capaz de hacer que su mente descansara a partir de aquel instante.

El manuscrito no estaba por ningún lado. Había desaparecido por completo.

Una angustia similar a la que había sufrido horas antes comenzó a invadirle de nuevo, pero al contrario que su búsqueda por la casa, aquella búsqueda sería rápida pero intensa.

Abrió el modo de búsqueda del explorador y tecleó el nombre del manuscrito. Sabía que su ordenador apenas tenía archivos dentro y la búsqueda no sería muy larga, pero eso no hizo que aquellos momentos fueran más soportables.

Finalmente la búsqueda terminó. El ordenador emitió un sonido para indicarlo, y Miguel, que estaba mirando para otro lado, angustiado, se giró hacia la pantalla.

“*No hay resultados que mostrar”* fue la demoledora frase que la máquina devolvió a Miguel cuando leyó los resultados.

Alejó lentamente la silla del escritorio e hincó los codos en las rodillas.

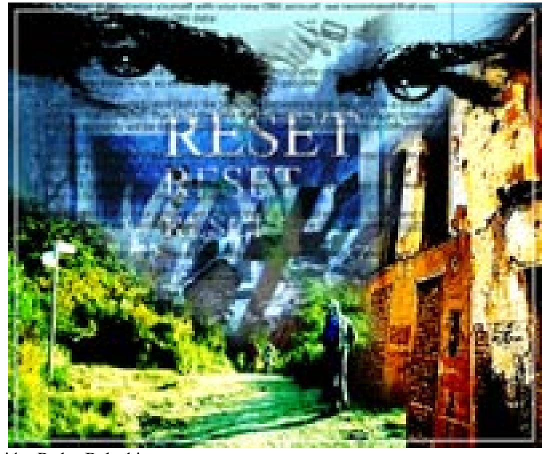


Ilustración: Pedro Belushi

Aquella noche Miguel apenas logró dormir. Sueños tenebrosos cruzaron por su cabeza, sueños tenebrosos en los que toda su obra literaria quedaba relegada al olvido y nadie era capaz de mencionar uno solo de sus libros, ya fuera con su nombre real o con su seudónimo artístico. Soñó con entrevistas, o tal vez las tuvo en realidad, en las que decía que lo que más miedo le producía en la vida, lo que alguien debería hacer para arruinar su mundo, consistía en hacer desaparecer todos sus manuscritos, no sólo de las corrientes de edición habituales, también de su casa, y su disco duro, y sus cuentas de correo privadas, y sus CD-ROMs de seguridad.

Y entre todo aquel caos emocional, en el que no podía distinguir de manera precisa entre sueño y realidad, el nombre de Reset estaba presente en todos los momentos de máxima angustia.

Llegó un momento en el que Miguel no pudo aguantar más y, a pesar de apenas haber dormido, se levantó y se dedicó a caminar dando vueltas por la casa en penumbra, mientras que en el exterior de la misma hacía un sol de justicia y todavía no había llegado ni el liberador momento del atardecer ni la esperada hora de recibir la comida de manos de Ester.

Miguel pensó mucho, muchísimo en todo ese rato, y finalmente concluyó que todo se debía a aquel demonio, que su desgracia se debía a Reset. De una u otra manera, él era el culpable. No creía que pudiera hacer algo tan sofisticado como colarse en su ordenador a distancia y borrar el manuscrito de su disco duro, ni mucho menos que pudiera hacer desaparecer el esquema que él mismo había preparado a mano. Pero la culpa de todo aquello era de él. Si no hubiera sido por él no hubiera tenido que dejar su novela a medias, y nunca hubiera sucedido algo así, algo que

no le había pasado en todos los años que estaba metido en la profesión.

Lo pagaría, pensaba una y otra vez. Lo pagaría caro.

Pero la realidad era que Miguel no estaba en posición de amenazar a nadie.

Mucho antes de la hora, no pudo resistir la tentación de encender el ordenador, y cuando lo hizo, comprobó angustiado que los ataques a su obra se habían reanudado. Otra vez llegaron a su correo electrónico mensajes de editores y responsables de páginas web. No obstante algo cambió en aquella ocasión. Para empezar muchos de estos mensajes eran para decirle a Miguel que ya no tenían intención de mencionarle ni recuperar los fragmentos perdidos donde se le mencionaba, ya que no deseaban que su página fuera boicoteada de manera sistemática.

Los otros correos eran los de los supersticiosos.

Aquellos que no habían querido meterse con Reset, que le tenían un miedo atroz, completamente antinatural. Aquellos que le habían dicho que le dejara en paz, que no era rival para él, que ninguna víctima resistía sus ataques. Ahora, sin embargo, le daban un mensaje distinto.

Ahora, decían, era algo personal para Reset.

Contaban que ya lo habían visto y leído antes, y hacían mención a páginas web como dleebkoops.be y, sobre todo, a una página ya desaparecida llamada sessenkrad.com. Según ellos, Reset arruinó la vida a otros que se atrevieron a desafiarle, no les dejó en paz. Hizo que algunos llegaran a suicidarse. O tal vez, aventuraban, les ocurrió en realidad algo peor.

Tonterías, pensaba Miguel mientras borraba todos y cada uno de esos mensajes. Aquellas eran las personas que conseguían otorgar a ese gusano la fama que no se merecía, que elevaban su ego y hacían que se regocijara con sus actos. Aquellas personas eran tan culpables de los delitos de Reset como el propio Reset.

El odio de Miguel ante aquel pirata informático se convirtió en auténtica furia, rabia apenas contenida. Agarró algunos de los adornos que estaban en el salón y los lanzó contra la pared con toda la fuerza que pudo. Acabó con casi todos los jarrones y varios ceniceros, y cuando estaba a punto de empezar con los marcos de las fotos se contuvo a duras penas. Agarró el rastrillo, salió al jardín y empezó a cavar en la hierba, levantándola a trozos desiguales, hasta dejar al descubierto las madrigueras de los topos, y una vez las tuvo frente a él lanzó el rastrillo sobre aquellos animales de manos como zarpas, mutilándolos una y otra vez, cada vez con más saña, hasta que se liberó del violento influjo que le había aprisionado y se

detuvo. Tiró el rastrillo al suelo, se sentó en la silla del porche y cerró los ojos, intentando que el mundo desapareciera a su alrededor.

Cuando escuchó el ruido de pasos, no sabía si había estado así horas o minutos. Corrió a la puertecilla de hierro colado antes de que la abrieran y la entreabrió levemente. A su espalda estaban las huellas de la locura transitoria, y no quería que Ester las viera.

—Hola, Ester —dijo, asomándose levemente por el escaso resquicio de la puerta que abrió—. Gracias por la comida.

—¿Te encuentras bien? —preguntó ella, realmente preocupada—. Pareces tener muy mal aspecto.

—He dormido bastante mal. Ayer no fue un buen día, ya sabes.

"Eso es", se dijo Miguel a sí mismo. "Miente diciendo la verdad".

—Pronto lo retomarás donde lo dejaste y pensarás en ello como una anécdota que contar a otros, ya lo verás.

—Gracias por tu apoyo, Ester —acabó Miguel haciendo gestos claros de querer cerrar cuanto antes—. Nos vemos mañana.

—Mejórate —dijo Ester, regresando camino abajo.

Miguel cerró la puerta del todo de nuevo y se sintió repulsivo por no poder decir toda la verdad a Ester, pero no quería que le viera así, furioso y fuera de control. Ese no era su comportamiento habitual, además, él nunca había sido poseído por tales accesos de cólera antes, por lo que no esperaba que volvieran a repetirse.

No, tenía que tomarse las cosas de otra manera. Y curiosamente, Ester tenía razón en una cosa. Tenía que olvidarlo todo, concentrarse en empezar de cero, en retomar las cosas donde las había dejado.

Tenía que apretar el botón de reset.

Al día siguiente, Miguel mandó un correo a su editor y le dijo que el manuscrito estaba resultando más difícil de encarar de lo que había imaginado. Su editor le recomendó que lo olvidara por un tiempo y que se tomara unas vacaciones, cosa que no había hecho en los últimos cinco años, en los que no había parado de escribir ni en domingo. Miguel, en lugar de rechazar la sugerencia como hacía todos los veranos, aceptó la idea y decidió olvidarse temporalmente de la novela. Al mismo tiempo, decidió también desconectarse por completo de Internet. Configuró su

correo electrónico para que diera una respuesta automática, lo cerró y apagó el ordenador con la intención de no volver a encenderlo en dos semanas.

"Ya estoy de vacaciones", pensó cuando bajó la pantalla. Y lo siguiente, reflexionó, sería limpiar los destrozos que le rodeaban. Por eso se esmeró todo lo que pudo y, escoba en mano, barrió los objetos rotos, arregló la hierba para intentar tapar las enormes calvas de tierra que se habían formado, quitó los cadáveres de los topos y limpió el rastrillo, aún sangrante después de los ataques a sus madrigueras. No mucho después el entorno volvía a presentar visos de normalidad, de orden y sosiego. Era difícil ocultar las huellas del día anterior, pero el esfuerzo hacía que no se reparara demasiado en ellas si uno no se fijaba demasiado.

Para cuando llegó la hora de la comida, Miguel pensó que ya había esperado suficiente y sería el momento de intentar ir un paso más allá con Ester. Ya no tenía preocupaciones en la cabeza, no porque las hubiera solucionado sino porque había decidido que lo mejor para sí mismo era apartarlas momentáneamente de la mente, y de ese modo encararlas más adelante con renovadas fuerzas. Por eso quería dedicarse a sí mismo, a otorgarse algo de paz y descanso, y Miguel era muy consciente de que cuando estaba con Ester se sentía más calmado que nunca.

Cuando Ester subió, sin embargo, pudo comprobar que su semblante no parecía nada sosegado. Su rostro era la viva imagen de la preocupación, y cuando llamó y Miguel abrió la puerta, dejó la comida casi sin decir palabra, apenas murmurando las típicas frases de cortesía.

Miguel miró la comida: crema de verduras y filete de pollo. Acto seguido miró el rostro de Ester y la descubrió a punto de echarse a llorar.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, alarmado. Su plan de invitarla a salir tendría que esperar.

—Es el señor Santos —dijo Ester, asustada.

—¿Qué pasa con Antonio? ¿Está bien?

—Le ha dado un ataque al corazón esta mañana.

Miguel invitó a Ester a sentarse en el sofá, y acto seguido se limitó a escucharla mientras se desahogaba. Cuando Ester había llegado temprano al bar había encontrado a Antonio tirado en el suelo. No sabía cuánto tiempo llevaba ahí, probablemente desde que había abierto. Llamó corriendo al médico y se lo llevaron al pueblo de al lado.

—¿Sabías si Antonio tenía algún problema de corazón? —preguntó Miguel, con cortesía.

—El médico ha dicho que es posible que se haya llevado una impresión muy fuerte.

—¿Una impresión muy fuerte? ¿Qué quieres decir?

Ester no pudo seguir hablando. Se limitó a mirar a Miguel con expresión asustada.

—¿Le han atacado? Dime, Ester, ¿le han atacado?

—No lo saben con seguridad.

—Si Antonio ha sido atacado —dijo Miguel levantándose y mirando por la ventana del salón que daba al porche— puede que sea el primer delito que se comete en Valle del Lomadán en décadas.

—Miguel… —dijo Ester de repente—. Tengo miedo.

—No debes tener ningún miedo. Estoy seguro de que Antonio no querría que lo tuvieras. Ya verás como se pone bien enseguida.

—Espero que tengas razón —agregó Ester haciendo un esfuerzo por levantarse.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Voy a seguir llevando el bar mientras Antonio se recupera. Tienes razón. No debo preocuparme. Pronto estará de nuevo en el bar, y todo estará bien.

—Me alegra oír eso —acabó Miguel, acompañándola hacia la puerta.

Sin embargo, una vez que Ester se fue, Miguel tuvo que confesarse a sí mismo que no se sentía tranquilo. Nada tranquilo. Y sabía que en el fondo no tenía motivos para no estarlo. Antonio había sufrido un ataque al corazón. Algo así podía deberse a multitud de motivos distintos, y no tenían por qué estar relacionados con ningún crimen ni un intento de agresión. Además, si habían intentado atacarle para matarle, podían haberlo conseguido sin problemas, y no parecía que quisieran robarle, además de que Ester no había hecho ninguna mención al respecto. ¿Quién iba a querer robar, por otro lado, a un pobre hombre que regentaba un bar con apenas una docena de clientes habituales?

Pero Miguel era escritor. La imaginación de Miguel no discurría por los mismos senderos de coherencia y sentido común que la de las demás personas. Miguel veía reinos en el horizonte, civilizaciones en las estrellas, laberintos en los edificios.

Monstruos en las sombras.

El instinto aconsejó a Miguel que indagara más a fondo en el asunto, aunque sólo fuera para tranquilizar a Ester. Aunque sólo fuera para

tranquilizarse a sí mismo y dejar atrás todas las tribulaciones y especulaciones sin sentido.

Bajó al puesto de policía y fue a ver a Matesanz. El guardia civil no estaba sentado fuera cuando Miguel llegó, lo que ya era señal de que debía estar bastante ocupado. Llamó a la puerta y encontró al guardia civil sentado en su escritorio, hablando con lo que parecía que era la central del pueblo más cercano. Miguel ignoraba de qué pueblo podía tratarse. Nunca había tan siquiera pensado que algún día pudiera pasar algo así en Valle del Lomadán.

Una vez que el guardia civil colgó tomó él mismo la palabra.

—Imagino que vienes por lo de Antonio —se limitó a decir mientras se frotaba el bigote.

—¿Puede haber sido agresión?

—No había indicios de violencia física, y nada en el escenario parece indicar la presencia de un segundo sujeto. He mandado las fotos a la central pero los empleados de Antonio se están encargando del bar y ya se puede entrar con normalidad. Como podrás imaginar, casi todos los vecinos están allí en este momento.

Miguel miró al desordenado escritorio. Junto a Matesanz había una pistola desmontada. Parecía que la estaba limpiando.

—¿Han encontrado algo más? —preguntó Miguel sabiendo la respuesta, pero no los detalles de la misma.

—Hemos encontrado algo inquietante.

—¿Inquietante?

—Antonio tenía una marca en la mano. Una especie de tatuaje, y a nadie le consta que estuviera ahí antes. Se trata de un círculo y una raya.

—Que yo sepa, Antonio no tiene tatuajes.

—Eso imaginaba. Si sabes algo más que pueda ser útil, ya sabes dónde encontrarme.

Miguel no se sintió más tranquilo después de la visita al guardia civil. De hecho, se sentía aún más preocupado, puesto que parecía haber indicios claros de que en efecto Antonio había sido atacado. Como poco, una persona le había dejado ese extraño sello.

Pensó en Ester y en su seguridad, y en ese momento se dio cuenta de que no tenía ni idea de cómo encontrarla, y no sabía siquiera si vivía en el pueblo o iba allí a trabajar. Nunca habían hablado de esa clase de cosas, sus escasas conversaciones habían sido más trascendentales, más

profundas que preguntar edad, lugar de nacimiento y signo del zodiaco.

Cuando llegó la hora del anochecer, en vez de salir a dar un paseo, se quedó en casa, con las luces apagadas, reflexionando en soledad, y una vez toda la luz abandonó el firmamento sacó fuerzas para incorporarse y fue al porche con la intención de poner el candado, pues ya no se sentía a salvo dejando abierta la puerta de hierro colado.

Justo al salir al exterior, creyó ver a lo lejos una silueta.

Estaba junto al manzano, o eso le pareció a Miguel, ya que no podía distinguir bien la profundidad con tan poca luz ambiente. No hizo ni un solo movimiento, y tampoco notó movimiento desde la zona que estaba mirando. Estuvo en esa posición, sin hacer un solo ruido, durante varios minutos, y llegó un momento en que ya no pudo estar seguro de si realmente había una silueta allí o las caprichosas formas de las plantas le estaban jugando una mala pasada.

Sin embargo no podía dejar de tener esa sensación. Como si tuviera dos ojos clavados en su nuca, espiando, analizando sus movimientos.

Decidió romper su parálisis y comenzó a andar hacia la puertecilla, bajando de uno en uno los escalones del porche y continuando su trayecto sin que nada ni nadie entorpeciera su objetivo. Cuando llegó a la puerta de hierro, notó que la manilla había sido desplazada.

Acto seguido una mano le agarró con fuerza del brazo.

Se apartó corriendo y contra toda lógica fue hacia los tiestos de la parte inferior, donde creía haber dejado una linterna. No había ningún motivo racional en hacer algo así, la oscuridad incluso podía ser beneficiosa para él. Pero en aquel instante sólo deseaba aliviar la angustiosa sensación de no saber qué era a lo que se estaba enfrentando.

Agarró la linterna, la encendió y tuvo ante sí el temeroso rostro de Ester.

—¿Qué haces aquí a estas horas? —dijo Miguel de repente. Y no tardó en darse cuenta de la estupidez de la pregunta.

—No puedo dormir, y tengo miedo. Por eso subí hasta aquí. Lamento haberte asustado. En este pueblo apenas tengo confianza con nadie más que tú.

—Pasa dentro —dijo Miguel, encendiendo la luz del porche—. Perdona mi reacción. No esperaba que aparecieras así de repente.

—Abrí la puerta y por un momento pensé en echarme atrás, pero al final no pude.

—Me alegra que no lo hicieras, y que conste que lo digo aun habiéndome

llevado un susto de muerte —declaró Miguel, mientras colocaba el candado en la manilla de la puerta.

Abrió la entrada al salón e invitó a Ester a pasar. Cerró el acceso con llave y apagó la luz del porche desde dentro de la propia habitación.

—Tengo mucho miedo, Miguel —confesó Ester, parada en medio de la habitación. En aquel ambiente frío y tenebroso, en mitad del viejo salón oscuro de paredes frías y baldosas marmóreas, la declaración de Ester sonaba a un auténtico grito de socorro.

—Acompáñame —dijo Miguel avanzando hacia el pasillo y encendiendo la luz del mismo en el camino. Caminaron juntos hasta pararse frente a una habitación muy próxima al salón. Miguel abrió e invitó a Ester a pasar. Se trataba de un cuarto de invitados, lacónico pero acogedor.

—Puedes dormir aquí esta noche. Si necesitas algo…

Miguel miró a Ester a los ojos y de repente comprendió que había algo que ella necesitaba, y se trataba de compañía. En aquel momento deseaba cualquier cosa menos soledad.

Miguel se acercó a ella, pasó la mano sobre su cuello y la besó. Notó cómo Ester temblaba, y en ese momento no supo si se debía al miedo por su seguridad o por lo que estaba a punto de pasar. El temblor, sin embargo, no tardó en cesar, y ambos comenzaron a andar pausadamente por la habitación hasta estar al borde de la cama. Una vez allí Ester se tumbó sobre el mullido colchón, siempre preparado para un invitado imprevisto, y dejó que Miguel la desvistiera con extrema lentitud mientras él mismo se iba desvistiendo y arrojaba la ropa de los dos a una esquina vacía, como si ya careciera de importancia.

Sin embargo, en aquel momento, Miguel trató de sorprender a Ester. La tomó de la mano como si fuera una Venus renacida y cogió la manta de la cama, sacándola de un tirón. Desnudos, y envueltos en la manta, regresaron al salón, donde la chimenea estaba funcionando a plena potencia. Colocó la manta junto a la boca de la misma y, tras tomar las precauciones necesarias, se tumbaron sobre la manta, junto al fuego, y comenzaron lentamente a hacer el amor. De vez en cuando Miguel recordaba la situación en la que estaban, potencialmente en peligro, pero lejos de detenerle, eso le excitaba aún más. Y pronto la situación se caldeó hasta que llegó un momento en que Miguel comprendió que algo extraño, algo fuera de lo normal estaba pasando en aquella habitación, algo que no podía llegar a comprender del todo pero sobre lo que tampoco deseaba indagar en profundidad, estando como estaba respondiendo a la llamada del instinto, disfrutando del delicioso y afrutado cuerpo de aquella mujer,

recordando las veces que había probado su excelente comida, aumentando ello aún más su ya incontrolable excitación.

Después de aquel momento, estuvieron riendo y charlando un buen rato, pero finalmente ambos, vencidos por el cansancio, se quedaron dormidos, y antes de sucumbir del todo, Miguel cogió el extremo de la manta y cubrió los cuerpos de los dos, y así quedaron dormidos, dándose calor mutuo además del que aportaba la manta y el fuego de la chimenea.

Cuando Miguel se despertó por la mañana, mucho más pronto de lo habitual, notó que Ester ya no estaba a su lado. La chimenea estaba apagada, y por un momento pudo llegar a parecer que allí nunca hubo nadie más que él. Fue a la habitación y la ropa de ella ya no estaba en el suelo, aunque la suya formaba aún una pequeña y endeble colina. Se duchó, se vistió y se sentó un momento en el sofá, reflexionando sobre aquellos últimos días. Miró al ordenador, fuente de sus problemas más recientes, con auténtico odio, como si fuera una persona a la que poder echar la culpa de todo lo malo que le había sucedido.

En aquel momento, Miguel empalideció de terror. Porque dos conceptos se habían juntado en su cabeza. Dos conceptos en apariencia alejados e inconexos.

Uno era aquella supuesta agresión de la que había sido víctima Antonio, el dueño del bar de Valle del Lomadán, al final del Paso de Cazorla.

El otro era aquel pirata informático que le había estado amargando la vida desde Internet en los últimos días.

La conexión vino cuando, al fijarse bien en el botón de reset de su ordenador, Miguel comprobó que estaba formado por un círculo abierto por la parte superior y atravesado por una línea vertical que descendía hasta su centro.

Bajo los efectos de un ataque de auténtica paranoia y por medio de decisiones completamente impulsivas, Miguel encendió su ordenador y en cuanto hubo arrancado del todo mandó un mensaje de correo a todos sus contactos diciéndoles que había tenido fuera de servicio su dirección de correo y necesitaba que confirmaran la recepción de ese mensaje. Cerró el correo electrónico y apagó el ordenador, pero al parecer se colgó mientras el sistema operativo se cerraba.

Apretó el interruptor de reset y esperó unos segundos hasta que se efectuó el apagado de manera manual. Soltó el dedo y se quedó mirando el botón unos segundos.

Acto seguido salió corriendo al porche, quitó el candado, lo tiró al suelo,

abrió la puerta y se dirigió disparado al puesto de Matesanz.

A medida que Miguel bajaba la cuesta que comunicaba el pueblo con su casa y llegaba a las calles centrales del mismo, pasando de largo el establo derruido y torciendo al llegar al bar, se extrañó de no encontrarse con nadie en un solo tramo del camino, sobre todo a aquellas horas de la mañana. Allí todo el mundo acostumbraba a levantarse muy temprano, incluso aunque no tuvieran gran cosa que hacer con su tiempo, y aunque tampoco era tan extraño que no se cruzara con nadie en el trayecto debido a los pocos habitantes que quedaban, aun así fue algo que no dejó de resultarle vagamente asfixiante.

Nada más vio el puesto de policía a lo lejos, a medida que doblaba la esquina y se adentraba en la minúscula calle donde estaba ubicado, pudo comprobar que de nuevo Matesanz no estaba a la salida del mismo, con lo que supuso que aún debía estar ocupado hablando con sus superiores, intentando cerrar el caso cuanto antes y volver a su añorada rutina, aburrida pero parte indiscutible de su vida, al fin y al cabo. Miguel se acercó a la entrada y llamó con un golpe seco de los nudillos. Nadie contestó. Volvió a llamar de nuevo, y al hacerlo notó que la puerta estaba abierta.

Aquello no le gustó nada a Miguel. Una cosa era que la gente tuviera abiertas sus casas, y otra muy distinta tener el puesto de policía disponible para que pasara cualquiera en ausencia de su dueño.

“Bueno, no te precipites”, pensó Miguel a medida que abría la puerta ligeramente con la parte exterior de la muñeca. “Puede que se haya ido un momento. O puede que no te haya escuchado. O puede que…”.

Miguel no pudo encontrar frase conciliadora para lo siguiente que vio. En verdad, ni siquiera creía que la hubiera.

Sobre el escritorio caótico y desordenado, el guardia civil yacía tumbado, sentado en su silla y con la cabeza apoyada sobre un montón de documentos apilados. El rostro, vacío y sin expresión, miraba hacia ninguna parte. Tenía un tiro en la cabeza, y las manos colgaban fláccidas a los lados. El arma no estaba por ninguna parte y Miguel supuso que le habían disparado con ella. De modo que ahora había un sujeto suelto por el pueblo con un arma.

Pero aquello no era lo peor. No era lo más preocupante.

Lo peor era que en la mano, visible como un tatuaje del que su portador estuviera orgulloso, el guardia civil tenía claramente dibujado el símbolo de reset.

Asustado en extremo como estaba, Miguel volvió corriendo a su propia casa y cerró con llave todas las puertas que pudo, incluyendo la tapadera del pozo y el cobertizo de las herramientas. Antes, en el camino, había intentado hablar con algún otro habitante del pueblo, alguien a quien advertir cuanto antes.

No encontró a nadie.

Llamó varias veces al número de la policía, pero la línea parecía estar siempre ocupada y no se lo cogían. Encendió su ordenador y revisó el correo electrónico para ver si alguien había respondido al mensaje colectivo en el que pedía que le contestaran para verificar que su cuenta estaba operativa. No había contestado nadie aún.

Estaba solo y aislado. Solo y aislado en Valle del Lodazal.

Su primer impulso fue agarrar la mochila y salir de allí cuanto antes, correr, huir a toda velocidad, rezar para que el autocar llegara pronto y no mirar atrás. Pero antes de llevar a cabo una decisión tan drástica recordó que había algo, algo importante que le ataba aún a ese pueblo que se le antojaba más desconocido a cada momento que pasaba.

Ester.

Ella seguía allí fuera, Miguel no tenía idea de dónde, pero su vida corría serio peligro. Lo había estado pensando mucho, con mucha calma, y por incoherente que le pudiera parecer, creía haber comprendido las intenciones de Reset. Quería acabar con sus conocidos. Al menos, con los más cercanos. Por eso Antonio había sido atacado y Matesanz estaba muerto. Salvo ellos, ya nadie en el pueblo era capaz de recordarle.

Nadie salvo Ester.

Tenia que ir a buscarla, advertirle que corría un grave peligro. “Qué estúpido fui”, pensaba una y otra vez, apesadumbrado. “Cómo pude decirle que no se preocupara”. Pero después de mortificarse de manera continuada concluyó que nadie, nadie en su sano juicio, podía haber imaginado algo así desde un principio.

Corrió a por un folio, agarró un bolígrafo y empezó a escribir una carta. A toda velocidad, sin preocuparse por la presentación ni el acabado, sólo exigiendo que el resultado fuera legible. En ella comenzó a contar, a grandes rasgos y sin resultar paranoico, lo que le estaba pasando, y que si no aparecía que la policía investigara en el Valle del Lomadán. Después

de eso dobló el folio en tres, lo metió dentro de un sobre, escribió su dirección y puso un sello de treinta y un céntimos.

Acto seguido agarró el rastrillo, salió de casa y bajó de nuevo al pueblo.

El mediodía ya había llegado y su calor implacable, capaz de provocar espejismos en las calles mal asfaltadas del pueblo, otorgaba una imagen de enajenación a la silueta de Miguel, caminando con semejante objeto por las calles desiertas del pueblo, con un silencio sólo perturbado por alguna solitaria chicharra. Se acercó a la plaza central, se dirigió hacia el buzón y antes de echar la carta miró a uno y otro lado, con especial atención en cruces y bifurcaciones de calles alejadas. Parecía que nadie le estaba vigilando. Su atacante no había pensado en tal eventualidad. O eso, o en realidad no le importaba que lo delatara.

Introdujo la carta en el buzón y se alejó lentamente del mismo, caminando marcha atrás, como si acabara de activar una bomba. El sol empezaba a nublar su pensamiento y no le dejaba actuar más que por mero instinto. “Bien”, reflexionó, “no es mucho más que eso lo que necesito”.

Agarró el rastrillo, dispuesto a que comenzara la cacería.

Empezó a dar vueltas por el pueblo, a través de todas las calles, de todos los recodos, no sólo los visibles, también aquellos que recordaba de cuando era pequeño. Nadie en su camino, ni su enemigo ni ningún habitante del pueblo. A medida que las horas iban pasando Miguel se sentía cada vez más solo, más desvanecido, como si no existiera en el mundo entero nadie más aparte de él mismo.

Intentó buscar ayuda, alguien a quien contar lo sucedido, pero cada vez que llegaba a alguna casa con la puerta abierta y entraba no había nadie allí para recibirle. Era como si todo el mundo se hubiera ausentado momentáneamente de manera permanente. Las primeras ocasiones sólo se limitaba a mirar si había alguien y marcharse, pero llegó un momento en que cada vez que entraba en una casa, sofocado por el angustioso calor, se paraba a tomar un poco de agua, a disfrutar de la sombra y, aunque se sentía fatal por ello, a coger unas cuantas provisiones de la nevera. Ya compensaría a los vecinos más tarde, se decía una y otra vez. En aquel momento no debía estar débil, o de lo contrario podría ser fácilmente sorprendido y ya nada podría salvarle.

La situación del bar fue algo más peculiar. No estaba abierto, como Miguel esperaba, pero un cartel colocado en el interior del mismo ponía “cerrado por defunción”. No tuvo claro si se estaba refiriendo a Antonio, pero tras alejarse de allí, y gracias a las horas que pasaban lentas como años, no tuvo ninguna duda de ello y siguió caminando con el único

propósito de encontrar a ese bastardo y ensañarse tanto que lo que le había hecho a los topos sería una caricia comparado con lo que tenía en mente para él.

Cuando el atardecer estaba cerca, Miguel ya había recorrido varias veces todo el pueblo. Empezaba a estar muy cansado y a pensar que aquel sujeto estaba jugando con él, obligándole a cansarse y a fatigarse innecesariamente para acercarse por la espalda y atacarle cuando menos se lo esperara. Miguel ya no sabía qué más podía hacer. Había estado horas y horas caminando, bajo un terrible sol abrasador, y ya no podía pensar en nada más que en descansar. Se sentó en la acera, con el rastrillo apenas sujeto entre las manos, y echó de menos los días en los que todo se reducía a levantarse tarde, esperar el momento en que Ester llegara con la comida, ir a su paseo del atardecer y dedicarse a escribir gran parte de la noche.

Levantó la cabeza y cortó de raíz sus pensamientos. No había mirado en todos los sitios. No en todos los que solía frecuentar.

Al principio le parecía una opción descabellada, pero a medida que pasaban los segundos y seguía pensando en ello la consideraba la única opción mínimamente coherente que le quedaba por verificar.

Se levantó y comenzó a vagar por el pueblo, ya tiñéndose en sombras bajo la luz rojiza del crepúsculo, hasta que encontró el par de calles que solía seguir todos los días para alcanzar el curso del río. Seguramente había un camino más corto, pero concluyó que los seres humanos tenemos querencia a agarrarnos con fuerza a las costumbres del pasado.

Como hacía todos los atardeceres comenzó a seguir el margen del río, pero su actitud ante el camino fue muy, muy distinta. Porque los árboles que cubrían parte del sendero y se le solían antojar relajantes de repente eran escondite para que fuera sorprendido, y la suave luz del sol que se apagaba con lentitud, era un cronómetro que bien podía marcar el final de su propia existencia.

Llegó por fin a la estación abandonada de tren, y Miguel comenzó a comprender en qué consistía ser un escritor de novelas de miedo. Aquella estación en la que había pasado tantos momentos apacibles, que se había convertido en su refugio secreto, se había transformado por completo bajo aquellas tenebrosas circunstancias. La basura que se acumulaba en un lado otorgaba un aire decadente al conjunto, y el ruinoso edificio que estaba junto a la estación parecía más siniestro y enervante que nada que hubiera visto en su vida. La cada vez más inexistente iluminación solar y la consecuente difuminación del paisaje hacía mucho por otorgar a aquel

refugio perdido una sensación de creciente pesadilla.

Pero a pesar del tenebroso ambiente del conjunto, y de los amenazantes lugares en los que Miguel reparaba por vez primera en nuevos términos, no tuvo más que girar la cabeza para comprender que el verdadero peligro venía de lo más conocido, de aquellos sitios donde hemos atesorado nuestros más hermosos recuerdos.

Alguien estaba subido en el puente, el mismo puente donde había pasado tantas tardes deleitándose con la visión del horizonte. No lograba distinguir uno solo de sus rasgos, pero tenía claro que sea quien fuere, no iba a cogerle por sorpresa.

De hecho, Miguel tuvo la incierta sensación de que le estaban esperando.

Comenzó a caminar, paso a paso, tratando de no pensar en nada pero incapaz de cumplir tal deseo liberador. Si le estaban esperando allí eso quería decir que le habían estado siguiendo, tal vez una tarde, tal vez incluso todas. Nunca había estado solo en realidad, nunca había tenido un solo momento de intimidad.

El peligro siempre había estado ahí, esperando.

"Olvídalo, olvídalo todo", se decía una y otra vez. Cada vez se estaba acercando más al culpable de aquellos días de tortura, al responsable de estar convirtiendo su vida en un auténtico infierno. Tal vez muriera, pero ese era un riesgo que estaba dispuesto a asumir. De hecho, le preocupaba más en aquel instante lo que podría llegar a hacer a su enemigo si no era capaz de contenerse.

Pero pronto todas aquellas atribuladas reflexiones pasaron a un segundo plano. Porque lentamente, con cada escalón que subió y que le colocaba un poco más arriba del puente, Miguel podía distinguir mejor la silueta de su misterioso atacante. Y cuando ya quedaban sólo un par de peldaños por subir, pudo comprobar que era de mujer.

Su cerebro ya estaba tratando de advertirle sobre lo que iba a encontrarse. Pero no le hizo caso y no pudo creerlo hasta que no lo tuvo frente a sus mismos ojos.

Ante él estaba Ester, de pie y muy rígida, mirando al horizonte, al mismo horizonte que él había mirado una y otra vez sin cansarse. La imagen que ofrecía, teniendo en cuenta que apenas ya nada podía verse a lo lejos, resultaba cuanto menos extraña. Inicialmente ni reparó en la presencia de Miguel, rastrillo en mano, cuyas manos temblaban agarrando el arma que ya no sabía para qué podía servirle. En cuanto Miguel subió el último escalón, se giró. Y en sus ojos no había reflejada bondad, ni ternura, ni

ninguna de las cualidades que Miguel había atribuido a ellos la noche anterior. Sólo eran dos vacíos insondables, detrás de los que no parecía haber rastro alguno de humanidad.

En la mano ensangrentada llevaba una pistola, y en la frente tenía un símbolo. Un símbolo que Miguel estaba empezando a conocer muy bien.

Miguel bajó el rastrillo y trató de acercarse. Pero en cuanto dio un solo paso, Ester levantó la pistola hacia él.

—Ester, soy yo, Miguel. Baja el arma.

Pero Ester no reaccionó. Ni un solo movimiento como consecuencia de sus palabras. Miguel no sabía si estaba siendo manipulada o decidía por propia voluntad. No sabía cuál de las dos cosas le aterrorizaba más.

Sabedor de que por la fuerza no lograría resultado alguno, dejó el rastrillo en el suelo, con mucha lentitud, para no resultar amenazante, y se incorporó de nuevo también en cámara lenta, del mismo modo que si él mismo fuera un arma.

—Mira, ya está. No voy a hacerte nada. No tienes que temer nada de mí.

Ninguna respuesta. Ninguna reacción. Sólo aquellos ojos que se clavaban en su alma como colmillos venenosos.

Llegó un momento en que Miguel ya no pudo mirar a Ester. Sólo una cosa llamaba su atención. Ese símbolo. Ese emblema satánico que se pincelaba en su hermosa frente.

—Por favor, Ester. Por favor, dime algo.

—Sólo tengo una cosa que decir —comentó de repente, con una voz que, a pesar de resultar perfectamente posible, le puso los pelos de punta a Miguel cuando la escuchó.

—Reset —dijo justo antes de ponerse la pistola en la sien y apretar el gatillo.

La noche cayó y Miguel aún seguía en el puente, de rodillas, anonadado por lo que acababa de presenciar. Frente a él, Ester estaba tumbada en el suelo, de lado, y un charco de sangre rodeaba su cabeza y empezaba a apelmazar su pelo. El charco crecía con lentitud, expandiéndose más por los bordes convexos, como una ola viscosa que tratara de alejarse del mar de podredumbre al que pertenece.

Cuando la sangre tocó las púas del rastrillo, Miguel se echó

compulsivamente hacia atrás y se llevó las manos a la boca, intentando en vano respirar.

Nada tenía sentido. Nada. ¿Qué es lo que iba a hacer? ¿Llamar a la policía? ¿Por qué? ¿Con qué intención?

"¿Por qué no?", se preguntó a sí mismo mientras regresaba tambaleándose al pueblo, temeroso incluso de tocar el cuerpo aún caliente de la mujer con la que había pasado la noche anterior. Estaba como ebrio, ebrio de sangre y locura. Aquel día era como un sueño borroso e interminable, un sueño del que era incapaz de escapar hasta vivirlo en su totalidad.

Regresó a su casa, temblando mientras quitaba el candado y deslizaba la manija para entrar, pasó al porche y se sentó allí, solo en la oscuridad. Llegó al fin para él el instante de la calma, el instante de la reflexión, de entender cuál había sido exactamente su papel en todo aquello.

Había estado en el escenario de dos crímenes. Había presenciado uno. Aquello no pintaba bien.

Angustiado, se llevó las manos a la cabeza. No era así. No había presenciado un crimen. Había presenciado un suicidio.

¿O no?

Esa no era Ester. No era ella. La conocía lo suficiente como para asegurarlo.

¿La conocía?

¿Quién era Ester? ¿De dónde venía?

El agónico paso de las horas no le ayudó a resolver sus dudas. Sí acaso le ayudó, embargado por la fatiga y el estrés, a sucumbir en un opresivo sueño sin sueños, una efímera muerte en vida que acalló por un rato los ecos de su mente atormentada.

Cuando Miguel despertó tenía frío.

Mucho frío.

Estaba en el porche, sentado en una de las sillas, confortable para descansar pero muy incómoda si uno se quedaba dormido en ella.

El cielo estaba nublado, y amenazaba tormenta. De hecho, Miguel no lo había visto nunca tan nublado, no al menos que recordara. La temperatura había bajado considerablemente, de tal modo que a pesar de que era mediodía parecía como si aún estuviera en plena noche.

Miró el reloj. La diez de la mañana. Bueno, tampoco iba a quejarse. Lo último que deseaba en aquel momento era más calor que le impidiera razonar con claridad.

Se metió dentro de la casa e intentó pensar qué era lo que iba a hacer a partir de ese momento. Para empezar, podía ser que estuviera aún en peligro. Evidentemente había alguna clase de relación entre el suicidio de Ester y aquel cabrón que le estaba acosando. Pero había muchas preguntas aún por resolver, y afortunadamente para él, por fin lograba razonar con claridad.

Ester había sido drogada. No había duda. Su extraña reacción, su comportamiento, sus ojos…

Sus ojos.

Tenía que ser droga, se decía Miguel una y otra vez. Era la única opción coherente que cabía suponer.

Si es que las opciones coherentes se habían convertido en las únicas a considerar.

Descolgó el teléfono y llamó a la policía. Como la vez anterior, no logró hablar con ellos. Pero había algo distinto en el motivo por el que eso sucedía.

No había línea.

Miguel razonó que se debería al clima. No era capaz de recordar que hubiera sucedido en el pasado, pero estaba seguro de que tenía que haber pasado en alguna ocasión. Tendría que esperar a que se arreglara la avería.

"De modo que estoy incomunicado", pensó. Sin línea de teléfono, no podía llamar a nadie, y tampoco podía usar el ordenador. Pero claro, no podía dejar de intentarlo. Es lo que tiene la naturaleza humana, que no se rinde hasta no haber comprobado todas las posibilidades que tiene a su alcance.

Encendió el ordenador y comenzó a arrancar con parsimonia. "Si yo fuera un personaje de una obra de ficción", pensó Miguel, "y no hubiera conexión a Internet, el autor no me haría comprobarlo, se limitaría a pasar de largo por ello y punto".

Pero aquella situación no tenía nada de ficticia, y aun así Miguel se encontró con que, sorprendentemente, podía acceder a Internet. No sabía mucho de ordenadores, apenas conocimientos elementales y la ofimática necesaria para escribir, pero le resultaba extraño no poder llamar por teléfono y sin embargo ser capaz de acceder al ciberespacio.

Abrió su correo y comenzó a escribir un mensaje a sus conocidos. Un mensaje claro, conciso y directo. Nada de “estoy verificando mi cuenta por favor, responded”. Necesito ayuda estoy aislado en mi pueblo Valle del Lomadán ha habido un par de asesinatos llamad a la policía cuanto antes. No es una broma.

Justo cuando terminaba de enviar el mensaje, Miguel cayó en la cuenta de que no tenía mensajes nuevos. Nadie había contestado a su solicitud de verificar el correo.

Nadie.

Apagó el portátil y justo después de hacerlo no pudo evitar fijarse en el botón de reset. Tuvo la tentación de coger el ordenador y estrellarlo contra una pared, pero logró contenerse. Ya era un golpe de suerte tener Internet a su disposición como para desperdiciarlo por culpa de actos impulsivos e irracionales.

Se abrigó todo lo que pudo y, nada más bajar al pueblo, comenzó a llover a cántaros. Era una lluvia fría, nada deseable, de la que se mete por todos los resquicios del cuerpo y le cala a uno hasta los mismos huesos. Miguel ya no recordaba cómo era el pueblo cuando llovía. Hostil, inhóspito, invitando a marcharse cuanto antes.

Valle del Lodazal.

Cuando llegó al pueblo, intentó buscar algún vecino al que pedir ayuda, pero no encontró a nadie. No había una sola puerta abierta, y nadie, con razón, estaba tan loco como para ponerse a pasear con semejante clima. Pero en cierto modo, dentro de la aparente lógica de la reacción de la gente, algo extraño estaba pasando. Había habido dos muertes. Tres, si era verdad que Antonio había fallecido. Tres muertes, un patrón común y nada de policía por los alrededores. Nada de vecinos murmurando. Nadie que subiera a interrogarle, a él, que conocía a las tres víctimas.

Algo muy malo estaba pasando.

Se acercó al puesto de policía y lo encontró cerrado. Cerrado. Alguien lo había cerrado. Alguien tenía que haber visto el cadáver. Alguien tenía que haber retirado el cadáver.

Tal vez alguien interesado en que no se encontrara el cadáver.

Cada vez más intrigado por la extraña marcha de los acontecimientos, Miguel siguió caminando por las calles vacías del pueblo hasta que llegó al bar. Pensaba que todo estaría como lo había dejado, pero no fue así. Había un bando del ayuntamiento:

Debido a la defunción de Antonio Santos el bar permanece cerrado hasta que sus familiares se hagan cargo del mismo. Del mismo modo, la muerte del guardia civil Arturo Matesanz, posiblemente abatido por una persona que luego se suicidó junto a la clausurada estación de tren, me ha motivado a declarar este día como día de luto en todo el pueblo. El Alcalde de Valle del Lomadán.

Debían ser tiempos difíciles para gobernar en Valle del Lomadán. Miguel no sabía cuál de los habitantes sería actualmente el alcalde del pueblo, pero tenía claro que sus responsabilidades hasta ese momento habían sido más que discretas. Sin embargo, eso no era lo que más le interesaba del bando. Para empezar, hablaban de Ester como de la presunta autora de los disparos contra el guardia civil, cosa que, aunque a Miguel le repugnara admitir, era más que probable, ya que tenía las manos ensangrentadas, el arma en una de ellas y en su estado mental parecía muy capaz de efectuar algo así.

La parte que le preocupó era la que hablaba de Ester como si fuera una desconocida. Ester no era una desconocida. Trabajaba en el bar. Pero al leer eso, Miguel empezó a examinar con lupa la situación.

Nunca había visto a Ester en el bar. Ester subía a llevarle la comida y decía que era una de los empleados de Antonio. Pero sólo su palabra parecía corroborarlo.

“¿Entonces por qué se preocupó cuando atacaron a Antonio?”, pensó Miguel. “No tiene sentido”.

“Pero”, siguió pensando para sus adentros bajo la incesante lluvia, “seamos retorcidos por un momento. Nada prueba que Ester trabajara en el bar. De hecho, nunca he visto a Ester en el bar”.

“De hecho, que yo sepa, yo podría ser el único que ha visto a Ester”.

No era tan descabellado, al fin y al cabo. Estaban en un pueblo pequeño, minúsculo, y encima con muy pocos habitantes. Él mismo no había visto a nadie el día anterior. Él mismo no estaba encontrándose con nadie en esos momentos.

“Esto es una pesadilla”, pensaba una y otra vez. “Esto es una pesadilla, y debo despertar cuanto antes”.

Siguió andando por el pueblo, buscando a alguien con quien hablar, a quien contar todo lo que sabía, pero todas las casas estaban cerradas y

nadie parecía responder, ni siquiera en las casas en las que había entrado el día anterior. Ni siquiera parecía haber nadie en el edificio del ayuntamiento.

¿Dónde estaba todo el mundo?

Subió de nuevo a su casa, cerró con llave y no pudo hacer más que reflexionar en silencio, apesadumbrado, incapaz de encontrar algo a lo que aferrarse, un pensamiento que le hiciera alejar las sombras de su mente. Sólo podía esperar. Esperar que alguno de sus conocidos en Madrid recibiera el correo y llamara a la policía. Que alguien se preocupara por su ausencia prolongada, revisara sus cartas y encontrara la que había mandado. Que analizaran las huellas del rastrillo y llegaran hasta él.

Miguel estaba empezando a desear que apareciera alguien incluso si era para señalarle con el dedo como culpable de todas aquellas muertes.

Pero los días pasaron, lentos, angustiosos, en los que Miguel apenas comió ni durmió, y nadie respondió al correo electrónico, ni la línea telefónica regresó, ni nadie subió a su casa. No dejó de llover en ningún momento, pero aun así Miguel sustituyó sus paseos al atardecer por incontables horas de pesado caminar bajo la lluvia, recorriendo las calles del pueblo, intentando encontrar a alguna persona con la que hablar, pero era inútil. Nunca se cruzaba con nadie, nunca veía ni siquiera a alguien a lo lejos, y lo más terrible era que él sí veía huellas de la presencia de los demás. El bar volvía a estar abierto —pero no había nadie en aquel momento—, el cartero recogía las cartas del buzón —pero nunca lo presenciaba por mucho que él esperara a su llegada.

Parecía como si el pueblo siguiera haciendo su vida e ignorara su existencia.

Un día, devorado por el hambre atroz y embotado por la falta de horas de sueño, Miguel salió a la puerta de su casa y en la ranura del correo vio, escondida en su interior, una carta. Apenas podía verla bien espiando por la rendija, pero parecía que, a pesar de la lluvia, no se había mojado demasiado. Entró corriendo a la casa a buscar las llaves del buzón y lo abrió a toda prisa, como si supiera qué carta era en concreto y llevara meses esperándola. Abrió con cuidado, para que el agua no se metiera a través de la rendija, y de ese modo la escasa luz que se colaba por las espesas nubes del cielo le dejó ver con un poco más de claridad el interior del buzón.

Fue en ese momento cuando Miguel sacó apresuradamente la carta, la miró bajo la lluvia, sin importarle que se mojara, la rompió en mil pedazos y se arrodilló en el suelo embarrado, con la cabeza señalando al

mismo.

A su alrededor se desperdigaban los trozos del sobre, junto con los de la carta que resguardaban. Podía distinguirse la letra de Miguel, y el sello que correos usaba para indicar que el sobre había sido devuelto al remitente por no encontrarse la dirección del destinatario.

A partir de ese día todo deseo de Miguel para encontrar a otra persona con la que hablar se volvió completamente irracional. Con poco más que lo que llevara encima se pasaba horas en la pétrea parada del autocar, esperando su llegada, pero nunca lograba presenciarlo, y volvía resignado al pueblo a través de la ruta pedregosa, comprendiendo que ante aquel aguacero que debía llevar semanas enteras —aunque ya no era capaz ni de recordar cuánto tiempo había pasado desde que viera por última vez el sol— era lógico que ningún vehículo lograra tan siquiera aproximarse al pueblo.

Un día llegó a intentar hacer el camino andando, de regresar a la carretera principal siguiendo la ruta del autocar, pero siempre tenía que acabar regresando. O bien se perdía y no podía hacer más que desandar sus pasos, o bien la carretera estaba cortada, impidiéndole el paso, o bien el cansancio y el hambre que ya nunca le dejaban en paz le obligaban a regresar.

De ese modo, poco a poco, Miguel empezó a convencerse a sí mismo de que estaba encerrado. Encerrado en aquel pequeño infierno.

Los días pasaron e intentó toda clase de acciones con tal de llamar la atención. Llamaba a las puertas de todas las casas, caminaba de un lado para otro del pueblo, llegó incluso a correr por sus calles insultando a voz en grito a todos sus habitantes. Pero nada. Como si él fuera el último hombre sobre la faz de la Tierra.

Un día, un terrible día en el que ya estaba empezando a ser presa de la enajenación mental, Miguel decidió que si hacía falta, efectuaría los actos más abominables con tal de que le encontraran. Armado de decisión, fue al cobertizo de las herramientas, abrió el cerrojo, entró y acto seguido salió de allí con una pala.

Luego salió de casa y enfiló directo hacia el cementerio.

El cementerio de Valle del Lomadán se encontraba junto a los restos de la vieja iglesia, un poco más allá de donde había sido edificada la nueva, si es que se la podía calificar de nueva teniendo en cuenta que llevaba ya

más de treinta años en pie. La verja de entrada estaba abierta pero se había atrancado en el suelo embarrado por efecto de la lluvia. Miguel la apartó a un lado con un violento gesto de la mano que le produjo bastante dolor y prosiguió su avance.

El cementerio era muy pequeño, y Miguel lo conocía bien. Ya apenas nadie moría en el pueblo, puesto que los que lo hacían agonizaban en los hospitales de pueblos cercanos, y cuando los familiares se hacían cargo del cuerpo lo trasladaban a la capital, olvidando los deseos del muerto y sólo pensando en tener que recorrer la menor cantidad de kilómetros posible para hacerle una visita. Por eso Miguel no tardó en identificar las dos tumbas más recientes. Una de ellas estaba resguardada entre el conjunto mayoritario, como si siempre hubiera estado ahí en realidad, y pertenecía a Antonio. La otra estaba más alejada, apartada en una esquina, y cuando Miguel se acercó, comprobó que no tenía nombre ni inscripción alguna. Trató de buscar la tumba de Matesanz, pero imaginó que le habrían trasladado a la ciudad.

Se acercó a la tumba sin nombre, pala en mano, y comenzó a cavar.

Al mismo tiempo que hincaba la pala, una y otra vez, con obsesión compulsiva, Miguel pensaba en todos aquellos infernales días, y trataba de recordar qué era lo que le había llevado a regresar a aquel pueblo, a Valle del Lodazal, y cómo se había convertido de repente todo en una pesadilla de tal magnitud. Pero ya no le importaba el pasado, ya le daba igual todo lo que había vivido, lo que había presenciado, sólo deseaba llamar la atención, que alguien reparara en él a costa de lo que fuera. Y si hacía falta iría a la misma plaza del pueblo, con un cadáver en brazos, y se quedaría esperando, y esperaría, y esperaría, hasta que o bien alguien se acercara o bien el número de cadáveres fueran dos.

La pala chocó finalmente contra algo duro, y Miguel comenzó a retirar la tierra por medio de paladas medio vacías. El nerviosismo se apoderaba de él y le impedía razonar, pensar qué había pasado con su vida para que tuviera que llegar al extremo de tener que convertirse en un profanador de tumbas. Sólo una actitud hipnótica era responsable de sus actos en ese momento, una actitud que se calmó cuando al fin tuvo ante él el ataúd de madera, con la tapadera formada por tablones en cruz y el número de serie que indicaba que aquel cadáver pertenecía a alguien cuya identidad no se había logrado descubrir.

Miguel se acercó con calma a la tapa y la agarró con los dedos de la mano derecha. De algún modo pensaba que alguna clase de hedor le detendría a partir de ese momento, pero la lluvia seguía siendo tan intensa como

siempre, y si realmente el cuerpo despedía algún olor insoportable era completamente incapaz de discernirlo.

Tomó aire un par de veces y, tras comprobar que la tapa se levantaba fácilmente, contó hasta tres y la echó a un lado.

Al principio lo que su cerebro le dijo era que había cometido un error, pues un vistazo preliminar arrojaba ese mensaje en su cabeza como primer resultado. Al fin y al cabo esperaba encontrar el cadáver de una mujer, y ante él tenía el de un hombre.

Pero apenas unas décimas de segundo después, su mente se vio envuelta en terroríficos y angustiosos pensamientos. Pensamientos que ya no podría, de ninguna de las maneras, racionalizar.

Porque el cadáver que tenía ante él, a pesar de estar en avanzado estado de descomposición, poseía claramente su propio rostro, y en su frente se destacaba, de manera clara e ineludible, el símbolo reset.

Completamente catatónico, al borde de la locura, Miguel salió del cementerio y regresó a las calles del pueblo, sólo con la pala en la mano, incapaz de tan siquiera tocar eso que se había encontrado, y al cabo de un ligero vagar, en un punto cualquiera del trayecto y sin ningún motivo concreto para ello, dejó caer la pala y se limitó a seguir andando, perdido bajo la eterna lluvia.

Muchas horas después regresó por fin a su casa, sin saber ya si llamarla hogar o cárcel, y entró en el salón, oscuro y gélido como una cripta. Se sentó mojado sobre el sofá, mirando a la infinita negrura de la chimenea, y estuvo así durante lo que se le antojaron días, sin apenas moverse a pesar del sueño y del hambre torturador.

Finalmente, llevando a cabo un titánico esfuerzo, debilitado física y mentalmente, se acercó al ordenador, levantó la tapa del mismo y lo puso en funcionamiento. Algo en su cabeza le decía que aquello no podía estar sucediendo, que no podía ser que estuviera aislado en todos los sentidos existentes y que sin embargo pudiera acceder a Internet, precisamente la manera más sofisticada que tenía de comunicarse con sus semejantes, la primera en caer ante eventualidades como las sobrecargas de redes o la falta de electricidad.

Abrió la página de su correo electrónico, con los dedos aún húmedos, entumecidos y llenos de tierra del cementerio, y tecleó su nombre de

usuario y su contraseña. La página le indicó que los datos no eran correctos. Repitió el proceso y de nuevo fue incapaz de acceder al correo.

Frustrado, se quedó mirando la pantalla de acceso, y entonces decidió llevar a cabo una última y definitiva comprobación.

Se metió en Google y le ordenó que buscara su nombre. En todas las variantes posibles, cambiando el orden de nombre y apellidos o localizando todo como una sola cadena de caracteres.

Le llevó algún tiempo verificarlo, pero ninguna de las páginas que el buscador arrojaba como resultado le mencionaba a él, si acaso, en el mejor de los casos, a algún sujeto con su mismo nombre y apellidos o con nombre y apellidos similares o cambiados de orden.

Ya no existía. No estaba en ninguna parte, en ningún lugar. Había sido completamente borrado.

"Borrado no", pensó con calma. "Reseteado".

Regresó de nuevo a la pantalla de su correo y trató de introducir de nuevo sus datos. Nada. Seguía sin lograr acceder. Se fijó con calma y comprobó que el problema no consistía en que pusiera una contraseña incorrecta, sino que el usuario que estaba escribiendo no existía en la base de datos del correo.

Una idea pasó entonces por la mente de Miguel. Una idea perversa, pero plagada de un leve halo de lógica. Una idea que sólo podía haber elaborado después de todo lo que había sufrido, de todo por lo que había tenido que pasar.

"Estoy muerto", se dijo a sí mismo. "Muerto a todos los efectos. No puedo ver a nadie, ni nadie puede verme a mí. No puedo comunicarme de ninguna manera, pero sin embargo tengo la posibilidad de acceder a Internet".

"Debe haber algún motivo para ello. El mismo motivo por el que me está pasando todo esto, por el que me han atacado. Debe haber un después. Algo que hacer una vez he sido completamente erradicado".

Dejó la misma contraseña, pero cambió el nombre de usuario. En lugar de su nombre habitual, escribió *Reset*.

El ordenador le permitió acceder a su correo, pero ya no era el suyo propio. Era nuevo, vacío, como si hubiera estado ahí pero nunca hubiera reparado en su presencia. Como la parte trasera del cajón en el que cayeron, uno por uno, los objetos perdidos de la infancia.

Cuando cambió de ventana para examinar el disco duro de su ordenador

descubrió que, salvo los programas imprescindibles para su arranque, estaba vacío del todo. Incluso el fondo de escritorio había cambiado y era enteramente blanco, con un símbolo que empezaba a conocer muy bien.

Se levantó del ordenador y comenzó a sopesar su situación. No tenía por qué hacerlo. No tenía por qué ser así. Si se convertía en él, si hacía lo mismo que él había hecho, ya había ganado. Ya le había destruido.

"Pero es que ya ha ganado", pensó aquel a quien en el pasado llamaban Miguel. "Ya ha destruido todo lo que soy".

Esto es todo lo que me queda.

Hizo ademán de volver a sentarse, pero antes de eso, llevado por el instinto de saber lo que estaba ocurriendo, fue un momento al cuarto de baño y se miró en el espejo.

Sobre su frente pudo distinguir, claramente, un círculo abierto por la parte superior con una raya vertical que lo atravesaba hasta su mismo centro.

Magnus Dagon es un seudónimo de Miguel Ángel López Muñoz. Nacido en Madrid en 1981. En el año 2006 ganó el Premio UPC de novela corta, publicada después bajo el sello de Ediciones B. Ese año fue finalista también del Premio Andrómeda, al año siguiente del Premio Pablo Rido y en el 2009 ganador del IX Certamen de Narrativa Corta Villa de Torrecampo. Ha publicado relatos en numerosas publicaciones digitales y de papel. Es miembro de la asociación Nocte de escritores de terror. En abril de 2010 salió a la venta su primer libro, "Los Siete Secretos del Mundo Olvidado", con la editorial Grupo Ajec. Es cantante y letrista del grupo musical Balamb Garden, que se puede escuchar AQUÍ.

Hemos publicado en Axxón: EL LÁNTURA, EL BRILLO DEL MAL, EL IMPERIO CAOS, NUEVO COMIENZO, COCHES AZULES, LOS NUEVOS DESCUBRIMIENTOS PERDIDOS: LOS HOLOGRAMAS, EL JUGADOR, BEYOND y SELOALV.

Este cuento se vincula temáticamente con BEYOND, WARREH SPAWN y SELOALV, de Magnus Dagon; AGUA TURBIA, de José Antonio González Castro y MEMENTO MORI, de Óscar Sipán.

Axxón 216 - marzo de 2011

Cuento de autor europeo (Cuentos : Fantástico : Terror : Tecnología, computación : Venganza : España : Español).

El último hombre

Alec Doorsot

**MÉXICO**

La astronave se acercaba silenciosamente al planeta, mientras Esteban manipulaba los controles con cuidado, no quería alertar a los vigilantes.

La humanidad sucumbía ante los embates de esta raza artificial con cerebros de silicio. La única esperanza era destruir el cerebro central.

El comando unido había obtenido la inestimable información gracias a un espía, una información y luego la estática del vacío espacial.

Esteban tenía que rescatar al espía, si era posible, y destruir el cerebro electrónico, hacía falta la máxima discreción, las armas eran inútiles para enfrentarse a los esbirros cibernéticos.

Comenzó el aterrizaje en las coordenadas marcadas por el informante, un pequeño islote en el mar, una roca desprovista de vida.

Descendió al amparo de la oscuridad, extrajo una pequeña lancha inflable y se embarcó, la costa no estaba lejos, vagas luces se veían en la distancia.

Los binoculares especiales le mostraron que el agua carecía de vida, miró a lo lejos y distinguió los tanques robot patrullando, mientras tanto, en la orilla estaba el peñasco que ocultaba su objetivo: el túnel.

Manteniendo la cabeza baja, Esteban derivó en la lancha, despacio; un ruido sordo se escuchó, una nave sobrevolaba el mar.

"¡Maldición!", pensó, "¿me habrán visto? ¿Descubrirán mi nave?"

La incertidumbre lo picaba, pero ya era demasiado tarde para retroceder, la lancha tocó la costa y Esteban descendió sigilosamente y alcanzó el túnel. Estaba excavado en la roca viva; avanzó tanteando las paredes, ayudado por el visor amplificador de luz.

El camino se bifurcó, Esteban siguió las indicaciones que le había dado el comando central; era un laberinto, sólo podía confiar en que no hubiera errores en las pistas.


Ilustración: Valeria Uccelli

Llegó a una pequeña cámara, y encontró equipo conocido, todo destruido. El transmisor estaba deshecho por los rayos de energía concentrada.

Ahí estaban los restos del valeroso soldado, su cuerpo ya seco con el arma en la mano y un postrer rictus. Esteban se inclinó sobre él y le quitó la chapa de identificación cuando lo sorprendió un chirrido eléctrico detrás.

Un droide apuntaba su brazo-arma a Esteban, que sacó por instinto su pistola.

—El otro hizo lo mismo —dijo la inhumana voz del robot—. También puedes ser desactivado permanentemente.

—¿Cómo me detectaron?

—Un humano llama a otro humano… Guarda tu arma, estás detenido.

Esteban pensó que vivo tal vez podría hacer algo y obedeció. El robot lo hizo marchar delante y lo guió por los túneles hasta la superficie, que bullía de droides; transitaron por la enorme ciudad robótica, mientras sus habitantes observaban indiferentes a Esteban.

Entraron en un edificio piramidal.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Esteban.

—El tribunal —dijo el robot, sin entonación.

—¿Tienen tribunales?

—Somos una civilización.

Llegaron ante un gigantesco robot inmóvil que comenzó a parlotear en silbidos incomprensibles, después el primer robot le contestó y hubo una respuesta más.

—Fin del juicio.

—¿Qué…? —preguntó Esteban, pero no terminó de formular su pregunta, el piso se abrió debajo de él y cayó por un túnel plateado.

El boquete del techo se cerró, ahora estaba atrapado en una celda de dos metros por dos metros, paredes, piso y techo, sin puertas, mosaicos plateados.

Golpeó, brincó, escuchó; nada, estaba aislado del mundo. Disparó su arma y los mosaicos no se afectaron.

Se dio por vencido, moriría de inanición, sed o locura. Pasaron horas interminables, se durmió y cuando despertó vio una escudilla de metal con un caldo caliente, lo olió y sintió apetito.

Pero se hizo atrás y prefirió comer la galleta que llevaba en la mochila y tomó su propia agua, cosa rara, le habían dejado todas sus cosas, incluso la mochila.

Probó el transmisor de radio, pero no servía, los mosaicos metálicos lo bloqueaban.

¿De dónde salió la escudilla? Se quedó mirando atentamente a su alrededor, tras horas de espera, un mosaico se abrió hacia atrás y un tentáculo metálico apareció y jaló la escudilla. Esteban trató de sujetarlo y recibió una formidable descarga eléctrica que lo dejó inconsciente.

Cuando se recuperó, vio otra escudilla con caldo caliente.

“Método”, pensó. “Debo ser metódico…”

Comenzó a revisar mosaico por mosaico, buscando ranuras, analizó especialmente aquel por donde entraba la comida.

Tuvo ganas de vaciar su vejiga. “¿Dónde?”, pensó; al fin decidió hacerlo en una esquina. Cuando terminó, el mosaico giró y reapareció limpio.

—¡Vaya! ¡Eso es!

De nuevo apareció el tentáculo, Esteban metió su arma por el agujero, cuando el tentáculo se retiró, el mosaico quedó semiabierto, pero la fuerza formidable del mecanismo de cierre rompió la pistola y lo cerró de nuevo.

Ahora tenía media pistola, goteando el ácido de su batería. Esteban se sentó desconsolado y luego se durmió.

Al despertar, había una nueva escudilla con caldo caliente. Prefirió comer su propia comida.

Así pasaron varios días, la celda siempre estaba iluminada, en ese momento apreció más que nunca su reloj, sin éste hubiera sido imposible conocer el transcurso del tiempo.

Se levantó emocionado al notar algo diferente, el ácido había carcomido el mosaico y había formado un pequeño hueco. Esteban tomó una vara metálica y sondeó el agujero, tres o cuatro centímetros, decidió esperar un poco más.

En tres días alcanzó una profundidad de diez centímetros, el ácido ya se había secado. De su mochila obtuvo una barra de explosivo y le quitó un pedazo pequeño, lo acomodó en el agujero y le puso un cable, luego lo conectó al detonador.

"Más vale que esto funcione", pensó y se cubrió la cabeza con las manos mientras oprimía el botón.

La explosión cimbró la celda y la llenó de humo, se acercó y miró entusiasmado, ahora había un gran hueco por donde podía bajar, se distinguía un piso cercano.

Tomó su mochila y la arrojó por el hueco, después él mismo se descolgó. Se había engañado, no era otro piso, había caído sobre el techo de otra celda, y a su alrededor se extendían bloques de celdas hasta donde alcanzaba su vista, separadas y suspendidas en el vacío.

Un pequeño robot volador se acercó a Esteban y una lente lo enfocó, se escuchó un grito electrónico y el robot salió volando a toda velocidad. ¡Lo habían descubierto! Esteban comenzó a brincar entre las celdas, tan rápido como podía, hasta alcanzar una pared rocosa con salientes, hacia arriba se distinguía una luz.

A lo lejos se escuchó una estampida metálica, sintió que detrás de él se movían miles de cosas. No se detuvo a investigar y comenzó a ascender entre las rocas.

Se acercaban cada vez más, la luz estaba más cerca, era una rejilla redonda, la alcanzó y empujó… ¡Maldición!, ¡estaba atornillada!

Tomó más explosivo y lo colocó rápidamente, con dedos temblorosos puso el cable y se alejó un poco. Los engendros se acercaban, con ruidos ansiosos. Oprimió el detonador y la tapa saltó por los aires.

Subió rápidamente a la luz, un vistazo antes de salir le mostró un panorama de monstruos de metal con garras oxidadas.

Estaba en la superficie. Echó a correr asustado, con el corazón latiendo de prisa. En el lugar por donde había salido apareció una gran zarpa, luego el piso reventó y apareció un enorme monstruo con dos patas y filosas garras, mirándolo malignamente con sus ojos electrónicos. Se lanzó detrás de Esteban, y más monstruos aparecieron.

Esteban corría, vio que se hallaba en la ciudad robótica y que los robots se

guarecían en los edificios y cerraban las puertas. Pronto él sería el único afuera, perseguido por aquellos demonios.

Adelante suyo vio un gran edificio cuyas inmensas puertas se cerraban lentamente, hizo un esfuerzo sobrehumano y se lanzó por el hueco entre las puertas, que al poco tiempo crujieron al ajustarse.

Los monstruos golpearon furiosos la puerta, era seguro que no resistiría mucho. Esteban se incorporó torpemente y entonces vio, sorprendido, lo que tenía delante.

—¡Dios mío!

Se hallaba en el edificio del cerebro central, que zumbaba quedamente, suspendido entre dos torres de circuitos electrónicos.

Tomó su mochila y trepó a una torre, luego hizo equilibrio por sobre la estrecha conexión y se paró sobre el cerebro. En pocos minutos depositó todos sus explosivos.

Se retiró y oprimió el detonador, el poderoso estallido hizo volar en pedazos el cerebro, y arrojó a Esteban hacia atrás.

—Ja, ja, ja —rió, tirado en el piso—. ¡Ganamos!

Pero fuera los ruidos no cesaban. Esteban miró con inquietud la gran puerta que por sus rajaduras ya dejaba ver a sus perseguidores. De una puerta interior salió un viejo robot, alzando las manos y parloteando en electrónico, vio a Esteban y se dirigió hacia él.

—¡No sabes lo que has hecho! —le dijo cansinamente— Destruiste al gran ordenador y toda nuestra civilización.

—Eran ustedes o nosotros.

—¿Ustedes? Querrás decir tú. Hace billones de microsegundos que exterminamos a tu civilización. Eres el último.

Un escalofrío recorrió la espalda de Esteban, no pudo articular palabra.

—Mientes —dijo finalmente.

—Estás solo en el Universo.

La puerta se rompió y los monstruos entraron, uno de ellos tomó entre sus garras al viejo robot y lo hizo pedazos, otro más se dirigió a Esteban y lanzó sus garras contra él, pero no lo alcanzó, se quedó quieto, inmóvil, al igual que todos los demás. Un enorme silencio se esparció lentamente por toda la ciudad.

Esteban se deslizó despacio para sacar su estómago de debajo de la oxidada garra, se levantó mareado, ebrio de triunfo y de shock al mismo

tiempo.

Huyó en su nave y se dedicó a recorrer planetas en busca de seres humanos, no los encontró y aún sigue buscando.

Lo hallamos en Belekush 8, le dio gusto vernos aunque no fuéramos de su raza y nos contó su experiencia. Nosotros, los habitantes de Derditón, verificamos su historia y le dimos combustible para seguir con su búsqueda interminable.

Alec Doorsot es el seudónimo de un autor mexicano aficionado a leer ciencia ficción (sus favoritos son Asimov, Bradbury, Harrison y Verne) y que ahora escribe las historias que siempre quiso leer. Actualmente tiene varios cuentos y novelas cortas inéditos que algún día espera ver en un libro o adaptados al cine.

Esta es su primera participación en la revista.

Este cuento se vincula temáticamente con LOS FESTEJOS DEL FIN DEL MUNDO, de Pablo Dobrinin; EL COSMONAUTA AZUL, de Yelinna Pulliti Carrasco y 82 FICCIONES APOCALÍPTICAS, Varios autores.

Axxón 216 - marzo de 2011

Cuento de autor latinoamericano (Cuento : Fantástico : Ciencia-Ficción : Futuro Apocalíptico : Viaje Interestelar : México : Mexicano).

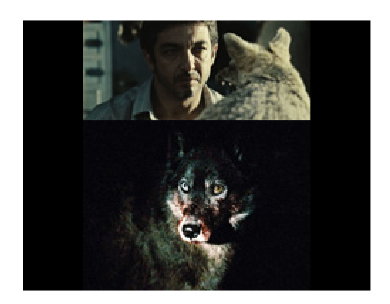
El aura de Fabián Bielinsky (Borges anduvo por ahí)

Adam Gai

AxxónCINE



Sección de Silvia Angiola



EL AURA

Guión y Dirección:
Fabián Bielinsky

País:
Argentina-España

Año: 2005

Duración: 134 minutos

Género:
Thriller psicológico

Intérpretes principales:
Ricardo Darín, Dolores Fonzi, Alejandro Awada

Director de fotografía:
Checco Varese

Música:
Lucio Godoy y Antonio Vivaldi

Ese otro sueño, mi vigilia

(J.L.B.)

Fabián Bielinsky ha definido su segundo y último largometraje como un *thriller* psicológico. El personaje principal (interpretado por Ricardo Darín) es un taxidermista que padece de epilepsia y está obsesionado por el deseo de cometer el delito perfecto. La rara amalgama de estos tres rasgos incita a buscar una explicación. El taxidermista trabaja con la piel de animales muertos para armar sobre un molde o un esqueleto un simulacro fiel de la bestia animada, que no es sino una ilusión de vida que se exhibe en el museo o, como trofeo, en la casa de un cazador. El epiléptico, por su parte, después de los espasmos del ataque, puede quedar por un tiempo inmóvil,inconsciente, un ser vivo con apariencia de muerte, la contraparte de la fiera embalsamada. Acaso el orden, la precisión, la minuciosidad, exigidos por la taxidermia y el descontrol propio del ataque epiléptico pueden atizar el deseo de cometer un delito que es muy importante perpetrar con inteligencia. No conocemos la causa de la enfermedad, el enfermo se limita a describir el momento de la crisis: "es como si el mundo se detuviera, se abriera una puerta en la cabeza que deja pasar cosas (…) ruidos, música, voces, imágenes, olores (…) el ataque es inminente y no se puede hacer nada (…) es horrible y perfecto (…) durante esos segundos sos libre, no hay opción, no hay alternativa, nada para decidir (…) y uno se entrega". Paradójica definición que aúna libertad e imposibilidad de elegir. La película ejemplifica la justeza de esta definición y la sorpresiva osadía y el padecimiento de la víctima van a ser metafóricamente compartidos por el espectador, sujeto al ojo de la cámara. Esta puede demorarse en un primer plano de un rostro, o girar nerviosamente alrededor del personaje, enfocarlo desde ángulos imprevistos. Con *shots* breves, movimientos bruscos y veloces, la cámara, a veces epiléptica como el héroe, nos hace experimentar visualmente sus reacciones. En los asaltos mentales y no mentales, el protagonista se comporta como un observador distanciado, atento y, a veces, estupefacto, como si fuera externo al espacio diegético. Los espectadores en el cine parecen captar los sucesos desde el punto de vista del personaje, pero, más exactamente, sus ojos coinciden con la mira de una cámara independiente de la visión del personaje, cuando se sitúa más atrás o más adelante de este, vigilándolo, asumiendo una mirada suprema, "por encima" de la mirada del hombre. De todos modos nos reduce, generalmente, a compartir con el héroe su perspectiva gnoseológica —lo que sabe y, sobre todo, lo que no sabe—. El taxidermista no parece concebir que su mirada pase algo por alto. Su memoria visual es excelente ("No me olvido de nada de lo que veo"). El aura que anuncia el ataque epiléptico le concede, según él, una clarividencia especial, antes del pasmo y el desvanecimiento. El héroe cree poder dominar las situaciones en las que la aventura emprendida lo implica, pero lo contingente pone a sus maniobras trabas decisivas. Bielinsky ha declarado en una entrevista que el

hecho de que el personaje sea un epiléptico “es un elemento más de su existencia, pero al mismo tiempo es una graficación muy concreta de una debilidad, de una carga que arrastra en este camino. Es lo imponderable”[1]. Sontag, el colega taxidermista, se burla de sus declamadas habilidades llamándolo, irónicamente, el rey del juego, y lo acusa de ser un imaginativo sin asidero en la realidad. En verdad, hay un rey del juego, la cámara cinematográfica, jugadora superior, que a veces se disimula adoptando supuestamente, como dijimos, el punto de vista del héroe. Los personajes, como piezas magnéticas, están obligados a desplazarse sobre un tablero que responde a un “control remoto”, impredecible, inquietante, como los accidentes de la intriga. La cámara está fuera del tablero, enfocándolo y comprometiéndonos en su enfoque cuando se mueve o cuando se detiene y hace de su disimulada ausencia un efectivo acecho. Nuestra información sobre las maquinaciones de Dietrich, matado involuntariamente por el taxidermista, es casi paralela a la que emerge del acrecentamiento paulatino del saber del protagonista y de los aportes de los que se comunican con él. Ningún personaje secundario goza de la autonomía de manifestar algo que el héroe no pueda percibir (por ejemplo, nunca llegaremos a saber lo que traman los pistoleros fuera del campo perceptivo del protagonista). Esta limitación parece insinuar que estamos contemplando una realidad muy subjetiva, tal vez onírica. Lo que ocurre en la mente del protagonista sólo se puede conjeturar observando sus expresiones, generalmente atónitas o neutrales, que poco ayudan a captar la procesión que va por dentro. Nos enteramos de su obsesión por cometer un delito inteligente, realizado sin violencia mortal y sin castigo, a través de su conversación con Sontag, mientras esperan juntos en la cola de un banco para cobrar el salario por sus actividades. Sontag lo acusa de charlatán, de que jamás se ha atrevido a participar en una pelea, de que se niega a cazar animales y de que no se cansa de hacer gala de sus aventuras mentales. Para Sontag, el protagonista no es más que un jactancioso, indigno de fe, hasta que se le revela de pronto como poseedor de una memoria pasmosa. En el desarrollo de la intriga esa omnisciencia se pondrá en cuestionamiento, por el olvido del “tercer hombre”.[2]

El taxidermista es un solitario. Su pasividad en la relación social suele quebrarse ante el tipo de provocaciones que su amor propio no puede ignorar. En esto se asemeja a Juan Dahlmann, el bibliotecario borgiano que también viaja (o así parece) hacia el sur, el lugar que en la tradición literaria argentina es signo, a veces, de un retorno a lo salvaje, a lo primigenio, al lugar en que se desatan los límites y rigen las leyes del más fuerte o del más astuto. Es allí donde el héroe va a experimentar el cambio.

La crítica ya ha señalado la influencia de Borges en las películas de Bielinsky, siendo su cortometraje de graduación **La espera** (basado en el cuento homónimo de Borges) el ejemplo más evidente. Pero no sólo ciertos contenidos y rasgos de los personajes borgianos afloran en **El aura**. Hay un motivo que se convierte en elemento configurador de las imágenes, el ajedrez: tablero y movidas. La primera escena, que precede a los títulos, presenta al protagonista recuperándose de un ataque epiléptico en el piso de la sala de un cajero automático, en el que ha introducido, sin extraer todavía, su tarjeta de crédito. Su cuerpo vestido con ropa oscura yace como un alfil oblicuo sobre las baldosas cuadradas de color blanco. El tablero aparece a lo largo de la película siempre a través de figuras análogas y nunca como tal. Un violento contraste de luz y sombra caracteriza a casi todas las escenas; luz y sombra cubren, complementándose, la mayoría de los rostros enfocados por la cámara. En primeros planos del protagonista —y no sólo de él— el cuadro se divide en dos:

de un lado, el rostro iluminado del personaje, del otro, una oscuridad total. A veces se destaca el rostro sobre un fondo neutralizado, o negro o blanco, que crea una honda impresión de irrealidad. Abundan los escenarios que recuerdan los escaques del ajedrez: baldosas blancas y negras en el piso del café-prostíbulo El Edén, paredes de azulejos en la casa del protagonista o en la cocina del casino donde es interrogado por el administrador, el alambrado cuadriculado detrás del cual están estacionadas las camionetas blindadas que transportan el dinero al banco, el cuaderno de hojas cuadriculadas donde Dietrich anotó los pasos a seguir en el asalto. Esta insistencia en las formas geométricas recuerda la reiteración fatídica de lo geométrico en los cuentos de Borges (por ejemplo, los losanges en **La muerte y la brújula** y en **Emma Zunz**). Los triángulos producidos por la iluminación nocturna en el exterior de las cabañas, los triángulos en el portón de entrada y en el frontón de los pabellones de la fábrica de Cerro Verde, preanuncian o son testigos de las escenas de violencia. El orden geométrico es un anticipo del caos.

Como el lector de **El Sur** de Borges, el espectador no puede decidir si ciertos sucesos corresponden a un sueño o a una vigilia. En una entrevista, Bielinsky declaró su interés por crear una atmósfera de ambigüedad: “quería que nunca se estuviera del todo seguro sobre si lo que se está viendo es real o una imaginación. La fantasía no debía ser tan diferenciable de lo real”3. Así como en el cuento de Borges no sabemos si el viaje al sur es soñado por Dahlmann en su lecho de enfermo en el sanatorio, o si se realiza concretamente, tampoco en **El aura** podemos distinguir si lo que la cámara fotografía corresponde a un estado de vigilia o si es un producto de la imaginación del héroe. La primera escena de la película en la que vemos al personaje junto al cajero automático, recuperándose de lo que —nos enteraremos después—fue un ataque epiléptico, tal vez indique, después de ver la película entera, que lo que ocurre en ella es lo que el personaje ha soñado antes de volver en sí. O tal vez los sucesos en el sur son imaginados cuando el taxidermista está sentado en el salón de su casa, con la carta de su mujer en la mano, y por la magia del montaje cinematográfico, ese estar sentado se disuelve sin solución de continuidad en el estar sentado en la sala de espera del aeropuerto y luego en el avión y luego en el jeep. O tal vez la historia es imaginada en la escena del taller mientras el protagonista embalsama a un zorro, escena que va acompañada por los créditos de la película, o en la escena final, también en el taller, que acaba con el enfoque sobre el perro que parpadea. La circularidad de las escenas, junto con la ejecución en ambas del *Presto* del **Concierto Alla Rustica** de Vivaldi, contribuiría a dar dominancia al carácter onírico, opresivo y envolvente, de la historia.

Así como en el viaje a la estancia en el cuento **El sur** se produce una confusión entre realidad y sueño, el viaje del taxidermista y la aventura en la que se involucra poseen no pocas señales de lo onírico. Las analogías no escasas hacen dudar de la verdadera naturaleza de los sucesos. Así como Sontag maltrata a su mujer, también Dietrich lo hace con su esposa. La posición del taxidermista es similar en los tres asaltos. En el primero, asume el distanciamiento correspondiente a la descripción de una acción imaginaria. En el asalto a la fábrica de Cerro Verde parece despertarse de un sueño en el coche y su rol va a ser el de observador de la escena, en la que nadie parece darse cuenta de su presencia. Análogamente, en el asalto al blindado de los caudales, su posición es la de un observador del incidente, que llega tarde porque ha sufrido un nuevo ataque de epilepsia. Otra analogía: así como en el episodio del museo, antes del viaje, se señala que los animales del depósito se han

deteriorado por no haber sido embalsamados con pericia (las plumas de algunas aves se desprenden con facilidad, el cuerno de un ciervo se cae), hacia el final de la película el pistolero Sosa le dice al taxidermista, burlándose: "Estás mal hecho". Las analogías no se reducen al ámbito intratextual, se advierten también en las relaciones con textos borgianos, donde la atmósfera onírica tiene una función fundamental. Entre las quijadas de la cabeza de ciervo embalsamada, colgada en la cabaña de las herramientas de Dietrich, está escondido el revólver que le servirá al taxidermista para defender su vida. El animal inerte cumple un rol similar al del viejo en el almacén de **El Sur**, aquel que le proporciona a Dahlmann el cuchillo para el duelo y que es descrito como un objeto: "inmóvil como una cosa (...) como fuera del tiempo, en una eternidad (...) como una cifra del Sur". En **El jardín de los senderos que se bifurcan**, Yu Tsun, un héroe borgiano muy distinto al de la película, dice: "*El ejecutor de una empresa atroz debe imaginar que ya la ha cumplido, debe imponerse un porvenir que sea irrevocable como el pasado*". En la secuencia en la que el taxidermista va a matar a Sosa pareciera que estuviese primero obligado a escenificar la futura acción. El espectador no puede saber que lo que está viendo se va a repetir y que lo que ve la primera vez es solamente un producto de la imaginación del personaje. Lo vemos avanzar temblando, apuntando con el revólver que en un momento parece dirigido a los espectadores, dispara sobre Sosa, y vemos rodar el cuerpo del enemigo. A continuación, sorpresivamente, la escena se repite. Ahora la cámara elige otro ángulo de enfoque. No se ubica, como antes, frente al victimario, sino que va detrás de él. Para matar a Sosa el taxidermista ha tenido que imaginar minuciosamente el acto y creer que ya lo ha realizado. Irónicamente esa duplicación puede llevar al espectador a dudar de que el acto haya sido cometido realmente.

Como ocurre generalmente en el género del *film noir* tradicional la agresión al orden, la infracción de la ley, se pagan finalmente. Los pistoleros reciben su castigo. Pero sus móviles, aquí, no han sido solamente la codicia o el deseo de dominar y de subvertir las normas. También recurren al delito porque están acorralados por una deuda anterior que tiene que saldarse (algo similar sucede en **Nueve reinas**). Dietrich ha planeado el asalto del blindado porque tiene que pagarle lo que debe al administrador del casino que le dio crédito. Los compinches que ha mandado llamar a la ciudad, Sosa y Montero, no sólo son impulsados por la avidez del dinero. También ellos tienen una deuda que pagar. El taxidermista, por su parte, tiene una deuda especial, una deuda consigo mismo. Debe probarse que puede convertir en un hecho lo que ha sido puro juego mental. La obtención del dinero, en su caso, es una aspiración secundaria y tal vez inexistente.

A pesar de adoptar las convenciones del *thriller*, Bielinsky no presenta a los cadáveres como un mero accesorio del género. La agonía y muerte del pistolero Vega ante el taxidermista arrodillado que parece velarlo (lo que no le impedirá quitarle la llave colgada del cuello), los cuerpos exánimes de Montero y del muchacho joven enfocados desde lo alto por la cámara fija durante unos segundos, el cuerpo no enterrado de Dietrich, más que responder a las necesidades del género incitan a una reflexión sobre el sentido de la muerte.

Al final de la historia casi nada sabemos del pasado del héroe fuera de la enfermedad y de su deseo. Ni siquiera conocemos su nombre. Para convencer a los pistoleros ha inventado una historia personal falsa. Tampoco sabemos de su presente, de la relación con su mujer, que detrás de la puerta golpea el vidrio gritando algo que apenas se puede entender. Él permanece inmutable. Los espectadores lo seguimos en su periplo sin saber, a ciencia cierta, lo que piensa

o lo que siente. Su hermetismo, sus silencios prolongados, incitan al espectador a llenar los vacíos sin lograrlo. La aventura que emprende está sometida a los avatares de la contingencia y no se ajusta a su concepción de la efectividad de lo minuciosamente calculado. Viaja al sur por iniciativa de Sontag. Va de caza, aunque no quiere hacerlo. Cuando decide matar un ciervo lo que consigue es balear a un cazador, cuyo teléfono celular tiene una información que casualmente le permitirá emprender la aventura tan deseada. Cuando cree poseer todas las claves para lograr su propósito, comete un error de fatales consecuencias. Ha sido tentado por las circunstancias y burlado por su propia imaginación.

En el poema **Ajedrez** de Borges las piezas del juego "no saben que un rigor adamantino sujeta su albedrío y su jornada". El héroe de **Las ruinas circulares** llega a comprender, con horror y humillación pero también con alivio, "que él también era una apariencia, que otro estaba soñándolo", pero el espectador de **El aura** puede reconocer —al contemplar al taxidermista de nuevo en su taller, embalsamando un zorro, como si nada hubiera sucedido—, que ya sea sueño o vigilia lo representado, la vacuidad del personaje no tiene alivio ni justificación, porque, en su caso, el otro que lo maneja es él mismo.

Posdata: Fabián Bielinsky, considerado uno de los directores más talentosos del cine argentino, murió repentinamente el 29 de junio de 2006. Su breve pero importante obra parece no haber sufrido la erosión del olvido, tampoco su memoria. Checco Varese, el iluminador de **El aura**, ha confesado en una entrevista: "No he podido borrar el número de su celular, me cuesta muchísimo. No me puedo recuperar".[4]

Adam Gai

NOTAS:

NOTA 1: Entrevista en *Cinemanía* No. 17, agosto, 2005.VOLVER

NOTA 2: La presencia o la ausencia del tercer hombre es un elemento crucial de la película homónima de Carol Reed, que bien pudo inspirar al guionista.VOLVER

NOTA 3: Entrevistado por Julián Gorodischer, *Página 12*, septiembre 15, 2005.VOLVER

NOTA 4: Entrevistado por Pablo Scholz, diario *Clarín*, agosto 22, 2008.VOLVER

Adam Gai nació en Argentina y vive en Israel. Es Licenciado en Letras por la Universidad de Buenos Aires y Doctor en Letras por la Universidad Hebrea de Jerusalén. Fue catedrático de literatura española y latinoamericana en la Universidad de Tel Aviv y en la de Jerusalén. Ha publicado, entre otros, artículos sobre la narrativa de Anderson Imbert, Bianco, Bioy Casares, Borges, Carpentier, Cervantes Cortázar y Piñera.

Cuentos suyos han aparecido en diversas revistas digitales y en las antologías *Grageas* (Ediciones Desde la Gente, Buenos Aires, 2007), *La monstrua: Narraciones de lonnombrable* (Vavelia, México, 2008) y *Otras miradas* (Ediciones Desde la Gente, Buenos Aires 2008). Sus comentarios y artículos sobre cine pueden leerse en las revistas electrónicas filmsdefrance.com, y cinecritic.biz.

Alíus

Elaine Vilar Madruga

 **CUBA**



Ilustración: Laura Paggi

Mi hija nació loba:
se me hizo entre las manos un temblor de colmillos
mientras yo apostaba por el grito
y llamar a mis padres entre voces
aun cuando intenté callarme.
Esa criatura no podía ser mía:
ni carne de mi carne,
ni hueso de mis huesos,
ni esencia de mi vientre.
Nombré monstruo con sólo dos palabras
a quien debió ser mi primogénita,
y era el dolor de la placenta malograda
y la leche hecha sangre en mis senos

y el deseo —aún azul— de estrecharle entre mis manos cómplices.
Mi hija nació loba,
y a mi grito acudieron mis padres
con la mirada irrevocable del que sabe.
Me dijeron dale el pecho
y yo me negué silenciosa,
afirmé ésta no es mi hija,
pero los ojos de ellos desmentían mis sentidos,
y eran mis senos dos baúles de estambre que latían.
Me dijeron dale el pecho, sólo así el dolor se te hará agua y leche,
y yo volví a gritar pues mi niña soñada era una loba.
Entonces mis padres me la quitaron de los brazos
como quien taladra un símbolo,
dijeron es así como sabíamos,
   no sé por qué amantaste un sueño,
y entonces lo inmutable vino a dominar mi miedo
cuando ya era demasiado tarde.
No pude evitar lo insólito del grito.
Mi hija nació loba,
un temblor de vello entre mis brazos
y no supe aceptar que era así como debió ser desde siempre,
como todos esperaban menos yo,
como todos eran:
   la manada de mis padres no me escucha,
no le interesa el grito de mi suerte,
no le interesa lo insólito, para ellos ya costumbre,
y me dicen:
   nació loba,
y ya no importa si es mi hija,
si los senos me laten como arpones,
si quiero o no darle vida a la bestia.
La manada no quiere otra cosa que tomarla

con esas palabras que conozco:
nació loba y a ellos pertenece,
y con ellos marcha hacia el verde inagotable de la vida
donde yo no estaré
    —pues no es sitio para hombres—
y mi defecto sólo uno en la camada,
un llanto absurdo entre miles de aullidos.
Mi hija nació loba,
    y aún así fue terrible
no haber alcanzado a besarla
antes de que la manada retornara
hacia el silencio impreciso de las bestias.

Elaine Vilar Madruga. Ciudad de La Habana, 1989. Graduada de Nivel Medio de Música en la especialidad de guitarra clásica. Graduada de la Academia de Etnografía y Tradiciones Canarias en Cuba, de la especialidad de Literatura. Obtiene premios como “La flauta de chocolate”, “El viejo y el mar” de literatura infantil, mención en el Calendario 2006 de ciencia-ficción, mención en el Concurso Iberoamericano de Relatos BBVA - Casa de la América 2007, Premio Identidad Femenina y Primera Mención del concurso Tertulia Canaria 2008, así como diversos premios y menciones en los Encuentros de Talleres Literarios municipal y provincial. Primera mención del Concurso de literatura infantil y juvenil de la Tertulia Canaria 2008. Finalista del concurso internacional Evohé Ediciones 2008 de poesía mitológica, en España. Colaboradora y editora de la revista digital La Voz de Alnader. Ha sido publicada en antologías y revistas nacionales e internacionales. Ganadora del Decimosegundo premio “Indio Naborí” de décima del año 2008. Miembro de la Asociación Hermanos Saíz desde el año 2007. Ganadora del Premio Extraordinario de Cuentos de Nunca Acabar, del Primer Concurso Internacional “Garzón Céspedes” 2008, con el relato “Concepción”. Ganadora de la primera mención en poesía de los VI Juegos Florales, auspiciado por la Asociación Canaria de Cuba en el año 2008. En el año 2009, obtiene mención en el género de cuento en la 20 edición del concurso “Alfredo Torroella”. Ganadora también del Premio del Primer Certamen Internacional de Poesía Fantástica y de Ciencia-Ficción “Minatura 2009”, en España, con su poema “Eva”; donde otro de sus poemas “Las preguntas de la zorra”, quedó también finalista. Ganadora del I Premio “Día Mundial de la Poesía”, en poesía de temática libre. Ganadora del segundo premio del concurso Juventud Técnica 2009, de ciencia-ficción. Ha ganado también el VII Premio de la Décima Tertulia Canaria (año 2009), auspiciado por el Gobierno de Canarias y la Asociación Canaria de Cuba. Ha organizado, en colaboración con la

Editorial Gente Nueva, el proyecto "Behíque" de divulgación del arte fantástico, en el marco de la Feria Internacional del Libro de La Habana, en el año 2009. Co-fundadora y co-organizadora del Taller de Creación de Arte y Literatura Fantástica "Espacio Abierto", también en el año 2009. Graduada del curso de Técnicas Narrativas "Onelio Jorge Cardoso" en el mismo año 2009. Graduada del curso de Etnografía y Tradiciones Canarias, en la especialidad de Literatura (2009). Co-organizadora del Segundo Evento de Arte y Literatura Fantástica "Behìque 2009". En proceso editorial se encuentra su novela "Al límite de los Olivos"; así como diversas antologías y revistas en Inglaterra, Italia, Venezuela, México, Argentina, Cuba y España con obras de su autoría. Publicaciones en antologías: Vuelos de colibrí- Casa Editora Abril. Cartas al padre- ARCI, Italia. Secretos con alas- Casa Editora Extramuros. Cuaderno de los V Juegos Florales- Editorial Cubano- Canarias. Compilación poética de los VI Juegos Florales -Editorial Cubano - Canarias. SOS, Ternura- Editorial Extramuros. 2009. Voces con Vida- Palabras y Plumas Editores S.A. México, 2009. Aldea Poética SXO- Editorial Aldea Poética, España 2009. Publicaciones en revistas: La voz de Alnader- ezine de fantasía épica y ciencia-ficción. La Edad de Oro en Nosotros- Casa Editora Abril. Cuba Confluencias- Madrid, España. Gaviotas de Azogue, número 67, año 2008. México. Minatura. Número 92, año 2009. España. Axxón. Argentina.

En Axxón hemos publicado sus obras PARADOJA, GÉNESIS, LOS QUE NO SABEN MORIR y LA DAMA DE SHALLOT CONTEMPLA EL ESPEJO DE LA MUERTE….

Este cuento se vincula temáticamente con LOBOS ERRANTES, de Jenny Kangasvuo; 1807, de Alejandro Alonso y VIAJERO INCANDESCENTE, de Luis Saavedra

.

Axxón 216 - marzo de 2011

Cuento de autor latinoamericano (Poemas : Fantástico : Fantasía : Licantropía : Cuba : Cubana)

Los conejos cogelones

Gonzalo Martré

**MÉXICO**

Huertas el Pintor tenía un criadero de conejos ubicado en el vértice de un triángulo cuya base estaba ocupada por Amecameca al norte; en el sur, Ayapango, sobre la falda del volcán Popocatepetl. No es que fuera el lugar más adecuado para un criadero de conejos, pero era el único terreno de que disponía. Su única propiedad y tenía la ventaja de estar en un paraje solitario, alejado de la impertinente curiosidad de los vecinos y cercano a Sor Juana. Proveía de conejos a algunas fondas que sobre la carretera Amecameca -Cuautla ofrecían conejo asado al carbón, en adobo o al pastor los sábados y domingos. Popocatepetl es un nombre largo y difícil de pronunciar, por eso los lugareños le decían cariñosamente Popo o respetuosamente don Gregorio.

Huertas era artista pintor, no de brocha gorda. Allá abajo, en la populosa y calumniada Nezayork, compartía el triunvirato excelso de las artes plásticas con Lupus y Jorge Osorio. Una de sus manifestaciones artísticas más celebradas era efímera: el triunvirato conseguía una modelo (profesional o aficionada, daba lo mismo), la desnudaban ante un cerco de Coyotes literarios y los pintores escogían un trozo de piel sobre el cual pintaban al óleo, cubriendo cada centímetro cuadrado de toda su epidermis. Lupus prefería temas sombríos, macabros, un poco a la manera de los demonios de Goya. Huertas poblaba la piel de toros de lidia con su parafernalia de fiesta taurina; Osorio pintaba perros, prefería pintar los perros callejeros de Nezayork, entre más jodidos y lastimosos, mejor, canes en todas las actitudes posibles. Al final de la sesión, cuando la modelo deseaba quitarse la pintura, para no morir intoxicada, los poetas y narradores Coyotes se lo impedían y la modelo, en un lapso de tres días, moría frente a ellos. Los Coyotes aprovechaban esa larga agonía para componer poemas y cuentos cortos alusivos al suceso. La novela estaba reservada al Coyote Mayor quien hacía intervenir a su personaje favorito,

el Eddy Tenis Boy, detective infalible.

Tan divertida práctica pictórica terminó cuando la policía de Nezayork recibió un pitazo, irrumpió en la última sesión y se llevó a Lupus y Osorio al tambo. Huertas huyó a la montaña, decidió pasar una larga temporada en aquel terreno de su propiedad que nunca había ocupado porque siempre se hallaba cubierto de nieve. Pero como desde hacía un año el cambio climático mundial hizo retroceder las nieves antes perennes hacia la cumbre, Huertas el Pintor instaló una conejera con un pie de cría de diez conejos: dos machos y ocho hembras. También se llevó su menaje artístico y comenzó a pintar paisajes porque por el momento consideraba excesivamente malsano el esmog de Nezayork.

Ya desde hacía unos diez años don Gregorio se había mostrado activo, después de siglos de pasividad. A veces sus fumarolas alcanzaban un kilómetro de altura, en otras ocasiones, en la noche se advertían resplandores rojizos y en ciertos momentos también vomitaba pedruscos. Una ocasión don Goyo vomitó cenizas, una negra nube espesa de cenizas que ensombreció una zona vasta a su alrededor. Por fortuna esas cenizas no eran tóxicas, pero de todos modos molestaban.

En seis meses Huertas el Pintor acrecentó su hato hasta treinta conejos, seis machos y los demás hembras. No se podía afirmar que el criadero mejorara la precariedad de sus ingresos, pero tenía para vivir lejos de la señora Justicia. Por lo pronto, no pagaba luz, no pagaba renta, no pagaba impuestos, pues la venta de sus animalitos era a la palabra. Como en cada pueblo del rumbo había al menos una foto suya ofreciendo recompensa, Huertas el Pintor se dejó crecer toda la pelambre facial y usaba un pasamontañas estilo Sub Marcos cuando bajaba a Amecameca para efectuar sus modestas compras, principalmente alimento para conejos.

Cuando don Goyo se enojaba, entonces el gobierno del Edomex ordenaba la evacuación de los habitantes de sus laderas, pero no todos abandonaban sus casas, entre ellos Huertas el Pintor, porque no podía trasladarse con sus cien conejos y, si los dejaba abandonados, lo más seguro es que le robaran al menos la mitad. No, no podía arriesgarse al éxodo.

Por eso, cuando oyó en su radio de pilas que don Goyo presentaba una actividad desusada y se pedía a los habitantes de las laderas que bajaran al menos hasta Amecameca, Huertas el Pintor hizo caso omiso. En efecto, don Goyo rugía en sus entrañas, vomitaba humo, vapores y gases completando su ira con una densa nube de cenizas negras. Mucha gente, asustada, bajó a buscar refugio en Amecameca; Huertas el Pintor desempolvó su atril, sus telas y pinceles y emprendió la tarea de captar la

furia de don Goyo, soñó con ser un nuevo doctor Atl, con la diferencia de que, mientras Atl pintaba pinchurrientos volcancitos, él captaba la majestuosidad de las iras del viejo Popocatepetl. Soñó exponer una serie de cuadros en Bellas Artes o al menos en el MUNAL. Pero el ejército barrió las laderas en busca de remisos y lo bajó a empellones sin permitirle llevar uno solo de sus cuadros y mucho menos conejos; sin cortesías ni súplicas lo subieron a un carro militar. La ira de don Goyo era tanta que el convoy militar con cientos de evacuados no paró sino hasta Chalco.

Veinticuatro horas duró la tremenda cólera de don Goyo. La expulsión de gases fue intensa. La nube de cenizas alcanzó los dos kilómetros de altura y éstas cayeron no tan sólo sobre el valle de Chalco, sino hasta Texcoco y el Defe. La columna de gases no fue tan espectacular, porque eran apenas coloreados, entre amarillo y verde, pero éstos no se extendieron, sino que subieron verticalmente como si se tratara de una chimenea y alcanzaron más de diez kilómetros de altura. Esa columna perforó la capa de ozono de la supraatmósfera y le hizo un agujero. No muy grande, es cierto, como de un metro de diámetro. Ni tampoco de mucha duración pues la columna se debilitó y el agujero se cerró solo. Pero durante los treinta segundos que existió por ahí se precipitaron chorros de rayos cósmicos venidos desde el Sol, desde las estrellas cercanas y hasta de las galaxias más distantes. Los fotones que llegaron del Universo interactuaron con las moléculas de la atmósfera, dando lugar a la formación de un electrón y un positrón, y estos a su vez interactuaron con otras partículas, produciendo más rayos gama, los cuales originaron más electrones y positrones y otras subpartículas, como los neutrinos y los muones, que nuevamente produjeron rayos gamma y toda esa carga —cuya entrada permitió el agujero en el ozono— conocida como luz Cherenkov, invisible al ojo humano, incidió sobre los conejos del pintor Huertas. Ya el Nobel Mario Molina había advertido que de continuar la contaminación ambiental generada en el Defe y toda la inmensa área conurbana, reforzada con las periódicas explosiones del Popo, podría poner en peligro la capa de ozono suspendida sobre el volcán. Su predicción se vio cumplida, al Nobel le sobraba razón.

La luz Cherenkov cayó directamente sobre la conejera de Huertas. No mató a los animales, porque la negra nube la había atenuado un poco, pero alcanzó a modificarles su ADN, casualmente los aminoácidos de la hélice encargados de preservar y transmitir el código de la fertilidad. Esto es, alteró el mapa del genoma del *Oryctolagus cuniculus*.



Ilustración: Laura Paggi

Terminado el fenómeno volcánico los evacuados volvieron a sus pueblos y casas. Huertas el Pintor comprobó con felicidad que no le habían robado ningún conejo. Pero halló a su cría muy inquieta. Dos semanas después del baño cósmico todas las conejas estaban embarazadas. Al mes, todas las conejas habían parido, la población de su conejera subió a doscientos animalitos. Huertas el Pintor no cabía en sí de gozo: sus ingresos se duplicarían. Sin embargo, no pudo vender muchas conejas, porque éstas se embarazaron sin dilación y la población femenina era la que predominaba abrumadoramente.

Calculó que así salieran de su nuevo embarazo general, podría vender un superávit de cincuenta animales y tener pie de cría para aumentar su población. Por lo tanto, se preparó comprando más forraje para la conejiza.

Cuando la población "cargada" dio a luz a los veinte días, vinieron al mundo ciento cincuenta cachorros más, en su mayoría conejas. Estas se alimentaban ferozmente, pues a los pocos días fueron embarazadas por los conejos sementales. La población conejil no cabía en sí de gozo. ¡Siempre tenían ganas de coger! No había necesidad de esperar época de celo. Tal como en los humanos, conejos y conejas siempre estaban en celo, al igual que los humanos, los conejos no pensaban en otra cosa que en cogerse a las conejas e, irresponsablemente, exactamente igual que los humanos traían al mundo camada tras camada de bebés. Parecían chinos. Y los chinos a la viceversa.

En seis meses Huertas quebró. La superpoblación de su conejera era de tales dimensiones que rebasó y con mucho su capacidad de compra de forraje. Tenía mil conejos y el mercado estaba deprimido en virtud de que los turistas fin semaneros no consumían tanto conejo como era de desearse. Huertas el Pintor no tenía suficiente dinero para alimentar mil conejos, los fonderos no le compraban sus excedentes, no tenía para pagar

el personal necesario para atender las conejeras y la situación se agravó cuando en dos meses tuvo ya dos mil conejos.

Huertas abrió la puerta de sus conejeras y dejó salir mil ochocientos conejos, quedándose con doscientos. El negocio se vino abajo definitivamente. Los conejos andaban en libertad por las calles de los pueblos, algunos morían a escopetazos pero la mayoría buscó refugios en las peñas altas de los volcanes y cavó túneles para seguir cogiendo a gusto.

La región se convirtió en la primera área productora de conejos del país. Todo el mundo tenía su conejera, y todo el mundo se enfrentaba al mismo problema de la sobreproducción. Los conejos se las arreglaban para aparearse con o sin la anuencia de los humanos.

Pronto poblaron las faldas del Iztaccihuatl tanto la vertiente poblana como en la mexiquense, que "hervían" de conejos. Los mexicanos no son muy afectos a comer conejo. En promedio, cada mexicano se come medio conejo al año. Esta bajísima predilección fue un incentivo para los conejos, que cogían furiosa, acalorada, desenfrenadamente.

La sobreproducción pasó de problema local (arrasaban con sembradíos diversos, como si fueran langostas, horadaban túneles en las bodegas que contenían granos, devastaban las bodegas de los mercados) a problema nacional, pues la plaga de conejos se fue extendiendo por el amplio territorio nacional hasta que la Secretaría de Agricultura y Ganadería —en manos de un licenciado, como era costumbre— decidió intervenir. Se formó una llamada Comisión contra la Plaga Conejera, encabezada por un licenciado, cual debía de ser, que acordó lo siguiente:

1.-Que la policía persiguiera a los conejos y los matara ahí donde los encontrara. Después, que los incinerara.

2.-En caso de ser insuficiente la policía, que interviniera el ejército.

El general Donoso, secretario de la Defensa, protestó: ya era demasiado andar persiguiendo narcos como para que ahora les encargaran los conejos. Pero ni modo, órdenes son órdenes y ahí salieron las tropas en sus vehículos, tanquetas, tanques, camiones, cañones, ametralladoras, etcétera, a perseguir conejos. Pero no mataban muchos. Los conejos cavaban incesantemente túneles e invadían municipio a municipio, estado a estado. La población conejeril, al año de iniciarse la cogedera masiva, se calculaba en cuatrocientos millones de cabezas y ya había invadido Estados Unidos por el norte, Centroamérica por el sur. Los mexicanos pobres (más del 50 % de la población), muy desnutridos, aunque no gustasen del conejo hicieron de este animal su dieta principal, de ahí que

vieran con malos ojos que el ejército tratara de aniquilar la especie. El ejército, ya de por sí impopular, temido y odiado, era impotente para contener la plaga. Se importó gas mortífero, pero era contraproducente usarlo porque también morían los humanos. El CISEN, la CIA, la DEA, FBI y la PGR auxiliadas por el Instituto de Biología de la UNAM y por los zóologos de Chapingo, localizaron el foco de la plaga: la conejera de Huertas el Pintor. Como tenía cuerpo enteco y era bajito de estatura, le hicieron cirugía plástica en los ojos y nariz y lo presentaron en rueda de prensa como Huer Dien Ho, agente norvietnamita encargado de la destrucción del capitalismo; le cargaron la culpa de la crisis económica mundial y Estados Unidos solicitó y obtuvo su extradición. Se trató de inundar las galerías conejeriles, pero el agua no era suficiente y los conejos aprendieron a bucear. Cuando la población conejeril subió a cinco mil millones de piezas en el país, el señor General Secretario de la Defensa confesó su vergonzosa derrota. ¡No tenía presupuesto para el combate!

La plaga invadió Estados Unidos. Se extendió en todo su territorio. En invierno los conejos hibernaban pero seguían reproduciéndose, en primavera, verano y otoño el censo estimado era de cien mil millones de conejos en el vecino país.

En China, los conejos pronto duplicaron la población humana y en tres meses la triplicaron, pese a que los chinos se especializaron en hacer chop suey y chow mein de conejo.

En todo el mundo, la gente comenzó a morir de inanición, porque si bien había abasto suficiente de conejo, los cabrones roedores no se dejaban atrapar fácilmente y consumían más alimento del que producían. La producción de arroz en China fue consumida íntegramente por los conejos cogelones. La de trigo en Estados Unidos, ídem, la de papa en Alemania, ídem, la de cebada en todo el mundo, ídem, por lo tanto ya no hubo cerveza. Los cañaverales eran devastados, por lo tanto, ya no hubo azúcar, ni alcohol y lo peor: tampoco ron. La producción de maíz declinó a cero. Las tortillas y los *corn flakes* fueron un recuerdo nostálgico.

Los conejos, que ya decuplicaban la población mundial, vieron con buenos ojos pasar de herbívoros y granófagos a carnívoros. Comenzaron comiendo ratas, gallinas y pollos. Siguió el turno de los cerdos y las reses.

Un día, los niños en edad preescolar comenzaron a desaparecer…

La Unión Europea demandó la extradición de Huertas el Pintor y sus cómplices, Lupus y Osorio. Después de un juicio que duró dos años fueron sentenciados a morir arrojados desde lo alto de la Torre Eiffel. No

sin que antes en el Museo de Arte Moderno de París exhibieran una muestra de su arte pictórico, de excelencia. Sotheby's compró todo el lote. Fue el último que compró. Cuando los curadores fueron por él, hallaron que los conejos habían roído todo, menos tres cuadros.

Gonzalo Martré nació en Metztitlán, Hidalgo, en 1928. Realizó estudios de ingeniería química en la UNAM y fue profesor y director de la preparatoria Uno. Militó en los partidos Comunista Mexicano (PCM) y Socialista Unificado de México (PSUM). Ha escrito una obra extensa y variada que abarca novela, cuento, relato, ensayo, crónica y reportaje. Entre sus libros se destacan Los endemoniados, Safari en la Zona Rosa, La noche de la séptima llama, El Chanfalla, Dime con quién andas y te diré quién herpes, ¿Tormenta Roja sobre México?, Apenas seda azul, Los símbolos transparentes, y La emoción que paraliza el corazón. Con semejante obra a nuestro alcance no duden los lectores que Gonzalo será visitante asiduo de Axxón en los próximos meses.

Ya hemos publicado sus cuentos CUANDO LA BASURA NOS TAPE, LOS ANTIGUOS MEXICANOS A TRAVES DE SUS RUINAS Y SUS VESTIGIOS y LAS ALEGRES COMADRES DE HUIXNSOR.

Este cuento se vincula temáticamente con LAS ALEGRES COMADRES DE HUIXNSOR, de Gonzalo Martré; CONEJO, de Alberto Chimal y ROBO HORMIGA, de Hernán Domínguez Nimo.

Axxón 216 - marzo de 2011

Cuento de autor Latinoamericano (Cuentos : Fantástico : Fantasía : Humor: Genética : México : Mexicano).

Siesta

Igor Kutuzov

**ESPAÑA**



Ilustración: Ferrán Clavero

Dejé el periódico sobre la mesilla, me moría de sueño. El sol de primera hora de la tarde me cegaba, así que me moví hasta la única sombra del jardín. Apuré el café y aplasté el cigarrillo en el cenicero. Una buena siesta sería mi salvación.

Me metí en casa para tumbarme en la cama de matrimonio y cerré la puerta. Se oía algún pájaro, la luz era una bendición que, lejos de calentar en exceso, me amodorraba sobre las almohadas. Cerré los ojos.

Me he despertado muy mal. Estoy temblando. Me siento como si me hubieran cubierto con un manto de hielo. Es de noche. ¡Mierda! Pero, ¿cuántas horas he dormido? Es esta asquerosa vida, siempre con prisas. Y luego llega el sábado y estás reventado. He dormido una eternidad. Le doy al interruptor. Encima, no funciona. Esto me pasa por vivir apartado en una casita de una urbanización. En la ciudad, casi nunca se va la corriente. Tengo frío. Abro la puerta, el comedor parece un gran congelador. ¡Estoy harto! Me bajo a la ciudad. Dejo las maletas, lo dejo todo, y ya pasaré el próximo fin de semana a recogerlo. Quiero estar en mi cama, en mi piso,

caliente, comerme una pizza y ver la tele, ¡cualquier cosa! Este despertar… No, no debería haber dormido tanto, me ha dejado mal cuerpo, como una sensación asquerosa. Salgo al jardín, cierro la puerta. Bajo, casi a tientas, hasta la calle. ¡Aggg! Mi cabreo ahora es monumental. El coche no está. Me lo han robado, ¡hijos de puta! ¿Y ahora qué? La impotencia me domina y me enreda, doy una patada a un pedrusco. ¿Y ahora qué? ¿Cómo vuelvo a mi piso? ¿Cómo bajo? Todo mi plan al traste.

Alzo la cabeza, esta noche la oscuridad es total. Una monstruosidad de nubes domina el cielo y apenas se ve nada. En la urbanización también se ha ido la luz, no veo ni una maldita ventana iluminada. ¡Baaahhh! El manto cerrado de la noche parece resquebrajarse, sobresale, entre los nubarrones, una pata de la luna y tras ella, medio cuerpo. ¡Dios! ¡Los árboles! ¡La montaña de enfrente! Ha desaparecido, es como si alguien la hubiera partido. Veo, pero no quiero ver. Las casas de mis vecinos… Están derrumbadas. En un momento de lucidez, me vuelvo y miro mi chalet. Sólo queda la planta baja, toda la segunda planta ha quedado despedazada, algo la ha arrancado de cuajo, algo la ha triturado. Madre…



Ilustración: Ferrán Clavero

Pruebo respirar hondo, tranquilizarme. Caigo en la cuenta de que no hay ningún coche en mi calle, que el asfalto ha quedado pulverizado, cubierto de pequeños cráteres. Sufro un intenso vértigo, todo se desploma. Me siento en el suelo, en medio de una enorme urbanización vacía. Me cubro la cara con las palmas de las manos. ¿Qué ha pasado? ¿Cuánto tiempo he dormido?

Intento recapitular. Mis padres murieron, estudié Medicina, tuve un amigo llamado José a quien le gustaba montar enormes mecanos y a veces íbamos a cenar. Dos niños y una niña, bueno, antes me casé y luego me divorcié. Trabajo, trabajo todo el día. Nada. Nada concuerda. Levanto la cabeza porque se oye un enorme zumbido en el aire, entre las cascotes

negros del cielo aparece una enorme luz azul que desparrama energía, oscila, se detiene un instante y sale disparada a una velocidad sónica, hasta apagarse en el infinito. Miro a derecha e izquierda. Ahora me doy cuenta. Todo cuanto me rodea está helado y tengo un hambre atroz.



Ilustración: Ferrán Clavero

Pienso en mis hijos, en la que fue mi esposa. ¿Qué habrá sido de ellos? Allí, al fondo del valle, por donde se veían reflejadas las luces anaranjadas de la autopista, todo es oscuridad. Esto, esto que ha pasado… Bajo al pueblo, a ver. Puede que allí esté todo bien, que estén todos. Un instinto nuevo me impulsa a correr, a correr cuesta abajo sobre el asfalto duro y roto y frío. Noto mis piernas como dos inmensos muelles de acero, como si no formaran parte de mí. Descubro que soy muy veloz. Debe ser el hambre. Al llegar a la recta, me doy cuenta de que el pueblo es una masa fantasmagórica, lo único que sigue igual son los plataneros de tronco ancho que flanquean la entrada. Sigo corriendo, el cansancio es algo que no existe. ¡Joder! ¡Tengo el corazón de un caballo!

Las primeras casas han sufrido los efectos de este cataclismo o lo que sea. No se ve a nadie, no se oye nada, no hay luz. Avanzo por la calle mayor. El estanco es un montón de escombros, al igual que la casa de los Gutiérrez, al igual que el videoclub, del que sólo queda el rótulo naranja,

desprendido de la fachada. Nada, no queda nada. Debería llorar, pero el calor abrasador que siento en mis entrañas, el dolor en mis brazos y manos, me lo impide. Debo encontrar algo para comer. Troto hasta la plaza de la iglesia. El campanario se ha partido y ha caído sobre el ayuntamiento. De las paredes encaladas de la iglesia queda un muro, detrás del altar. Poco importa, aquí al lado está la carnicería. Me dirijo hacia allí. La tienda ha sufrido menos desperfectos, siguen sus cuatro paredes en pie y parte de la techumbre. ¡Carne! Justo cuando me planto frente al escaparate, creo ver una figura reflejada en los vidrios rotos. Es una visión fugaz. Ahora esto, cuando tengo la comida cerca. Me he sentido amenazado, esos ojos brillantes y hambrientos en el cristal… Con prudencia, entro. Está todo patas arriba, un caos de latas y cajas de galletas, de botellas petrificadas, harina desparramada, estanterías polvorientas y barras de pan heladas tiradas por el suelo. Mi olfato se inquieta, percibo algo que me provoca tembleques. Muevo, sin darme cuenta, la cabeza de lado a lado. Este olor. Es maravilloso.

Me lanzo al suelo y repto hasta esconderme detrás del mostrador vacío. Sobre la plaza del pueblo flota algo, una luz violeta muy intensa ilumina cada una de las fachadas derruidas. ¿Por qué me escondo? Eso que navega podría ser ayuda. Se oye un zumbido extraño, como un bombeo de aire o de algún tipo de gas. Es esa máquina voladora. ¡No! No me van a cazar, mejor sigo invisible, aquí, cerca de este hedor que surge de alguna parte. La luz se va, desaparece en un instante. Quiero ponerme de pie, pero me siento cómodo a cuatro patas, también. Reviento con los dientes una lata de judías, fabada no sé qué. No puedo, siento una náusea repentina. Frenético, destrozo bolsas de macarrones, lanzo contra la pared packs de yogures podridos, hasta que debajo de un montón de bolsas y cartones encuentro un gran pedazo de cordero. Abro mis fauces y desgarro la carne medio congelada. Era eso, ese olor. Me siento mucho mejor, hasta olvido qué era lo que me preocupaba, por qué sufría.

Se abre la puerta de la tienda. Aparece una figura inquietante, una mujer de ojos fluorescentes, de piel lívida. Entra desnuda, dando un golpe a la puerta, medio erigida sobre sus patas cubiertas de un vello tieso y blanco. Me levanto, agarro un gran cuchillo de carnicero, pesado y de hoja ancha. Quiero preguntarle algo, de dónde sale, pero de mi garganta surge un alarido atroz que me asusta. Me mira, y mira los restos del cordero. Se arrima, me husmea. Pienso en tajarla con mi gran cuchillo pero mi sorpresa, quizás, me lo impide.

Se acerca a mi cuello y me da un lametazo. Su lengua es áspera y caliente. Tras esto, agarra los restos de carne y se tumba a mis pies a comer.

Mandan las entrañas, hay algo nuevo. Me estiro a su lado, rasco su espalda escamada y curva, transparente. Noto la dureza de su cuerpo tibio bajo mi peso y le doy un lamido, como muestra de buena voluntad. Ella me mira y ronronea, satisfecha. Marco los colmillos sobre su cuello, mientras come. Siento un gran placer al mordisquearla. En el exterior, ha vuelto el silencio, y pienso que todo el pueblo y el valle es nuestro, para correr y cazar.

El autor nace en Barcelona en 1973 y completa estudios de Periodismo. Tras años en diversos trabajos, decide hacer el intento de escribir y publicar. Su primera novela, "Antigua Vamurta" será publicada en 2011 por editorial Grupo Ajec. Su blog, aquí.

Esta es su primera aparición en la revista.

Este cuento se vincula temáticamente con EL ARGURO, de Ruth Ferriz; FAST FOOD, de Javier Fernández Bilbao; LOBOS ERRANTES, de Jenny Kangasvuo y LA TARDE DEL JAYÁN, de Estela Getino.

Axxón 216 - marzo de 2011

Cuento de autor europeo (Cuentos : Fantástico : Ciencia ficción : Metamorfosis : España : Español).

El sacrificio

Gustavo A. Courault

**ARGENTINA**

Justo cuando despuntaba el sol el viejo terminó de hacer sus abluciones en el arroyo helado. El viento jugaba con su cabello fino y canoso.

Se arrodilló y apoyó la frente en el pedregullo hasta que le dolió, se irguió, abrió las manos con las palmas hacia arriba y miró al cielo con la mirada extática.

—¡Así sea! —gritó.

Buscó leña en los arbustos de los alrededores, eligiendo las mejores ramas; primero pequeñas y luego más gruesas, para que las llamas fueran tan altas que llegaran hasta el cielo.

Afiló con cuidado el gastado puñal de sacrificio en una piedra, probó el filo con el dedo y lo guardó en una funda de cuero; con ceremonia, lo amarró a su cinto.

Fue hasta el corral y buscó el mejor asno, le puso el bozal no sin trabajo; el animal no se dejó apresar fácilmente. Le ató la leña equilibrando el peso, dos manojos a cada lado.

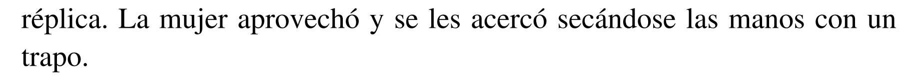
Vio que el sol estaba alto, era hora de apresurar las cosas. Se secó el sudor de la frente con la manga mientras caminaba hasta su casa con toda la velocidad que le permitían sus viejas piernas.

—Hijo, levántate —llamó, no sin dulzura—, debes hacer un pequeño viaje conmigo.

—¿Un viaje? ¿Adónde? —le preguntó su mujer asomándose desde la cocina y clavándole los ojos azules aterrados. El viejo no contaba con que ella estuviera despierta.

Tomó el brazo de su hijo con firmeza y le devolvió a la mujer una mirada hosca.

—Vístete rápido, te lo ordena tu padre —dijo con una voz que no admitía


réplica. La mujer aprovechó y se les acercó secándose las manos con un trapo.

—¿Adónde te llevas a nuestro único hijo? —preguntó, tomándolo de la ropa.

—Al cerro que queda al poniente —respondió el viejo, desviando la mirada.

—¡No me engañas! —chilló ella—. ¡Sé qué tramas!

—Suelta, mujer —se desprendió de ella con solemnidad mientras sostenía el brazo del niño que miraba impávido la escena.

—Tú, vístete —le volvió a ordenar, soltándolo con un empujón—. Y tú, ni te atrevas a detenerme —le indicó a la mujer abriendo los ojos, apretando más los dientes.

—¡Loco desquiciado! —gritó ella, señalando el cuchillo. Se sacó del ojo una mecha de cabello rubio que se le había metido ahí durante la refriega.

El viejo, con violencia, le aferró el cuello con una mano y la inmovilizó contra la pared, mientras miraba cómo su hijo se vestía de prisa. La soltó recién cuando el muchacho estuvo listo. Salió retrocediendo sin darle la espalda, tomando al hijo de la solapa.

El corazón le golpeaba el pecho y la angustia le cerraba la garganta. Todo le pesaba, sobre todo el puñal a su costado.

—¿Adónde vamos, padre? —le preguntó el joven.

—A aquel cerro —respondió el viejo, señalando a lo lejos.

—¿Allí donde sacrificaste todos esos corderos?

—Sí.


Ilustración: Valeria Uccelli

Avanzaron en silencio, sólo se sentía el golpear de las pezuñas del burro sobre las piedras.

El viejo suspiró y detuvo el paso del animal. Miró a su hijo, era seguro que escuchaba los latidos de su corazón. Volvió a mirar el cielo, pero no encontró ni una maldita nube donde posar la vista.

El muchacho lo observó con curiosidad cuando volvió a apretar el paso. Él quiso sonreírle pero no pudo, en lugar de eso reparó en lo parecido que era a su madre y lo poco que se le parecía a él.

Hizo acopio de toda su fuerza de voluntad para ascender al cerro… ya faltaba poco.

Se dijo que debía ser implacable hasta el final; sacó una rama y la usó como bastón para subir el último tramo.

Cuando llegó, vio a su hijo corretear en la cima buscando piedras de colores.

"¿Cómo podré volver a casa?" se preguntó el anciano, mordiéndose el labio inferior.

Imaginó a su bella mujer llorando, mesándose los cabellos. "*Entenderá"*, se dijo, aunque no logró convencerse.

Sin pensar, armó la pira de leña y preparó los elementos para hacer el fuego.

Era la hora.

—Ven —le ordenó al niño.

—¿Qué pasa, papá? —preguntó él, mirándolo con ojos negros y límpidos.

—Sé fuerte. —Le ató las manos atrás con un tiento suave y delgado. El hijo lo miró entre confundido y aterrado y trató de escapar, pero el viejo

ya le había amarrado los pies con pericia y lo puso de rodillas.

—¿Qué haces? ¡Me portaré bien, te lo prometo papá! —lloró el niño cuando vio que el viejo desenvainaba el puñal del sacrificio. El sol brilló en la hoja y cegó al muchacho que trató de mantener los ojos abiertos, parpadeando.

El viejo lo tomó para exponerle la garganta. Levantó el arma por sobre la cabeza y dudó sólo un momento.

—¡Deténgase, Alcides! ¿Qué hace? ¿Está loco?

El viejo Alcides quedó suspendido un momento y luego miró en derredor hasta que vio una figura uniformada que avanzaba con su mujer detrás.

—¡No me voy a detener ahora! —gritó el viejo, mientras miraba al comisario que le apuntaba con su pistola reglamentaria y se le iba acercando—. ¡Dios me pide este sacrificio! —continuó, mientras el chico lloraba y se contorsionaba.

El comisario, al ver que Alcides tensaba el brazo para cortarle la garganta, disparó. El viejo cayó al suelo entre gritos de dolor y soltó el cuchillo para tomarse el estómago.

—¡Es fruto del milagro de Dios! —gritaba—. ¡Con mi mujer vivimos en castidad, Él me dio un hijo!

—Milagro de Dios —el comisario rió, nervioso—. ¡Milagro de Dios! —Abrió los brazos y miró al cielo.

—Es hijo de Dios —afirmó Alcides en voz baja—. ¿No ve lo poco que se parece a mí?

—Y lo quería sacrificar —escupió el comisario, parado con las piernas abiertas mientras guardaba el arma—. ¡Loco de mierda! Agradezca que su mujer me llamó apenas salieron de la casa.

—¡No detenga Sus planes! —suplicó el viejo, luchando para alcanzar el puñal.

El comisario se le acercó, alejó el cuchillo con un hábil puntapié y lo miró desde arriba, triunfante. La sangre manchaba la camisa blanca del viejo.

—Ven, Mirta, ya terminó todo —dijo el comisario y desató al muchacho con afecto, con delicadeza.

—Daniel, Daniel —pudo decir por fin y le acarició el rostro.

Los ojos negros y llorosos de Daniel se clavaron en los del comisario, tan oscuros como los suyos.

—Tranquilo —lo reconfortó él, y le pasó la mano por el cabello moreno

—. Ve con tu mamá.

Mirta tomó al niño de la mano. Se volvió antes de iniciar el descenso, devolviéndole al comisario una mirada de angustia, pero no dijo nada y se alejó.

—El Ángel de Dios debía detener mi brazo —gimió Alcides, mientras se retorcía por el dolor de la herida.

—Le voy a decir una cosa: ésta —el comisario señaló el arma—, es el Ángel de Dios.

—No, no —dijo el viejo llorando—. Usted no es Dios.

—Pero sí soy el padre de Daniel. Dejaste a Mirta mucho tiempo sola y asustada mientras matabas cordero tras cordero, imbécil.

—¡Apóstata, adúltero! —se retorció Alcides.

—¿Qué tal si el mismo Dios que engendró a Daniel completa el sacrificio? —el comisario tomó el puñal y miró el filo.

—Usted, usted —lloró el viejo señalándolo con el dedo—. No puede ser. ¡No puede ser!

El comisario lo tomó del cabello y le abrió la garganta.

—Eso es por todo lo que la hiciste sufrir a ella, loco de mierda —gritó cuando la sangre salió a borbotones.

Agitado, se detuvo un momento y miró las llamas, la sangre, al viejo. Riendo salvajemente, tomó a Alcides, lo cargó sobre su hombro y lo tiró al fuego.

—Ahí tienes tu sacrificio, hijo de puta —le dijo al cadáver que se quemaba y se limpió las manos llenas de sangre en el pantalón.

Oyó un fuerte batir de alas a su espalda y se dio vuelta con mesura. Un ser gris lo miraba torvamente, rodilla en tierra, ambas manos apoyadas a los costados. Aterrizar siempre le resultaba dificultoso. Plegó con cuidado las alas y se puso de pie.

El comisario retrocedió temblando.

—¿Y Daniel? —dijo el ser, con voz mineral.

El hombre señaló con precaución hacia el camino sin dejar de mirarlo.

El ser miró a su vez, con curiosidad, las manchas de sangre y luego el fuego que crepitaba y vomitaba volutas de humo y llamas al cielo.

—Yo debía detener a Alcides —suspiró.

—Llegaste tarde. —El comisario se apoyó en un risco; comprobó que

tenía el arma reglamentaria en su lugar y carraspeó, sentía la boca seca. Con un rápido cálculo mental sopesó las posibilidades que tenía de pegarle un balazo al ser alado o huir escondiéndose entre las rocas.

El ser caminó con agilidad, le cortó el paso y le señaló el arma, sacudiendo la cabeza. El comisario lo miró con rabia y abrió las manos, impotente.

—Adúltero y asesino. —El ser sonrió torcidamente—. ¿Quién va a cuidar a mi hijo ahora?

—Es mi hijo. —El comisario se irguió con los brazos cruzados y la cabeza gacha, desafiante.

Una risa bestial sacudió las alas plegadas, el ser gris se le acercó y el comisario pudo oler cierto tufillo a azufre. Se miraron a los ojos.

—No eras el único con quien engañaba a Alcides. —El ser gris se lamió los labios y se apretó con una mano la entrepierna.

—El viejo Alcides decía que Daniel era hijo de Dios —balbuceó el comisario dándose cuenta de que tenía delante a algo peor que un íncubo.

El ser gris se encogió de hombros:

—Abraham creyó lo mismo —dijo y lo fulminó con un rayo.

Gustavo A. Courault nació en La Plata en 1958, pero ha vivido casi toda su vida en Santa Fe. Es ingeniero electricista pero se dedica al área de la informática. Escribe desde los 17 años; ganó un premio por un cuento titulado Pensamientos en el colegio secundario, en el marco del taller literario "Santa Teresa de Ávila". Y aunque por muchos años no se animó a publicar, finalmente recapacitó y desde entonces, cada tanto, nos agasaja con sus trabajos.

Hemos publicado en Axxón sus cuentos EL VAGABUNDO, CUIDADO AL CRUZAR LA CALLE, hWORD y ELLA.

Este cuento se vincula temáticamente con FUERA DEL RIO, LEJOS DEL MAR, de Alexis Javier Winer; NO MIRES HACIA ATRÁS, de Guillermo Galli y EL SEXO DE LOS ÁNGELES, de Juan Pablo Noroña.

Axxón 216 - marzo de 2011

Cuento de autor latinoamericano (Cuentos : Fantástico : Religión : Ser fantástico : Argentina : Argentino).

Bucólica (con sátiros y ninfas)

Daniel Buzón

ESPAÑA

Yo me quedé apoyado un momento en el hombro de la Isa, que no vio el final después de haber estado comentando todo el rato, porque se durmió. Estaba acurrucada, rosada y esponjosa, al borde del Manuel. "Eh", los despertó el Joan desde el otro tresillo floreadito que gasta, deliberadamente a lo bruto. La Isa se estiró con los párpados pegados, sonriendo, con un arqueo que separaba la volátil blusa ocre de los costados como una duplicación imprecisa. Pasé la yema del dedo corazón por el brazo de madera. Nos reímos de lo mala que había sido la película. "No vayas más a ese videoclub, Joan". Y él ofreció otros Baileys. Pero, después que el Manuel bebió un vaso de agua, sentenciaron que nos dejaban, que ya la velada se quedaba ahí. La Isa, tan correcta y responsable de pronto, pero la piel era un ser aparte, tímido y terrenal. Un roce en la cuenca de la mano y dos besos y ya bajaban las escaleras, huidos, compenetrados, serenos.

Me preguntó el Joan si me decidía a dormir en su casa o a cruzar los sesenta kilómetros hasta Sabadell a la una de la madrugada que estaba a punto de ser. Le contesté que me quedaba, pero que no tenía ningún sueño. Mientras oíamos el ralentí del coche del Manuel y cómo salía en primera, suave, impecable, quizá con unos dedos acariciándole la nuca, el Joan me hablaba en broma de jugar a las damas mientras llenaba otra vez de Baileys el vaso con el hielo al fondo medio derretido y bañado de marrón. De pronto dijo que, como me veía cierta expresión anulada y vana y sospechaba que necesitaba una charla o algo así, me proponía ir a tomarnos dos cervezas a la ribera del río, no andando, no, sino cogiendo el coche, yo, porque él iba un poco mareado, pero nada, que con el suyo. Tres kilómetros. Y nos fuimos.

Se iban a ver mejor las estrellas y el firmamento —el placer del Joan en usar esa palabra—, porque era noche sin luna. El vehículo debió parecer una barca zozobrando, complacido en el balanceo contenido al que nos

obligaron algunos socavones. Uno recuerda entonces la inocente entrada al camino, al bies de la carretera, como una jugarreta silenciosa y desproporcionada. Le pregunté ingenuamente cómo podía ser que, a lado y lado de la ventanilla, la oscuridad fuera un manotazo descomunal. De pronto debí filtrar el último sorbo de Baileys que aún quedaba en los riñones, y fui un hombre que se va al río a tomarse sin más una cerveza. Los árboles parecían todos el mismo, pinos insomnes e impasibles. Al dejar el coche, el río nos devolvió alguna claridad reflejada del cielo. Olí romero, pinaza, humedad y tierra. La conversación andaba sobre en qué alcanza uno a ocupar su tiempo libre. El Joan arreaba tres cervezas colgando de la malla de plástico. “En muchas cosas”, me contestó, de verdad convencido. Volvió por una linterna (que le costó un minuto encontrar) porque ni siquiera nos distinguíamos. Cierta inquietud infantil nos volvió a despertar.

Bajamos la senda pedregosa con las chancletas de verano, con pocas esperanzas de no tener algún resbaloncito. Allí, cobijados por el puente que habíamos tenido que atravesar andando, la oscuridad volvía a ser la de antes. El Joan me ofreció apagar la linterna y no me negué. En esa noche cerrada en el bosque el hombre, pensé con acierto, por instinto ancestral sospecha la posible animación repentina de cada sombra, de cada planta. Los ojos dejan paso a sentidos que no han sido dulcificados ni reconducidos por la civilización, ni siquiera identificados, y uno es animal sin remedio, pero advenedizo, torpe, mientras su parte urbana sabe que la primitiva presiente unas fauces en cualquier lugar, sin tiempo para imaginarlas. Me entretenían esas ideas quizá porque ni siquiera eran mías. La charla con el Joan se mantenía en alto, expandida, espaciada y cada vez más franca. Las cervezas aún estaban bastante frescas. “Te dije sin alcohol”. “Es igual”, me contestaba. “En este tramo hasta casa no hay mossos”. Nos reíamos tumbados encima de la misma roca. Se oía el chapaleo desacordado del agua en los pedruscos inmensos de la orilla y, muy de fondo, el rumor del pueblo vecino, que pasaba su fiesta mayor. De hecho, habíamos temido encontrarnos con alguna pareja. Pero ahora ya estábamos a nuestras anchas. Un silencio reflexivo mirando las pocas estrellas que se veían, con total ignorancia de las constelaciones. Un ovni, tendríamos que ver un ovni. Otra vez nos callamos.

Al cabo de dos o tres minutos, me despierto de una cabezadita que había dado sin querer. “Sigo sin ver nada más que el agua pasando por debajo del puente”, dijo el Joan. La ribera descendía debajo de nosotros, en escalones de piedras y maleza, hasta el río. El monte se levantaba detrás, singularizado, mudo e inminente, sólo un poco recortado contra el cielo.

Decidimos cambiar de roca y bajamos otro poco hasta colocarnos contra unas cañas, mejor recostados. El Joan volvió a apagar la linterna. Nos dijimos algo, y entonces oímos, con ligero escalofrío, otra voz que de más abajo aún, a la derecha, nos saludaba. Eran dos. Enseguida habló el segundo. Celebraban el encuentro inesperado con agrado y normalidad. El Joan les hizo notar, como simple comentario, que habíamos tenido la misma curiosa ocurrencia. No contestaron. Yo mientras tanto pensé que debían de ser dos rebotados de las fiestas del pueblo, quizá más borrachos que nosotros. Volvieron a proferir otra expresión simpática, incluso con cierta camaradería, y una indicación a la calma del discurso del agua, y a la languidez con que cantaban los grillos. Las ideas venían por el espacio opaco encajadas en un estuche de palabras humilde, casi campestre, pero eficiente, recio. Supongo que los dos concluimos que eran dos chavalotes pueblerinos de dieciocho o veinte.

Después de intercambiar dos o tres comentarios más sobre la tranquilidad de la hora, nos decidimos a acercarnos medio a tientas. El Joan encendió la linterna un momento pero, al llegar a su altura, debió pensar que era innecesario enfocarlos y la apagó enseguida, sin haber alcanzado a rebasar la mata de cañas. Aunque sí pude ver media cabeza del de más a la izquierda y ellos algo de nuestra figura según bajábamos, permanecimos de incógnito unos a los otros, y yo mismo parecía olvidar en ese inocente juego nocturno la cara del Joan. Nos preguntamos más directamente el motivo de la ocurrencia, por adentrarnos mejor en una conversación. Sus voces más de cerca me hicieron cambiar algo de la imagen ya formada. Parecían cascadas y trabajosamente viriles, como de quien ha vivido mucho en poco tiempo quizá, esa fue una de las impresiones que logró trasvasar la mente, agobiada un instante desde un lado por un peso que no sabía dónde dejar caer. Saqué, por lo tanto, la conclusión de que eran tipos de estos corridos y tal vez mayores de lo que había pensado antes. El Joan mantenía la charla con una ligera impostura de hombre de pueblo, mientras yo miraba alguna estrella, apoyado cómodamente, con las manos atrás, en la laja que me había correspondido. Oía hablar de trochas revueltas, de remansos del río allá más abajo, de rumores blandos de la pinaza y manos endurecidas del aguacero, de concavidades amigas en los pinos, de bayas jugosas de arbustos de nombres inauditos, de claros y cobijos frondosos a media ladera.



Ilustración: Maléfico

El Joan les ofreció cerveza al mismo tiempo que les comentaba sobre su trabajo, sin habérselo ellos preguntado. Se extendió cinco o diez minutos. Me pareció tan sobrante, no sabía por qué, que empecé a silbotear con los alvéolos. Les acabé de dar yo la cerveza que había quedado a medio ofrecer. Utilicé la malla de plástico, balanceando con ella la lata, y haciéndola chocar suavemente contra el cuerpo vecino, que, de todos modos, me quedaba al otro lado del Joan. Sin embargo, me di cuenta al mismo tiempo de que la cerveza estaba caliente. Se los hice notar enseguida, pero me dijeron como en broma que estaba como la esperaban. El de más allá abrió la lata con un chasquido inmediato y firme, y le oí el gaznate tragando como una enorme cañería. Justo después de preguntarles el Joan por su trabajo y del silencio que siguió, ellos volvieron a hablar de fuentes más abundantes o menos, dos o siete cerros más allá, de alguna cueva al final de cañadas y de desfiladeros, para las mejores horas de la siesta, de las mariposas verdeplateadas de los chopos, de macizos jabalíes.

Mientras el Joan, dando por hecho que eran pastores, se refería a miembros de su familia que también lo habían sido, yo advertí de pronto que el bosque despedía entonces —olo había despedido ya desde el principio—unolor reconcentrado de atávicas esencias, hondo y como ganchudo. Recordé que algunos hongos o setas, si se los pisa, son de verdad pestilentes. Puede que lo comentara. De esta observación me abstrajo la sensación extraña, nacida de su conversación, de la verdadera inmensidad del bosque, como una ciudad infinita a la inversa, lleno de rincones que se corresponden con parcelas cerradas de nuestro propio cerebro, como aguardando o alentando por ellas en ese otro espacio. Entre aquellos compañeros, la noche simplemente lo obedecía, insignificante, incluso como un disfraz benigno. Experimenté algo así como un vértigo de recodos, cada piedra, cada árbol, al margen de los ingenuos caminos y

sendas. En la charla, el Joan era un borracho demasiado inconsistente. De pronto noté en la mente como el destello de una luz distinta, mezcla de agua y carne blanquísima, y supe que hablaban de algo parecido a mujeres, de una delicadeza inalcanzada, y quizá demasiado perfilada para nosotros dos. Empalagosa y un poco siniestramente, cada parcela de bosque podía contener una. Sentí a la Isa descolorarse como un fraude elegante y desbaratado. "Tómala", me dijo una de aquellas voces rotas y ásperas como un pedazo reseco de corteza de pino, más que como de quien ha vivido muy deprisa como de quien puede vivir el mismo momento largamente. El Joan rió de la gracia de su indiscreción. "Tómala", me volvió a decir, pero no como un consejo amistoso entre hombres, vandálico a propósito y un poco vano, sino como el derramarse infalible de un líquido abrasivo.

Todavía podían ser dos buscavidas perdidos, todavía lo eran. Uno se bajó de su asiento y me alcanzó el oído la rigidez de movimientos como estacas que sacudían el suelo, o como cascos de un cuadrúpedo, y un roce amortiguado contra la piedra como una cortina pesada o como un haz de largos cabellos lacios. Temblé unos segundos. El Joan pegó un bostezo sonoro de primaria naturalidad. Me levanté yo también de mi roca en el justo instante en que supe que ya estábamos otra vez solos. Si aguzaba el oído podía percibir el removerse del follaje ya a lo lejos, pero la conciencia lo evitó. Creo que aguanté dos minutos, presos los ojos en la claridad mínima del río y luego me fui, llevando de allí al Joan, que por suerte se valía por sí mismo. No estaba tan borracho, en verdad. Sentí a veinte metros del coche la angustia de los últimos momentos. Y luego ya no supe volver sobre ningún tema. Regresamos muy en silencio, casi cómicamente.

Daniel Buzón es el pseudónimo de Daniel Álvarez Gómez, que nació en Manresa (España) en 1977. Está licenciado en Filología Clásica y ha aprobado una tesina centrada en el teólogo Juan de Segovia. Sobre él y Nicolás de Cusa publicó a medias con otro un capítulo del libro Religiöse Toleranz im Spiegel der Literatur, 2009 (traducido al alemán por otro más…). Ha dado una comunicación en la UAB. Trabaja desde 2003 como sustituto de latín y griego para el Departamento de enseñanza del gobierno catalán, dando manotazos al aire bajo la E.S.O. Siempre que estas siglas oscurantistas se lo permiten lee, entre otras cosas, la literatura fantástica americana, además de filosofía y poesía. Como escritor literario, han pasado de él en una decena de certámenes.

Aquí publicamos por primera vez un cuento suyo.

Este cuento se vincula temáticamente con LA HUIDA, de Ramiro Sanchiz; OPERACIÓN “OPERACIÓN”, de Daniel Frini y OTRA TRAGEDIA GRIEGA, de Gerardo Horacio Porcayo.

Axxón 216 - marzo de 2011

Cuento de autor europeo (Cuentos : Fantástico : Fantasía : Mitología : Seres fantásticos : España : Español).







Encuéntrenos en http://axxon.com.ar

Otros números de Axxón Móvil: http://axxon.com.ar/c-Palm.htm

Dirija sus comentarios sobre esta versión a axxonpalm@gmail.com

Siga nuestras novedades en Twitter: **@axxonmovil**